Biblioteca de "La España Oriental"

HISTORIA

DE

ILOCOS

POR

D. Isabelo de los Reyes y Florentino

Individuo honorario de la Sociedad de Geografía Comercial de Madrid, de número de la Imperial y Real Geográfica de Viena, y Delegado en Manila de la Académica Indo-China de Francia.

2.ª Edición.

MANILA

—

Establecimiento tipográfico La Opinión

Dalumbayan, 4. Sta. Cruz.

1890

DEDICATORIA

Sr. D. Juan Luna

Queridísimo amigo: después de haber dado V. á nuestra patria común Ilocos, tantas inmarcesibles glorias con el *Spoliarium*, la *Batalla de Lepanto*, la *Muerte de Cleopatra* y otros muchos cuadros universalmente admirados, ¿sus compatriotas que participamos grandemente de sus ruidosos triunfos solo por el derecho de nacimiento, qué testimonio digno podremos darle de nuestra profunda gratitud? Ninguno, porque el pincel de V. es divino, y nada poseemos que no sea humano.

¿Y el amigo, por quien expontàneamente ha mostrado V. especial interés en cierta ocasión, y à quién dispensó

tantos señalados favores como el valioso obsequio de un cuadro magistralmente pintado?

Ya bien sabe V. que no posco mas que unos cuantos libros que solo Dios sabe cómo estarán escritos.

Sin embargo, he reservado para V. lo mejorcito ó menos malo, porque lo mejor está ausente donde no hay nada bueno.

Por la benevolencia propia de los grandes hombres, estoy seguro aceptará este humilde tributo de admiración de su devotísimo hermano.

ISABELO DE LOS REYES

HISTORIA DE ILOCOS

INTRODUCCIÓN

En la región NNO. de esta isla de Luzon, allá en las vertientes que forma al O. la cordillera occidental del Caraballo, hay una comarca, cuyos habitantes desde un principio se distinguieron por sus singulares aptitudes intelectuales; y ante todo, por su laboriosidad poco comun en estas latitudes, en que el clima intertropical enerva las fuerzas.

De ese país salieron expontáneamente los brazos que cultivaron y dieron su importancia actual á las provincias de Pangasinan, Cagayan, Tar-

lac, Zambales, Unión, Abra y parte de las de Nueva Ecija é Isabela.

Este pueblo es la cuna del sábio Obispo Arqueros y de Bukaneg, cuya fama inmortalizan los anales de Filipinas; del tan celebrado autor del cuadro la *Batalla Lepanto*, de los valientes generales Peding y Lopez; es la cuna, en fin, de los ilocanos que además de sembrar los productos generales del país, se distinguen por sus excelentes tejidos, baratas guarniciones, só idos quilez, buenos sombreros de paja, caprichosos bastones de madera, hueso y asta; y que se prefieren en Manila para sirvientes por ser respetuosos, hacendosos y fieles.

Los ilocanos escitan vivamente la curiosidad por sus cualidades especiales, y sin embargo, no fueron aun estudiados con conciencia, porque personas inteligentes y estudiosas no han llegado á Ilocos, ó si llegaron algunas, no tuvieron tiempo y paciencia para ello, por lo visto.

Parece ser que *Samtoy* se llamò al principio la comarca ilocana, ó un pueblo ilocano que por su importancia acabara por dar su denominación á todos aquellos contornos: es el caso que con el nombre de *Samtoy* se conocia el dialecto ilocano, cuando llegaron los españoles. Asì creen unos autores; al paso que otros lo atribuyen á mala inteligencia, creyendo que preguntado algun ilocano por el nombre de su dialecto, contestaria *saomi toy (es dialecto nuestro éste)*. Pero no se esplica como el error de uno se haya generalizado.

¿Y la denominación de Ilocos? Es creencia general que fué dada por los españoles, y los PP. Buzeta y Bravo dicen que se llamó Ilocos, porque está cruzado en varias partes de muchos rios; de *ilog* (*alog*, es riachuelo en ilocano). Y en efecto los españoles lo pronuncian *iloc*. Tal vez esta pretendida etimologia sea imitación inventada del *taga-ilog* del *tagalog*. Por

nuestra parte, diremos solamente que *Samtoy* é *Ilocos*, nada significan en ilocano.

¿Y cuál fué el pasado de ese pueblo y de esa raza, que se recuerda y alaba siempre que se trate de la colonizacion de Filipinas?

En 1850, el ayer de Ilocos fué bosquejado por los PP. Buzeta y Bravo en su excelente *Diccionario geográfico, estadístico, històrico de las Islas Filipinas*; pero como la empresa de dichos Religiosos abarcaba mucho, como indica el titulo de su obra, y por otra parte no era su intención hacer la verdadera historia de Ilocos, hablaron de ella muy à grandes rasgos, dedicàndola solamente unas cuatro columnas.

Es de sentir la tal circunstancia, pues los citados Agustinos quizás hubieran podido proporcionarnos interesantísimos datos, que supongo se guardan en las Bibliotecas de su V. Orden, sabiendo que ellòs han sido los primeros Reli-

giosos que llegaron à Filipinas, y acaso à Ilocos, cuyas parroquias fueron servidas por ellos desde los primeros dias de la Conquista hasta la hora presente, con cortas interrupciones.

Se puede decir que casi nada se ha escrito hasta ahora del ayer de las provincias ilocanas; y si el difunto *Eco de Vigan* habia dedicado su primer artículo de fondo al asunto, solo habló de la fecha de la fundaciòn de Vigan, supliendo la falta de detalles con galas literarias, cuando podia haber adquirido noticias hasta ahora desconocidas de los archivos oficiales de Ilocos, cuya publicación nunca seria bastante agradecida.

Según la *Biblioteca philippina* de Mr. Blumentritt, se halla en Ilocos la inédita *Descripciòn de las provincias de Ilocos* del P. Arenocese, que murió en 1771. Y según la *Revista Agustiniana*, el P. Diego Vivar dejó inédito un manuscrito sobre las *Misiones de Ilocos*.

Esto dicho, no crean mis benévolos lectores que yo pretenda escribir la historia mas perfecta de aquella comarca.

Aparte de que es cosa decidida ya la imposibilidad (1) de saber lo que fué Filipinas antes de la arribada de Magallanes à estas playas, por la falta de monumentos y otras noticias relativas al asunto, ninguno, que yo conozca al menos, se ha dedicado à preparar la Historia de Ilocos, escribiendo el estado en que Salcedo encontró á los ilocanos, conservando la memoria de sucesos acaecidos en aquella comarca y reuniendo, en fin, materiales para la formacion de una concienzuda historia, que no estuviese compuesta de comentarios ó cosas de imaginación.

Abandonado yo á mis dèbiles fuerzas, muy poco, pues, podré hacer y seria para mí una pretension insensata

(1) Salva la gratuita opinion de Mr. Casimir Henricy, el autor de la *Histoire de l'Occeanie depuis . ses origine jusqu' en* 1845.

llevar á cabo esta tarea, que indudablemente exige el entusiasmo de más de una persona.

Mis deseos, al ordenar los materiales que he reunido, son contribuir á ella con mi grano de arena, que he formado con los datos diseminados en las crónicas filipinas, y algunos documentos inéditos, advirtiendo que no he llegado á leer los manuscritos de los PP. Vivar y Arenocese; pero si mis especies son escasas, en cambio son auténticas, asegurando que en mis comentarios no he perdido de vista aquello de Balmes: «Si deseamos pensar bien, hemos de procurar conocer la verdad, es decir, la realidad de las cosas. ¿De qué sirve discurrir con sutileza, ó con profundidad aparente, si el pensamiento no está conforme con la realidad?»

No pretendo no haber incurrido en anacronismos involuntarios por la gran confusión que se nota en las obras que

me sirvieron de fuentes; pero es de saber, no basta que una obra histórica dé otras fechas que las mías ó relate un hecho de otro modo que yó, para tachar mis fechas ó narraciones de inexactas, porque los historiadores se contradicen unos à otros y yo he escogido la fecha ó el hecho, que me había parecido màs verosímil, atendiendo la antigüedad de los autores, sus fuentes y el grado de su respetabilidad, es decir: lo mas ó menos concienzudas de sus obras.

Las fechas de las fundaciones de los pueblos van notablemente corregidas en esta edición á la vista del *Mapa* (Estado) general de los PP. Agustinos de 1845, y el de 1831, advirtiendo que es mas exacto el primero, segun he comprobado con mis apuntes.

Para escribir esta Historia no tengo siquiera modelo que me enseñe cómo se forma la particular de una provincia. La dividiré en dos épocas *prehistórica* e *histórica*. La primera es-

tará dedicada al estudio del estado en que encontraron los españoles á los ilocanos y en diferentes capítulos trataré de su filiación, paleografía, filología. constitución social, legislación, mitología, cosmogonìa, costumbres antiguas etc.

La *época històrica* està consagrada à la dominación española, y la expondré por siglos, dedicando a cada uno varios capitulos.

Hemos creido conveniente presentar el estado de la provincia a principios y mediados de cada siglo, haciendo un juicio crìtico de cada media centuria pasada, con las restricciones necesarias en un país en que no todo lo que se quiere, se puede decir.

Entre otros apéndices insertamos las listas cronológicas de los curas pàrrocos y las de los gobernadorcillos de Ilocos, que logremos reunir ó formar, pues son de interés histórico y sirven para entender las tradiciones orales que con-

servan de memoria los ilocanos, quienes, para fijar la fecha en que ocurriò algùn suceso, no pueden dar los años, y suplen esta falta diciendo que acaeció siendo Gobernadorcillo del pueblo fulano de tal, ó cura pàrroco cierto sacerdote.

Ya que tanto la necesito, prestadme vuestra benevolencia.

ÉL AUTOR.

ÉPOCA PREHISTÓRICA

CAPITULO PRIMERO

Etnografía

I

No hay asunto más debatido en la Historia de Filipinas que la filiación de sus habitantes.

Mucho se ha escrito sobre esto, habiéndose vertido errores, algunos crasísimos. En mi folleto «Las Visayas en la época de la Conquista» se hallan enumeradas muchas opiniones, algunas de las cuales incitan á reir.

Aquí citaré la del Dr. Montano, que vino comisionado por el gobierno francés para estudiar las razas orientales, y que, á mi juicio, es respetable; pero esto no quiere decir que estemos conformes con él.

Después de advertir el sábio francés en la memoria que ha presentado al ministro

de instrucción pública de su nación, que las razas filipinas deben de estar profundamente alteradas por cruzamientos, represéntalas por medio de las tres zonas, que ocupan: 1.a la interior, de los negritos ó «papuas filipinos» arrojados allá—según él—por los *malayos*; 2.a la siguiente zona, ocupada por estos, que fueron expulsados á su vez de las costas por los indonesianos; y 3.a la exterior ó sean las costas, que pueblan estos últimos.

Fúndase esta teoría en las propias observaciones de Montano acerca de las razas orientales que ha tenido ocasión de examinar, en sus colecciones y en los relatos de otros autores.

Los negritos ó «aetas» fueron, pues, los aborígenes de todo este Archipiélago, y por ende, también de Ilocos.

Esta opinión es general, fundándose en el lugar que ocupa esta raza y otras razones etnográficas y generalmente se cree que por su inferioridad y por su carácter huraño, misántropo y nómada, haya sido desterrada á la espesura de los bosques vírgenes por las razas invasoras que con la malaya y quizá también la indonesiana.

En algunos montes de Ilocos se hallan

negritos y según las «Memorias históricas y estadísticas» de Diaz Arenas, (Edición de 1850) había por aquel *entónces en* Ilocos Sur 145 «itas» ó «agtas», y en Ilocos Norte 113 «alaguetes», que así los llama.

Muchos autores opinan que los negritos de Filipinas, son originarios de los papuas de la Melanesia; *el sabio profesor* austriaco Blumentrit dice que son como «sobrinos» de ellos, y Semper cree hallar noticias históricas que prueban que son descendientes degenerados de una raza más poderosa, la papua. Pero etnólogos no menos respetables disienten de este parecer.

Los negritos de Ilocos son de constitución ráquítica y de pelo crespo, mientras los australianos son todo lo contrario. El estudio osteológico que Virchow ha hecho de los esqueletos llevados á Europa por *Jagor, Semper y Schetelig*, justifica que los negritos de Filipinas deben de ser raza especial.

Mr. Thevenot asevera que las grandes y muchas especialidades del físico de los negritos filipinos demuestran que tienen muy pocas relaciones con los de la Nueva Guinea, Australia, Nueva Caledonia y aún con los del Africa.

Opinan el Dr. Montano y el Sr. Jordana que nuestros aetas descienden de la raza negra (1) que en tiempos remotos se enseñoreó del Archipiélago asiático y de Malaca, asegurando que los Sakkayes (negritos) de este último punto se asemejan mucho en sus caractéres á los autochtonos de Filipinas.

II

Hablando de la raza malaya, el orientalista francès la divide en tres sub-razas la mestiza de negrito, la mestiza de chino, y la mestiza de indonesiano y árabe; diciendo que los Ilocanos son los intermedios entre los indonesianos y los malayos puros.

El tipo malayo de los Ilocanos y otros, según Montano, está profundamente desfigurado por cruzamientos, desde tiempos remotos hasta nuestros dias. Indudablemente, dice, el primer cruzamiento se verificó con negritos, lo cual se nota claramente en algunos por la pequeñez de su talla, por sus cabellos más ó menos rizados

(1) ¿Los indo-africanos de Logan?

y ondulados y por el color más oscuro (1) He encontrado—añade—algunos bicoles (de la misma sub-raza que los ilocanos) que presentan notablemente muchos caracteres propios de los negritos. La parte posterior del cráneo esta muy aplanada á modo de corte de hacha en casi todos los malayos filipinos y esta conformación es análoga á la de los negritos.

No es consecuente consigo mismo el Dr. Montano porque los ilocanos deberían figurar en la tercera ó sea la de malayo, mestizo de indonesiano, de seguir su teoría y como el mismo da entender en otra parte.

El cruzamiento con sinenses ó mongoles—dice él—es mucho más notable que el con indonesianos y probablemente se había verificado muchos años antes de la llegada de los españoles; el tipo malayo fundamental se modifica bajo la influencia de los tipos precedentes, pero más frecuentemente bajo el tipo sinense; los cruzamientos con éste debieron de ser numerosos, porque la inmigración era totalmente masculina, advirtiendo que tiene gran fuerza

(1) Es verdad que hay ilocanos con estos caractéres, especialmente en Ilocos Norte.

de atracción: una insignificante dósis se revela en la altura de la talla y del cráneo, la oblicuidad de los ojos y el alongamiento de las extremidades.

No discutiremos por ahora si las anteriores aseveraciones del Dr. Montano, aplicadas á los bícoles, albayanos, tagalog y otros son exactas; pero sí diremos desde luego que los ilocanos no tienen los ojos oblicuos que caracterízan á los descendientes de los mongoles.

El historiador jesuita Padre Colin dice: «Se sabe por historias y rastros, que aún se hallan en diversas partes, que, en tiempos pasados, los chinos fueron señores de todos estos Archipiélagos.» Y luego añade: «Personas cursadas en las provincias de Ilocos y Cagayan certifican se han hallado por allí armas y alhajas de Chinos y Japoneses, que al olor del oro se presume conquistaron y poblaron aquellas partes.

Yo no deseo más que investigar la verdad y he trascrito las anteriores líneas, á ver si otras personas más inteligentes enmiendan mi error, si es que mi opinión es equivocada. Más, debo decir que esas historias que menciona y no cita el Padre Colin, probablemente no existen y con co-

guridad esta noticia le fué comunicada verbalmente y nada más. Lo ciertamente histórico es que los chinos y japoneses, á la llegada de los españoles, ya sostenían relaciones mercantiles con los filipinos, y Salcedo, el descubridor de Ilocos, encontró en aquellas costas tres buques japoneses; pero no se atrevían á establecerse, temerosos de ser *víctimas de los* habitantes, y se limitaban á permutar en sus mismas embarcaciones. (1)

No es de extrañar, pues, dadas aquellas relaciones, que en Ilocos, y otros puntos se hallasen objetos de China y del Japon.

Si hay descendientes de mongoles ó chinos en Ilocos, el cruzamiento debió de tener lugar *después* de la llegada de los españoles, *como los mestizos sangleyes de* Vigan y algunos igorrotes que, según se cree, son descendientes de los soldados de Li-Mahong, ú otros que en sublevaciones de siglos pasados se acogieron á aquellos montes, lo cual pueden comprobar sus ojos oblícuos.

---

(1) Véase la «Relación de las Islas Philipinas» del P. *Chirino*, Roma *1604*, y las "Conquistas," del P. G. de S. Agustin.

III

Veamos ahora el orígen malayo de los ilocanos, que es lo más importante, dejando ya á Montano.

Al decir del antiguo cronista P. Colin, los filipinos que ocupan las costas son malayos, procedentes, según ellos mismos decían, de Borneo, cerca de Malaca, donde se encontraba una comarca malaya; lo cual confirmaban sus dialectos (1), el color, las facciones, el traje que usaban cuando los españoles llegaron á este Archipiélago, sus ritos y costumbres tomados de malayos y otros lugares de la «India» (aquí se confirma la existencia del elemento indostánico ó *indio*). Según los viejos indígenas de siglos anteriores, Borneo y Paragua estaban unidos en un principio (cuya afirmación no parece muy aventurada para los que conocemos los efectos de los terremotos y volcanes.)

En medio de Sumatra—continúa el P. Colin—hay una espaciosa y dilatada lagu-

(1) Hay en efecto, en los dialectos filipinos muchas veces malayas.

na, poblada al rededor de muchas y varias naciones, de donde es tradición, salieron en tiempos pasados las gentes á poblar diversas Islas. Uno de estas naciones, hallándoso allí derrotado y descaminado por varios acontecimientos, un pampango de nación («de quien lo he sabido») averiguó que hablaban en sino pampango y usaban el traje antiguo de los pampangos. Y preguntando á un viejo de ellos (de los malayos de Sumatra), respondió: «Vosotros sois descendientes de los perdidos, que en tiempos pasados salieron de aquí á poblar otras tierras y nunca más se ha sabido de ellos." «Así que (termina el P. Colín) los tagalos y pampangos y otros de naciones políticas (incluso los ilocanos), símbolos en el lenguaje, color, vestidos y costumbres, se puede creer vinieron de las partes de Borney y la Sumatra".

No soy de los que reconocen en el P. Colin autoridad en achaques antropológicos; pero las trascritas líneas de él ciertamente no carecen de valor, porque se trata de tradiciones, y el P. Colin es uno de los más antiguos historiadores de Filipinas; y sobre todo, porque sus noti-

cias se hallan confirmadas por respetables etnólogos modernos.

En efecto, hay en Sumatra la laguna de Toba, cuyas riberas estan pobladas por los battaks, de quienes acaso desciendan los ilocanos.

Prichard, fundándose en razones filológicas, cree que las emigraciones malayas partieron de Sumatra. (1)

Los autores llaman tagalogs solo á los que pueblan las costas del centro de Luzón; pero para estos tal denominación es común á todos los malayos filipinos, incluso los ilocanos, bícoles etc. Y á la verdad sería más propia esta denominación que la de «indios» (porque no son de la India), «indígenas» (porque esta palabra significa naturales y es aplicable á cualquier hijo de vecino); y «filipinos» (porque este vocablo no distingue las razas y se puede dar lo mismo al hijo de europeos nacido en Filipinas, que á un asta de Ilocos.)

Ahora bien, la palabra "tagalog" está compuesta de las voces tagalas *taga* é

(1) Malayo significa en tagalog «lejos por lo cual algunos autores suponen que habian de haber venido los filipinos de «lejos ó sea Sumatra.

ilog, que juntos significan *procedente de algun rio ó sus cercanías* lo cual confirma la tradición citada por el P. Colin, de que los malayos filipinos vinieron de los alrededores de una laguna, que hay en medio de Sumatra, pasando por Borneo.

El P. San Antonio, cronista franciscano, dice que los pampangos vinieron de Sumatra ó Trapobana (Ceilan), y los tagalogs de Manila, de Malaca, pasando por Borneo, lo cual vemos confirmado en un artículo recientemente publicado en el «Globo,» del catedrático de Historia Natural don Manuel Anton, quien cree que los malayos filipinos en general proceden de Malaca.

De todos modos es indudable (como asegura el orientalista aleman Doctor Semper) que los indígenas de Luzón son de filiación malayos.

Según Wallace, la raza malaya se encuentra desde la parte meridional de China en Siam, Camboja, Cochinchina, hasta Madagascar, comprendiendo toda la Malacia.

El malayo de Ilocos ó de Filipinas en general, se diferencia algo del de Su-

matra; pero esto debe de obedecer á los cruzamientos, por que ha pasado uno y otro, influyendo además las circunstancias tópicas como sucede con las ramas de la raza latina.

IV

El Sr. D. José Felipe del Pan formula una opinión sobre la filiación de los malayos, alegrándose tal vez dicho señor de encontrar en estos datos, que he acomulado, algunos que puedan confirmar *su opinión, como la noticia* del P. Colin referente á que antes de la dominación española se enseñorearon los chinos en este país, y la creencia de Montano de que, mucho antes de la llegada de los españoles, debieron de verificarse cruzamientos con chinos, lo cual supone también el cábio Blumentritt.

El Sr. del Pan no cree en las supuestas invasiones malayas, y opina que esta raza es una mezcla hecha en los mismos lugares, donde se hallan, entre invasores mongólicos, ó indostánicos y los aborígenes negritos, que se encuentran en las interioridades de todos los lugares donde hay malayos, pareciéndole que los mala-

ros filipinos con mestizos de chinos ó japoneses y de aetas.

Semejante opinión había sido emitida muchos años antes (en 1842) por D Sinibaldo de Más, quien cree que la raza filipina es la "descendencia cruzada de chinos y negros papuas" fundándose en que cuando llegaron los portugueses por vez primera á Borneo estaba lleno de chinos y sus puertos de champanes, y porque los montescs de Benguet usan, según él, con profusión en su dialecto el *cha* y *che* y que los tinguianes de Candon indican «indubitable» origen chino por su color, fisonomía y traje.

Estas opiniones no carecen de fundamento, y yo puedo decir: 1.o Que nosotros los ilocanos tenemos una tradición sobre la creación del mundo por Angngaló, que se diferencia de las tradiciones filipinas del Milano, Baliti y Un gigante, que nos cuentan varios autores; y que se asemeja algo á la conseja china de la «Bota del Mandarin»; pero también en Europa se cuentan tradiciones análogas. Y 2.o, la suposición sobre invasiones chinas ó japonesas, puede ser abonada por el hecho de que antiguamente había en China

grandes piratas como Tialao, Outucho y Li-Mahong, que perseguidos por las autoridades de aquel imperio, pudieron haber buscado refugio en estas islas, como el último de los citados.

Pero se nos ocurren *dos objeciones* á la opinión de estos autores: una antropológica, y otra de filología.

1.a Siendo varones todos los invasores, como supone el Sr. del Pan, ¿cómo se explica que no hayan dejado su sello característico y principal, ó sea, sus ojos oblícuos.

Aquí he de advertirle una cosa, tal vez la causa de su error; y es que él se equivoca al creer que los indígenas marítimos tienen «sello indisputablemente mongólico,» como dijo en artículos publicados en 1880 en «La Oceanía Española.»

Es cierto que en Manila y algunas que otras provincias donde abundan y abanderan establecimientos chinos, después de la conquista (las historias verdaderas, no las ilusorias, mencionadas pero *no citadas* por el P. Colin, están unánimes en que los chinos y japoneses no se atrevieron á establecerse en este país antes de la dominación española) hay muchos

naturales de tipo chino; pero en Ilocos, provincia más cercana del Japon y de las provincias chinas de donde procedían los «celestes» que venían á Filipinas, no hay tipo mongólico, á no ser los pocos y aislados mestizos de sangley de Vigan: mas. se sabe de positivo que estos son nuevos (1).

El Sr. del Pan replicará que porque allí habrá predominado la sangre negrita. Esto mal puede ser, 1.o porque allí hay muy pocos aetas; y 2.o porque ciertos igorrotes, descendientes de los pocos soldados de Li-Mahong, qué están más al interior que los ilocanos, conservan sus ojos oblícuos, porque, como dice el doctor Montano, el elemento mongólico tiene gran fuerza de atracción.

La 2.a objeción es la siguiente:

Si los malayos se hubieran formado en los mismos lugares, donde hoy se hallan, creo que sus idiomas, (quizá también el tipo) deberían ser muy diferentes, en razon á que las circunstancias del cruzamiento, de la diversidad de vecinos y otras tópicas, contribuyen á ello, pero no su-

(1) Solo en el año 1756 se fundó este gremio de sangleyes.

cede esto: los dialectos malayos de Sumatra y otros puntos son tan afines á los filipinos que cuando he hojeado el diccionario franco-malayo de Favre y el "Vucabulary of the english and malay languajes" (3.a edición 1854), no me parecía si no que tanía delante unos vocabularios de dialectos filipinos, de los cuales muchos términos yo no entendía; pero sí otros muchos, muchísimos.

Esto dicho, ¿cómo se explica, por otra parte, que en Ilocos y otras provincias donde no han abundado chinos ó japoneses durante la dominación española, no se halle ningún vocablo chino ó japonés—como dicen los mismos "celestes,"—habiendo en cambio muchos pertenecientes á los malayos de otros puntos, á pesar de que los chinos procuran enseñar á sus hijos su lenguaje y sus hábitos.

En Manila los mestizos sangleyes usan términos chinos, que no emplean los naturales, como las palabras "cuya, dico, sangco" etc. El mismo S. de Más asevera haberle dicho el Arzobispo Sr. Seguí, (que conocía muy bien el chino,) que no tenían ninguna raiz de él los idiomas filipinos.

El P. Gonzalez de Mendoza que en 1580 fué de embajador á China asevera que este Archipiélago perteneció á aquel imperio en un principio, según decian los chinos, pero lo abandonaron por muy lejano. Lo cual también dice el gran historiador italiano Cesar Cantú. Pero no lo creo: los chinos creian en su ignorancia que no habia más continente que el chino, considerando á los demás paises como pequeñas islas, tributarias suyas, que estaban alrededor de China, y como se vé, esto es inexacto.

Conocido el carácter avaro y egoista de los chinos, mal podia ser que lo hayan abandonado, porque les interesaba y les daba pingües lucros, y prueba de ello es que venian á traficar.

Herr Blumentritt, fundándose en las diversas emigraciones de malayos en los siglos XIII, XIV y XV, de que habla el doctor alemán Semper, quien afirma que "la raza malaya se habia extendido ya sobre todas las islas cercanas á la Indo-China y las Filipinas antes de que los árabes comerciantes y mahometanos lograsen hacer prosélitos á sus creencias entre algunas tribus orientales;" fundándose qui-

Dis en esto, repito, el citado profesor austriaco me ha escrito que los malayos, llegaron probablemente en tres épocas distintas á este Archipiélago, habiendo aportado los ilocanos, tagalogs, bicoles, visayas y pampangos en la segunda época, ó sea antes del siglo XV.

"Esta división—asegura Herr Blumentritt—en tres épocas ó grupos, que hago, de las invasiones de los malayos, está comprobada por los lingüistas y antropólogos."

V

En cuanto á los indonesianos, dice Montano que son indios del Pacífico y se distinguen por los siguientes caractéres; músculos desarrollados, elevada talla, (1) región occipital prominente, que contrasta con el aplanamiento peculiar de la de los malayos; frente despejada y alta, nariz ligeramente aguileña, cabello ondulado, barba bundante, color bastante claro (mas que el de los malayos), listos y hábiles (como los ilocanos), constitución robusta, buena salud, llegando muchos á la vejez sin en-

(1) El P. Colin en su *Labor Evangélica* (Edición 1663) pág. 19, asegura que en Ilocos se hallaron sepulturas de gentes de mayor estatura que los indios.

fermedades. Se liman los dientes, siendo profundo el desbaste. La caries de los molares es frecuente. En general, se hacen en el lóbulo de la oreja un pequeño agujero, que van agrandando poco a poco por medio de rodajas de hueso hasta adquirir dos ó tres centímetros de diámetro. Se tatuan con un cuchillo. Sus armas son el arco, la lanza, el bolo, y flechas envenenadas de bambú.

El Dr. Montano cree que la elevada talla de los ilocanos indica que en sus venas hay dósis de sangre indonesiana; siendo ellos la transición entre los malayos puros y los indonesianos legítimos.

Ciertamente los ilocanos son de constitución robusta, hábiles, de músculos desarrollados y como dice el autor de «Tierras y Razas», parecen «mejor conformados que los tagalos.»

Pero advierto que no hay país que se denomina "Indonesia," sino un nombre inventado para la mejor clasificación de las razas. Esta división etnográfica está fundada en datos nuevos y aun no bien averiguados. No está adoptada por la mayoría de los etnógrafos, y entre sus mismos sostenedores no hay unanimidad sobre qué razas deben

pertenecer a los indonesianos, y mientras unos incluyen a los batlaks en este grupo, otros entre los malayos en el estricto sentido de la palabra, y abundan autores españoles y no faltan extrangeros como el Dr. Kern que interpretan aquella denominación por «indostánico» ó «indio» (como yo antes.)

Por ahora, pues, no encuentro bastante fundamento para tener en consideración á los indonesianos y creo que en Ilocos no hay mas que cuatro tipos, a saber:

1.o Malayos puros relativamente, pues el tipo malayo en Filipinas en realidad está desfigurada por cruzamientos. A estos pertenecen los ilocanos, casi todos los tinguianes, los igorrotes sometidos y los «alzados» de Abra.

2.o Mestizos marcadamente de malayo y chino, como son los mestizos sangleyes de Vigan, los igorrotes y tinguianes del SE. de Ilocos Sur que tienen ojos achinados.

3.o Mestizos marcadamente de malayo y negrito. De estos suelen encontrarse, aunque pocos, no solo entre los vecinos inmediatos de los negritos, sino entre los ilocanos, especialmente del Norte.

4.o Negritos, ni mas ni menos que los de Mariveles.

Las insignificantes diferencias que existen entre el ilocano civilizado relativamente; el tinguian que ya viste de pantalón y chaqueta; el igorrote sometido, que aunque desnudo todavia, ya perdió su carácter huraño y cruel; y el alzado de usos canibalisticos; esas diferencias son efectos de los lugares que ocupan y se ve que son civilizados ó salvajes según que estén cerca ó lejos de los sitios frecuentados por los españoles ó de los ilocanos civilizados. Aún entre estos últimos, que ya han adquirido un grado considerable de cultura, a veces se practican sacrificios humanos como el «panagtutuyó, y en un principio eran ni mas ni menos que los canibales del Abra.

La robustez y el color no son datos importantes en la Antropología como el Folk-Lore, la *lingüistica y los rasgos físicos principales*. Aquellos obedecen principalmente á las circunstancias tópicas y al género de vida que tienen las razas.

A mi juicio, los negritos son los aborígenes de Ilocos.

Los tinguianes é igorrotes de Ilocos, excepto los de ojos achinados, se acercan mucho más á los ilocanos que á otra raza, y por consiguiente, son de un mismo origen.

Los ilocanos son de un mismo orígen que los tagalogs, bícoles y otros filipinos civilizados, y creo que son malayos con sangre negrita. Atribuyo la laboriosidad ilocana a lo reducido y pobreza de sus terrenos, es decir, á la lucha por la existencia, y su robustez a esa laboriosidad ó al continuo ejercicio de sus miembros.

Ahí teneis mis opiniones.

Pero no las tomeis por dogmas de fé, que por ahora es aventurado todo juicio sobre el origen de los filipinos en general.

El mas concienzudo autor filipinólogo Sr. Blumentritt me escribe: «Mientras no conozcamos profundamente la Antropología, el Folk-Lore, la «Copia verborum» de todas las ramas de la familia malaya, no podremos examinar el origen de los malayos ó el pais de donde vino ó nació esta raza. Con nuestros escasos conocimientos, hoy por hoy solo podremos publicar hipótesis y conjeturas mas ó menos nebulosas que hoy se emiten y mañana se desmienten, muchas veces por los mismos autores. Por esto los eminentes antropólogos y etnógrafos como los alemanes Virchow y Bastian, y los franceses Hamy y Rosng han dejado por completo el

campo fantástico de las congeturas y han promulgado la ley, la santa ley de la llamada «Nueva Escuela» (de los antropólogos y etnógrafos.)

Esta no es otra que la ciencia folk-lórica, cuyo objeto es recoger las costumbres, leyendas, tradiciones, supersticiones arquitectura, pintura, trajes, música popular, vocabulario, y la gramática de los pueblos civilizados y salvajes, para salvarlos del progreso, que tiende á nivelar todas las razas con sus vapores, ferro-carriles. actividad comercial y el telégrafo..

CAPÍTULO SEGUNDO

Paleografía

I

Los ilocanos no estaban muy atrasados en la época de la conquista; y una de las manifestaciones de su relativo progreso era la escritura, y contadísimos, aun entre las mujeres, eran los que no sabían escribir.

Don Sinibaldo de Más, en su «Informe sobre las Islas Filipinas,» edición de 1843, nos da cinco clases de alfabetos, que, según él, tenían los filipinos á la llegada de los españoles á este Archipiélago, ase-

veranto ser de los ilocanos uno de dichos abecedarios.

Pero el ex-Gobernador de Hong-kong Sir John Bowring, en su «A Visit to the Philippine Islands,» manifiesta dudar de la autenticidad de dichos alfabetos.

Y esta duda es infundada. Los Padres Lopez, Chirino, Oriol, San Agustin, Ezguerra, S. Joseph, Mentrida, S. Antonio, Buzeta y Bravo y otros cronistas; Riedel, Saint Clavien. Morga, Mallat y el abate Fabre, afirman que los filipinos tuvieron alfabeto o alfabetos propios.

El autor holandés Mr. K. T. Hille; en su «Tabel van oud—en niew—Indische alphabeten,» nos dá quince letras ilocanas, que son: A, B, D, E, (esta letra debe representar la E é I indistintamente), G, K, L, M, N, O, (que también debe representar la U), P, S (representada con una cedilla holandesa), T, V, y la Y, representada con la letra holandesa ij.

En unas «Considerations sur les Alphabets des Philippines», publicadas en 1831 por Mr. Jacquet en las columnas del «Nouveau Journal Asiatique» de Paris, este autor nos presenta un abecedario propio de los ilocanos, que halló al principio de la

gramática hispano-ilocana del P. Lopez. que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París. Y este alfabeto de Jacquet es muy semejante al que reprodujo don Sinibaldo de Más.

Me consta que en la primera edición del «Belarmino» del P. Lopez se ven caracteres ilocanos, y según el P. Carro, dicho autor se esmeró en facilitarnos la escritura ilocana.» y dá á entender que el citado libro se imprimió con letras ilocanas.

El P. Carro reproduce en su «Vocabulario de la lengua ilocana» (edición Manila 1849.) dichos caracteres, pero tan malamente que ya no parecen si no letras latinas y adornos de imprenta empleados por la fuerza de las circunstancias, como se solia hacer por aquel entonces, lo cual no sería extraño en Manila y en aquellos tiempos. Según el mismo autor, el P. Lopez empleó diez y seis caracteres, sin V, y el 16.o era dos rayas, que no eran letras, sino interrogantes ó signos de admiración. Es de advertir que, según otros autores, estas rayas servían para separar las palabras. Y según S. de Mas, «este signo, al fin de una palabra, significa n, m, t, etc.»

CUADRO PALEOGRÁFICO DE ILOCOS

FORMADO POR ISABELO DE LOS REYES Y FLORENTINO.

Había quince caractéres ilocanos (1): doce consonantes, que representan la b, d, g, ñg, k, l, m, n, p, s, y, t; y tres vocales: 1.a la A; la 2.a una letra que representa indistintamente la A y la E, y 3 a otro carácter que representa lo mismo la O que la U.

Las letras ilocanas son muy análogas á las de los abecedarios tagalog, visaya, pampango y pangasinan del Sr. de Más y de los PP. Ezguerra, S Agustin, Mentrida, Vigil y Chirino y parece ser que las pequeñas diferencias, que existen entre unos y otros abecedarios, solo obedecen á que los hombres, aunque escriban con unos mismos caractéres, siempre tienen diversas formas de letra, como se vé entre los mismos alfabetos ilocanos, y la falta de los caractéres ll y V, que no se nota en el tagalog, seria indudablemente, porque en el idioma ilocano no se hallan los sonidos de esas letras.

Opino, pues, que esta escritura era general en Filipinas, pues así lo confirman la igualdad de su ortografía y lo insignificante de las diferencias que existen entre unos y otros alfabetos filipinos; mas despues sufrió pequeñas alteraciones, por

(1) Véase el Cuadro paleográfico que incluimos.

la escasez de relaciones que existía entre aquellos pueblos primitivos.

Téngase en cuenta que en todas partes los abecedarios no son tan numerosos como las lenguas y dialectos.

II

Faltaban la c, ch, f, h, j, ll, ñ, q, r, v, x, z, reduciéndose á dos las vocales e, i, o, u.

El alfabeto ilocano carecía de las expresadas consonantes, porque en la idiomografía ilocana no se hallan sus sonidos, pudiéndose suplir la falta de la q y la c en las sílabas ca ó cu con la k.

Ahora ya son innumerables las voces ilocanas que tienen r, como *barangay, aramiden, irubuat, ray-ray, rag-o, ragragsak iruam, ipuur, uburen, uram, maramaram* etc.; pero antes se suplía dicha letra con la d ó l. La R es exótica en este país.

Y en efecto, el término tagalog *baro* (camisa) p. ej., es en ilocano *bado*, y otros. El *barañgay* es corrupción del vocablo tagalog *baluñgay;* según el caballero Pigafetta ó sea el sobresaliente de la nao «Victoria,» nombrado Antonio Lom-

barde, que vino á Filipinas en compañía de Magallanes, se denominaban *barañgay* y *baloto* las embarcaciones de los indígenas, según que fueran de mayor ó menor dimension, y no *barañgay* y *baroto* como en el dia. Por otra parte, los igorrotes y demás infieles de Abra carecen de R y la convierten en L cuando pronuncian palabras ilocanas que tengan dicha letra.

Ahora los lectores nos preguntarán cómo es que una letra representaba igualmente la e, y la i; y otra; la o y la u indistintamente.

Esto se explica: para los antiguos ilocanos la e y la i eran una sola letra, con la diferencia de que unos las pronunciaban como i, v. gr. en *ili* (pueblo), y otros, de peor gusto, que regularmente eran los rústicos ó «timmaoas,» las daban el sonido de e, diciendo *ele*, en vez de *ili*, lo cual se observa aun a la hora presente en Ilocos, en los paises malayos y otros. Igual explicación damos á lo que respecta á la o, y la u, no habiendo para los ilocanos diferencia alguna entre estas letras; y así, mientras estos dicen «apo,» aquellos lo pronuncian «apu.»

El Obispo de Oviedo P. Martínez Vigil escribe:

.....«la segunda (vocal), que representamos por las letras «é i» de nuestro alfabeto, debía tener, en un principio, un sonido medio y oscuro que participase de las dos vocales, lo cual es propio de todas las lenguas menos cultas. Lo dicho con respecto a la segunda vocal tagala, entiéndase aplicado á la tercera que representa las vocales «ó ú» de nuestro alfabeto; hemos observado, sin embargo, que dan la preferencia á la última de nuestras vocales en medio de dicción, y que pronuncian « » cuando es final ó está duplicada, pero sin que esto constituya regla fija.»

Se echa de ver la falta de los guarismos. Ningún autor, que yo conozca, hace mención de ellos. Por esto opino que los ilocanos, al igual de los antiguos españoles del siglo XV, es decir cuando no conocían aún los guarismos arábigos, escribían la numeración oral con las letras del abecedario, es decir, en vez de poner 1, en guarismo, lo escribían «uno» en letra. No podía ser de otro modo, de ser *cierto* que los antiguos filipinos escribían para apuntar sus «carabaos y otros por-

menores de interés personal y doméstico, como aseveran los PP. Buzeta y Bravo.

En Ilocos se observa en el día que cuando quieren apuntar una cantidad se sirven de una tira muy delgada de caña, que doblan de modo que cuenten la cosa por cuentas dobleces tenga la caña. Esto lo hacen por lo regular cuando cuentan por cavanes, gantas ó chupas, como el arroz, la cal, etc. Más si cuentan frutas, como bongas ú otras semejantes, separan una por cada docena, por manera que habrá tantas docenas como frutas separadas.

III

Veamos ahora la ortografía ilocana.

Cada consonante hería á la vocal a, siempre que no llevase consigo ningún signo ortográfico, de modo que se suprimían generalmente las vocales y escribiendo solo dos letras, por ejemplo, *d* y *m* tenemos «dama», sin necesidad de poner dos «a» después de dichas consonantes. También los malayos suprimen la vocal anterior á la consonante última de las palabras, y generalmente solo escriben la vocal acentuada, omitiendo las breves.

Si una consonante llevaba encima una especie de coma ó punto, llamado «cudlit» «cor-it» (1) equivalía a que llevaba detrá una de las dos vocales e, i, que como v dicho eran iguales entre los ilocanos, d manera que d ó m con cor-it encima, decía «deme» ó «dimi».

Si las consonantes llevaban el «cor-it» de bajo, era de suponer que hería la «u» la «o,» que para los ilocanos eran una sol letra. Y así *d* y *m* con cor-it debaj expresaban «domo» ó «dumu», según lo gustos.

De lo cual se deduce que los ilocanos como los demás filipinos, no usaban la vocales sinó en principio de la palabra. v. g., en el artículo ilocano «iti»; ó cuando se escribían solas como en la partícula ilocana «á»; ó cuando formaban diptongo. p. ej, en el vocablo «cadduá», que se escribía «cda», con «cor-it» debajo de la «d».

Tambien los malayos usan unas virgulillas ó puntos puestos encima ó debajo

(1) Segun el autor del *Vocabulario de la lengua tagala* «llamaban *cor'it* (*cudlit* y no *corlit*) á unas virgulillas que usaban en su escritura» pero los ilocanos no conocen la voz *corlit* y es probable que en Pocos s. llamaran *cor'it* dichas virgulillas, por la diferencia de dialecto.

de las consonantes, para indicar la presencia de vocales y el sonido que debe dárseles, representando también la *I* ó *E*, si se ponen encima, y si abajo, la *O* ó *U*, y si delante, la A. Se llaman respectivamente, *di-atas*, esto es: *sa itás* (tagalo, *de arriba*), *di bavad* (*sa ibaba* en tagalog, ó *diay babá* en ilocano, y quiere decir, *de abajo*) y *di-adap-au*.

En el último ejemplo se echará de menos la *d* primera en *kaddua*. En efecto, la *d* primera se suprimía, pues si se escribiera *kdda*, se leería: *kadadua*, es decir se aumentaría una *a* después de la primera *d* en razón á que era convencional ó común creer que cualquier consonante heria la *a* siempre que no llevara *cor-it* y de llevarlo, heriría las demás vocales, segun que el acento estuviese encima á debajo.

Esta omisión de las consonantes finales de sílaba hacía que los escritos filipinos fueran muchísimo más difíciles de leer que escribír, pues solo dos letras, p. ej. *dm*, se podían interpretar de innumerables modos, como *dama*, *damag*, *damal*, *damas*, *dammang*, etc; y no solo ocho,

como dice el P. Gaspar de S. Agustin. (1)

Están unánimes en eso los autores; pero parece ser que más tarde los españoles introdujeron un perfeccionamiento al menos en Ilocos, porque dice el P. Carro en su *Vocabulario de la lengua ilocana* que se podian emplear consonantes sin herir vocal alguna, poniéndosela debajo una cruz.

También hay consonante muda en malayo y era asimismo la última como la primera *d* en *kaddua*; pero hay signo *bauimati* que indica haberse suprimido una consonante, y si dos, ponen el signo llamado *tesjlid* y si quieren que la palabra se repita, escriben el signo *ang-ka*.

IV

Hay diversas afirmaciones sobre la dirección de los escritos filipinos.

---

(1) Los PP. Barcta y Bravo dicen que los filipinos usaban «diferentes signos, cuyo significado se altera por el *número* de puntos que se colocan de parte superior é inferior.» Si fuera esto cierto, la lectura *no sería* «mas bien adivinar» segun el G. de San Agustin; pero no lo es: no hay otro autor que afirme haber visto más de un punto en cada carácter, y excepto el P. Totanes, todos dicen que era más difícil la lectura que la escritura.

El P. Colin asevera que los indígenas «escribían de abajo para arriba poniendo el primer renglon á la izquierda, todo al *contrario de los chinos y japones.*»

El citado Obispo de Oviedo, que cuando escribió su artículo intitulado «La escritura propia de los tagalos» «tenía á la vista un riquísimo códice, de más de seiscientas fojas, en papel de China, perfectamente conservado, de autenticidad indiscutible, no solo por su *aspecto*, *sino* por las firmas y decretos que contiene, y escrito en el año de 1609, como consta de varios pasajes del mismo capítulo, en el cual trae el alfabeto que en *otro tiempo* usaban los indios, donde dice en letra: «Y puedo yo dar fé desto, por avérseme «cometido el examen destos libros (habla «de los que se escribían por los indios «en su lengua y letra), este año, de mil «seiscientos y nueve, por órden del Te«sorero de la Metropolitana de Manila, «Provisor y Vicario general deste Arzo«bispado, que a fin de corregir errores, «los mandó visitar todos;» el P. Martinez Vigil, repito, confirma en un todo las trascritas líneas del P. Colin.

El P. Ezguerra, en su «Arte de la len-

gua Visaya,» dice que «solian (los visayas) antes de agora (y aun muchos oy dia —esto decía en 1663) escribir de abaxo hazia arriba, poniendo el primer renglon hazia la mano izquierda.»

El Sr. Pardo de Tavera (1) dá este comentario: «Esto de *Y aun muchos oy dia* dá gran valor a lo que afirma el Jesuita, porque parece que vió algun visaya escribir asi en la época en que hizo su gramática» y en otro lugar dice que «lo que se diga de una de ellas (escrituras filipinas), será aplicable á las otras.»

Estamos conformes con el citado autor en todo lo que dice en el párrafo anterior; pero no al tratar de explicar la afirmación del citado P. Ezguerra, opinando que los filipinos al igual de los battas, «habían escrito de izquierda «a derecha en líneas horizontales; pero «principiaban en la parte inferior y con«tinuaban luego *sobreponiendo* sus líneas, «es decir, colocándolas de abajo para arriba.»

Es muy probable que el distinguido lingüista se haya olvidado de que el citado

(1) El ejemplar que ha leido el señor Pardo de Tavera, edición de 1747, es más moderno que el que he visto, edición 1663.

Jesuita decía «poniendo el primer renglon hacia la mano izquierda.»

Pasando á examinar otras afirmaciones, en primer lugar se presenta la gran autoridad del P. Pedro Chirino, de la Compañía de Jesús, en su obra «Relación de las Islas Philipinas» (Edición 1604.)

«An tomado de nosotros, dice, escrebir, atravesando las líneas ó renglones de la mano izquierda á la derecha, que antes no usavan; sino escrebir de alto baxo: i poniendo el primer renglon á la mano izquierda «(si no me acuerdo mal)» continuar con los demás á la derecha...»

Como se echa de ver, bien que el P. Chirino fuera uno de los más antiguos cronistas, en este punto su autoridad se reduce á nada, porque él mismo manifiesta dudar de la exactitud de lo que había afirmado. Indudablemente á esto obedece á que el P. Colin, tambien analista de los PP. de la Compañía de Jesús, y cuya obra sacada, según propia confesion, de los manuscritos del P. Chirino; por esto, repito, no siguiera la afirmación dudosa de este autor y es probable que haya encontrado otros escritos más dignos de fé, como el códice citado por el P. Martinez Vigil.

Parece ser que Mr. Thevenot, Le-Gentil y el P. San Antonio que afirman lo mismo que el P. Chirino, han tomado de este autor sus noticias relativas á este punto; pero omitieron esta advertencia, «si no me acuerdo mal;» ó si no, habrán creido que inadvertidamente escribió el autor que consultó «de abajo para arriba,» en vez de decir lo contrario, pues asi escribían y escriben los chinos, vecinos de los filipinos.

Los PP. Zúñiga, Buzeta y Bravo nos dán otra noticia: tal es la de que los filipinos escribieron de derecha á izquierda. Y el respetable Morga lo confirma y escribe: «comenzando los renglones de la mano derecha á la izquierda, á la usanza arábiga.»

Y el señor De-Mas fundándose en un documento de cesión de terrenos otorgado en Bulacan en 1652 y escrito con caracteres filipinos, afirma que escribían horizontalmente de *izquierda á derecha*. ¿Es propia esta direccion de los filipinos naturalmente aficionados á la imitación, ó más tarde aprendieron de los españoles esta nueva dirección?

El señor Pardo de Tavera dice en contra lo siguiente:

«No se puede comprender para qué se introdujo ese pretendido cambio en la di-

rección de la escritura, porque no solo no proporcionaba ninguna ventaja sino que debía necesariamente entorpecerlo todo. No es probable que los filipinos, que habitaban diferentes provincias, y hablaban distintos dialectos hicieran todos semejante modificación solo por imitar á los españoles y que este deseo de imitar se limitara en todos ellos á la dirección solamente y no á la forma misma de las letras, en una palabra, á la escritura de las lenguas novolatinas.»

El señor Pardo de Tavera no ha tenido en cuenta el entusiasmo de los filipinos por la imitación. Los filipinos antiguos querían indudablemente usar la escritura, (no solamente la dirección de ella) que veían en los españoles, y tanto que el anotador del libro de Sir Jhon Bowhring dice haber visto documentos de indígenas redactados en castellano y de fecha anterior á la de la escritura citada por De-Mas; pero como no era tan fácil para todos escribir con letras extrañas, como imitar solamente su dirección, de aquí el que muchos que no sabían escribir con letras españolas, se limitaran á imitar la dirección de la escritura española, llevados de su afición á las parodias. Para mí no tendría nada de particular el

que los muchos pueblos de Filipinas imitaran en aquella época unánimemente (lo cual por otra parte no está averiguado) á los españoles, en razon á que «todos» son aficionados á la imitación, y tanto que «todos» no tardaron en olvidar su escritura propia y en 1745 escribía el P. Totanes que era «ya raro el indio que los sabe leer y rarísimo el que los sabe escribir.» (1)

El distinguido lingüista Dr. T. H. Pardo de Tavera me ha mostrado una curiosa caña de tres ó cuatro metros de largo, en cuya superficie están grabados los caracteres de los Tagbanuas de la Paragua, que son enteramente iguales á los ilocanos y tagalogs, lo cual corrobora mi opinión sobre la unidad de alfabetos en Filipinas.

A la vista de dicha caña, parece resolverse la cuestión referente á la dirección: segun la comodidad exige y la disposición de las letras, es indudable que dichos caractéres se han escrito de izquierda á derecha horizontalmente; pero despues colocan la caña vertical ú oblícuamente apoyada en la pared y en esta posición leen

(1) Segun el P. Carro, los Religiosos prohibieron el uso de la escritura propiamente Ilocana.

lo escrito, esto es: las letras colocadas de «abajo hacia arriba.» Otros autores, habrán visto cañas apoyadas inversamente y dijeron que la dirección era «de arriba á abajo».

V

Los pueblos antiguos escribieron en hojas y cortezas de árboles, peñascos, trozos de barro, arena, escamas de pescado y tortuga, papyrus, tablitas cubiertas de cera «dípticas ó polípticas,» pergamino, etc. Los hebreos usaron como papeles tablas de piedra y algunas veces piedras preciosas; y los brakmanes de la India pintaron en tela sus letras; los egipcios escribieron en palmas; las epístolas romanas eran unas tablitas de marfil; el filósofo Cleantes escribió en tejas; y por último, solo en el siglo X empezó á usarse en España el papel de algodón.

Los instrumentos que en la remota antigüedad pasaban por plumas, eran piedras delgadas puntiagudas, los palitos llamados «estilos,» los juncos, punteros de hierro etc., y solo en el siglo VII se empezó á usar la pluma de ave.

Los ilocanos escribieron en cañas ó en

hojas de palma y de bananero usando por pluma una punta de bejuco, cuchillo ú otro instrumento de hierro con que en lo liso de la caña grababan las letras: y si en hojas de palma, las doblaban cerrando después de escritas.

Aún ahora los niños de Ilocos Norte, que aprenden á escribir, emplean hojas de plátano, para economizar papel.

Los escritos de los filipinos antiguos, «se reducian á hojas sueltas,» dicen los PP. Buzeta y Bravo.

VI

¿Cuál es el orígen de la escritnra ilocana? ¿A qué alfabeto se asemeja?

El P. Colin escribe; «La figura, número y el uso de los caractéres y letras de esta nacion (filipina) claramente se vé que es tomado de Moros, Malayos y deducido de los Arabes.» (1).

Lo cual confirma el Agustino Fr. Gaspar de S. Agustin al decir que «los caracteres son aprendidos de Malayos.»

(1) Los malayos tuvieron alfabeto propio antes de haber adoptado el árabe y se cree que el batta de Sumatra sea la matriz ó el que se acerca más á ella.

Mr. Leyden supone que el P. San Agustín quiso expresar que el alfabeto filipino se asemeja al de los Battas de Sumatra, ó los Buguis, pero ignorando el nombre propio de estos, les dió la denominación genérica de «malayos,» fundándose en que los demás malayos escribían ya en tiempo del P. San Agustin como hoy, con caractéres arábigos, diferentes de los filipinos.

Lo cual pueden robustecer los estudios del Mr. Jacquet, según el cual, los alfabetos filipinos se asemejan al Bugui y Batta.

Pero el erudito autor de la "Contribución para el estudio de los antiguos alfabetos filipinos" asevera que «la semejanza con el Ugui y el Batta no es tan grande como se puede suponer al leer Jacquet.»

Y dice:

«La forma de *Ta* (la T) es debida a la trasformación inmediata del *ta* del alfabeto de los edictos de Azoka (Rey de la India que subió al trono, 325 años antes de Jesucristo). La consonante *Ga* (la G) recuerda perfectamente la *ga* Gudjarati, pero el *ga* Pampango es *ga* Azoka, redondeado lo mismo que en Kawi. *Na* (la N) se asemeja a la forma del

Macasar y del Ugui. *Pa* (la P) proviene sin duda de la misma letra del alfabeto usado por Azoka. La pequeña raya horizontal se añadió probablemente á la rama derecha para distinguir esta letra de la *ha*; la diferencia que se nota en la consonante *pa* de los alfabetos filipinos consiste tan solo en la mayor ó menor abertura que se dá á esta letra. La *Ba* (La B) de los caractéres de Azoka, parece un cuadrado; si se redondean sus ángulos, se obtiene un carácter de forma circular, que es precisamente la *ba* del pampango y del visaya. Esta primera transformación hace comprender como en el tagalog, este círculo con una hendidura en la parte inferior, deriva tambien de la forma de la letra de Azoka. Esta hendidura apareció para escribir y comenzar á trazar la letra por su parte inferior y mediana. Del mismo modo las *oes* de nuestra escritura latina presenta en su parte superior una pequeña hendidura que resulta, al escribir de prisa, de la unión de las extremidades de la línea que la forma. La letra *Ma* (la M) recuerda tambien algo de la *ma* Azoka: su parecido es mayor con la misma letra del alfabeto Lampong (Sumatra). *Ya* tiene una forma que se se-

para por completo de la *ya* Azoka, pero se acerca mucho al tipo Mandeling, Angola, Toba y Daire. El parecido de la *La* (la L) no lo hemos podido hallar. En los alfabetos Tegula (Madras,) Telinga y Tamil, La *Wa* tiene una forma que permite suponer orígen común con la *wa* filipina. (1)

Tambien la forma de la *La* de Azoka tiene algo de comun con la *sa* de los alfabetos filipinos; la forma de la *Ha* (la H) es muy general en los alfabetos indios y se encuentra principalmente en el Pegu, Djogja, Kawi, Lampong, Pasemah, Redjang y Mandeling. Los alfabetos filipinos tienen con los caracteres de las inscripciones de Azoka una semejanza más grande que con ningún otro alfabeto de la India ó la Oceanía. Creemos que provienen directamente de él y que han conservado muy fielmente su forma primitiva. El origen indio de estos alfabetos no se puede poner en duda.»

Esto lo asevera dicho autor, como se vé, con entera convicción.

Mas el citado Obispo de Oviedo, despues

(1) El P. Chirino y el autor del códice del P. Martinez Vigil no traen la «Wa,» y segun este Prelado de Oviedo fué introducido después de 1609.

de aseverar que las letras filipinas son «diversísimas de las de la India,» escribe lo siguiente:

«Nosotros hemos comparado *detenidamente* este alfabeto (el tagalog, que como hemos visto puede ser el mismo ilocano y único de Filipinas) *con treinta y siete alfabetos* antiguos y modernos, pertenecientes en su mayoría á pueblos orientales, y lo hemos, encontrado *completamente distinto*, distinto especialmente del javanés, solo en algún rasgo remoto hemos creido encontrarle algun parecido con el alfabeto Telinga, derivado del sanscrito y compuesto de cincuenta y un signos, y la semejanza más acabada está en la *b* del alfabeto tagalo que es la *a* invertida del telinga.»

En el curiosisimo *Tabel van oud-en nieuw-indisches alphabetten* de Mr. K. F. Holle, he encontrado casi todos los abecedarios de la India, Malasia y otros paises del Asia y Oceania. Y en vista de ellos, no puedo menos de decir que no está en lo firme el Obispo de Oviedo al creer que los alfabetos filipinos no tienen puntos de contacto con otros de diversos paises.

Sin negar todos los puntos de semejanza

que ha encontrado el Dr. Pardo de Tavera con los caracteres de los Edictos de Azoka, no me conformo, sin embargo, con él en que provienen los filipinos directamente de aquellos; y no vacilo en afirmar que no es tampoco tan grande la semejanza entre unos y otros, como uno se figura al leer su muy curioso folleto sobre los alfabetos filipinos.

Por la tradición citada por el P. Colin y otras razones etnográficas y filológicas que aduzco en otros capítulos, yo opino ó sospechaba que los ilocanos ó en general los filipinos fuesen descendientes de los battaks de la laguna de Toba (Sumatra), los cuales pudieron haber procedido en remotas edades del territorio de Menang-kabao.

Después he comparado las letras filipinas con las de Toba, é inmensa fué mi admiración al encontrar que la B ilocana es enteramente igual a la de Toba; las *ues* también se asemejan y aunque no sea muy grande la similitud general entre uno y otro alfabeto. en cambio no es mayor la que existe entre los caracteres de Azoka y los filipinos.

No creo aventurado asegurar que los

alfabetos malayos y filipinos son parientes.

«Al pasar—escribe S. de Mas—hace pocos meses (1841 ó 42) por Singapor he visto una antigua piedra, cuya inscripción no había nadie que ha podido conocer y he hallado ser de la misma especie de la escritura que la filipina antigua.»

En la segunda edición de mi folleto *Las Islas Visayas en la época de la Conquista*, se halla un cuadro paleográfico de Visayas ó mejor dicho de Filipinas en general, comparado con los abecedarios de los battaks de Toba, el de los Buguis, el de Azoka, el de Borneo y el antiguo de Java. Véanse y leanse mis demostraciones en la pág. 94, para poder apreciar mejor lo que aquí escribo.

CAPITULO TERCERO

Datos filológicos

I

Escasos nosotros de gramáticas y diccionarios malayos, sanscritos, americanos, polinésicos y otros elementos indispensables para estudiar concienzudamente la filología ilocana, nos limitaremos á insertar nuestros apuntes, que casi de la pura casualidad hemos recogido. No se nos oculta que son modestísimos, incompletos, tal vez y sin tal vez con errores; pero ya que ninguno todavia ha tratado la idiomografia de Ilocos, á pesar de ser muy importante, puesto que es antígua, y en la época de la Conquista ya

los ilocanos tenían su dialecto peculiar, publico estos apuntes, que quizá puedan servir de datos á los sábios lingüistas. Yo estaba muy lejos de pensar que una carta escrita como modelo del ilocano corrompido de Vigan (cabecera de Ilocos Súr) que publiqué en *La Oceania* en 7 de agosto de 1883, habia de merecer ser reproducida por el doctor aleman Schuchardt en su folleto intitulado *Kreolische Studien*; pág. 17, edición de 1883.

Con la publicación de estos apuntes no quiero más que llamar la atención de los filólogos hácia la conveniencia de estudiar cuanto antes, no solo el ilocano, sino también los dialectos filipinos, puesto que todos tienden á corromperse, especialmente con la divulgación obligada del castellano y con el rozamiento con elementos extraños. Sobre todo, el aeta y el chamorro tienden á desaparecer.

II

El P. Lopez dice que el dialecto ilocano se llamaba antiguamente *Samtoy*.

La etimología de este nombre, segun unos, es *sao itoy*, opinando que esta pa-

labra fué dada por los españoles, porque en ilocano no significa nada y todos los indígenas de Filipinas lo llaman dialecto *de Ilocos*, según el P. Carro. Tal vez los españoles preguntaron á los ilocanos qué nombre tenía su dialecto, y no entendiendo bien la pregunta, lo cual no era extraño en aquellos tiempos, contestaron *sao mi toy*, que quiere decir: *este es idioma nuestro.*

Otros creen, y acaso esto sea lo más acertado, que la palabra *Samtoy* era el nombre de Ilocos ó de un pueblo el más importante de aquella comarca.

Los naturales de Ilocos Sur no entienden muchos vocablos que se usan en Ilocos Norte, donde algunos pretenden se conserva el primitivo ilocano, viciando los mestizos sangleyes de Vigan la pronunciación de algunas palabras, como *pang-oren*, *sang-atan*, *kadaratan*, *nacam-it*, etc., que pronuncian *pañgoren*, *sañgatan*, *karagatan* y *nasakmit*.

Hé aquí algunas estrofas ilocanas que he encontrado en el *Arte de la lengua yloca* del Agustino R. P. Fr. Francisco Lopez, que la escribió en 1628, cuyas estrofas estaban, segun este autor, «puos-

tan á los piés de la estátua de la muerte ó por tapete de una calavera.

ORIGINAL

Daytoy quitac á nacaapaprang
ti sarming á paganinuanan
iti tungpal á caylalaan
quen amin á ubbao á agauaan.
Daguiti agturay á mannacabalin
bacnang, agtotobo quen obing
lacay, nalaad quen nalaing
cas danto caniac amin.
Iti biag saan á maigaoid
ta iti patay cas buis
á aoan ti macapagcalis
iti panangñgiaoat á pilit.
O! paquinaquem á eppes
ammoem á dicanto lumbes
á pagbiag daguiti eggués
quen buyuc á di madaep
Ñgem o! dica agasan á uyong
ta agaoaampay la mañgornong
iti cocoa ñga di manayon
quet calipatan ti biag á agnanayon!
Dayta ayayat, quen catcataoam
quen inuuyong á pinagayayam
horas quen aldao mo á maauan
ti maited quenca ñga uayauayam

Iti panagbiag naquedñgan
mañgininut á cumurang
quet iti dagá ñga naggappoam
isun tó ti pagtungpalam.
Iti ipapatay aoan ti macaammó
no adton ano, quen cas anó
no sal-it, uleg oenno na-nábo
no itá, anno iti aldao á sumaronó.
Ammoen muet á maysaclang
iti si di Dios á pañgocoman
ti dagup ti nagapoanan
á aoan to ti malingdan.
Quet tapno mailiclicca á maylisi
iti iget ti sentencia ñga ud-udi
sapulem ita ñga sibabaoi
ti Dios á manangñguasi.

TRADUCCIÓN LITERAL

Mi aspecto asqueroso
es el espejo, al que debe mirarse,
el fin de lo que se estima
y de todo lo vano, que se procura ganar.
Las autoridades poderosas,
el rico, el adulto y el niño,
el viejo, el feo y el bueno,
todos serán como yó (el esqueleto).
La vida no se puede detener
porque la muerte es como tributo

que nadie puede eximirse
de entregar necesariamente.
¡Oh entendimiento vano!
sabe tu que no dejarás
de ser el alimento de los gusanos,
y miasmas insoportables.
Pero ¡oh! insaciable orgullo,
que procuras aun acumular
bienes, que no duran,
y que olvidas la vida eterna!
Tus alegrías y carcajadas
y tus insanas diversiones
son horas y dias que se pierden,
que se te han dado para tus expansiones.
La vida es limitada,
poco á poco se disminuye
y la tierra, de donde has venido,
será tu fin.
Nadie sabe (la hora de) la muerte,
cuándo y cómo,
si de rayo, culebra ó de una caida,
si hoy ó el dia siguiente.
Considera tambien que se presentarán
en el tribunal de Dios
todas las obras,
sin que se oculte alguna.
Y para que te libres
del rigor de la sentencia final,

busca ahora contrito
á Dios misericordioso.

Suponemos que estos versos fueron escritos por un ilocano que poseía el dialecto y es probable que lo fué por don Pedro Bukaneg, de gran *talento*, á quien se debe «lo más y lo mejor de esta obra,» es decir, la que trae dichas estrofas, segun confiesa lealmente el mismo autor en el final del prólogo.

Ahora bien; si las trascritas estrofas estaban escritas en ilocano correcto y sin erratas de imprenta, podemos afirmar que el ilocano puro de hoy ya es algo diferente del primitivo. A la hora presente no se dice ya *paganiniuanan, á caylalaan, eggués, di ca agasan, calipatan*, é *iget*, sino *paganninauan, daguiti caylalaan iggués, di maagasan, lipatam*, é *iñgét*. Hoy se escribe, algunas veces como antes, *muet*; pero siempre se pronuncia *met*.

Los indígenas son naturalmente corruptores de lenguas é inventores de mil y mil términos nuevos.

De la afición de los indígenas á la novedad de términos resulta la corrupción y de ésta nuevos dialectos: de aquí, en fin, el casi increible número de dialectos filipinos.

Pero que primitivamente el idioma de los filipinos era solo uno, parece demostrable, es tal vez muy cierto.

Eso de atribuir dos significaciones al mismo término, sucede con los dialectos filipinos, por ejemplo: *gamút* en tagalog significa *medicamento*, en ilocano *veneno; kayo*, en tagalog es *tela*, y en ilocano y moro de Balanguingui, *madera* ó *árbol*.

Sí; muchos términos generales existen en los dialectos filipinos, unos con la misma significación, como *balay*, que es casa, tanto en ilocano como en visaya; y otros con diversas, como *kataoan*, que significa *señor* en pangasinan, *cuerpo* en tagalog, y *reirse* en ilocano.

Es constante regla en las evoluciones filológicas la multiplicación de los idiomas, y nunca se ha dado el caso de su reducción. Abroquelado en esta ley, no vacilo en calificar de inexacta la opinion que cita el ilustrado P. Carro, referente á que en Ilocos hubo diversos dialectos (no hablo de las tribus montesas.)

Es cierto que hay algunos términos que solo se usan en determinados pueblos de Ilocos; pero esos son pocos, los provinciales ó especiales de cada localidad,

lo cual se observa también en España y otros puntos, aunque se hable un mismo idioma oficial.

En los diccionarios visayas, en un vocabulario hispano-tagalo-pampango y en los devocionarios de otros dialectos filipinos, he encontrado muchos términos ilocanos, y en *Diccionarios ilocano-españoles* he hallado una lista de términos comunes al ilocano y tagalog, unos con una misma significación, y otros con distinta: y ademas otros vocablos, que aunque no se escriban con las mismas letras, son muy semejantes y muchos tienen igual significación. Debo advertir, sin embargo, que no estoy conforme con Vivó en muchos términos que enumera; y sí, en que hay más de 600 términos de la clase de los citados.

Todo esto parece indicar que en un principio los filipinos tenían una misma lengua, que más tarde fué probablemente poco á poco dividiéndose en innumerables dialectos, por la afición, repito, de los indígenas á la novedad de términos como la lengua latina se descompuso en las españolas, italiana, francesa, portuguesa, etc.

Y por otra parte, se debe esto á la falta de comunicaciones entre aquellas tribus, que estaban divididas por antagonismos propios de los pueblos incultos. «Allì—dice el gran historiador italiano Cesar Cantú—donde los pueblos cayeron en la barbarie, los idiomas son vagos, inciertos y extraños, y nos anuncian escasas comunicaciones y guerras intestinas, variando en cada barrio el idioma.»

III

¿De qué idioma procede el dialecto ilocano?

Desde luego creemos que del malayo, pues ya hemos demostrado que los naturales de aquella comarca probablemente vinieron de Sumatra, quizá de las riberas de la Laguna de Toba, que están pobladas por *battaks* puros, á quienes los filipinos se asemejan en su idioma y escritura, segun Jacquet, y en ciertas costumbres y prácticas religiosas, segun el sabio profesor Blumentritt.

Segun el orientalista Marsden, los primeros malayos salieron del territorio de

Menangkabao, (que se halla en el interior de Sumatra entre los rios Djambi y Palemban): de allí fueron los que fundaron las ciudades de Malaca, Djohor y Singapore en el siglo XII, segun las mismas crónicas de Malaca. Esto también puede confirmar la tradición citada por el P. Colin, segun la cual los malayos filipinos vinieron de los alrededores de una laguna de Sumatra. Entre laguna y rio, no damos importante diferencia en este caso, por las escasez de noticias en aquellos tiempos.

El idioma malayo de Menangkabao es el único que no se ha alterado, al menos no tanto como el de los demás puntos de Sumatra, Java y otros territorios malayos, segun el citado autor.

Contribuyeron el persa, el tamul y otros primitivos dialectos de Java y cercanías, á enriquecer el malayo.

En éste, los árabes comerciantes y al propio tiempo apóstoles del Coran, introdujeron varias voces sobre teogonía, metafísica y leyes. Los árabes llegaron á Achem (Sumatra) en 1204, á Malacaen 1276, y á Java en 1406, de creer sus crónicas.

Y preguntamos, entre paréntesis: ¿los dialectos malayos de Luzon (no digo de las demas islas filipinas del Sur) abundan en términos árabes? Y si nó, como supongo, ¿no podemos opinar que la venida de los malayos á Filipinas es anterior ó en el mismo año 1204, época de la llegada de los àrabes á Sumatra, en que aun no se habia experimentado su influencia filológica?

Es el caso que cuando aportaron á este Archipiélago los malayos, ya debía de estar formado dicho idioma (*no* digo: *con* las vocablos árabes y otros, que se encuentran en el malayo que se habla actualmente en Sumatra, Java, Borneo, Malaca etc.)

De otro modo, no me explico la gran semejanza que existe entre los dialectos filipinos y los de Sumatra, Borneo y otros puntos malayos.

Estos *pudieron* haber introducido *varios* de los pocos, contadísimos vocablos sanscritos que se encuentran en los dialectos filipinos.

Ahora, vamos á probar que el idioma ilocano procede del malayo.

El estilo malayo—segun Marsden—no es metafórico, hablan lo con propiedad;

más no carece de símiles poéticos; es sencillo como el de todos los pueblos incivilizados; pero sus narraciones abundan mucho en partículas, conjunciones é interjecciones, que casi siempre van unidas á los adjetivos y verbos.

En malayo—como en ilocano—no se conoce el género masculino y femenino y todos los nombres son del género comun. Para distinguir los números no se modifican las terminaciones y se valen de otras palabras para ello, ó se repiten los nombres ó sus primeras sílabas, ni más ni ménos que en ilocano, en el cual se diee *tao*, *puso*, etc., en singular, y en plural *tattao puspuso*, etc.

Los pronombres personales y posesivos son también diferentes de los latinos. En ilocano el pronombre *nosotros* tiene tres acepciones: *datá*, que significa tú y yo: *datayó*, vosotros y yó; *dakamí*, ellos y yo.

Solo en el infinitivo se usan los verbos, y su significación varía mediante ciertas partículas ó letras que se unen antes ó después del verbo, y con partículas también se forman los comparativos, superlativos, participios y los adje-

tivos verbales, que tal vez podemos decir que casi no existen, hablando con propiedad.

Todo lo cual ocurre también en el dialecto ilocano; pero es de advertir que en éste, para expresar los tiempos no siempre se necesitan otras palabras auxiliares, bastando añadir alguna letra prefija, como en *agayatak* (amo), y *xagayatak* (he amado); ó alguna sílaba sufija, como en *agayatak*TO, (amaré).

Mr. Crawfurd dice que la lengua ó familia malaya es un dialecto de la polinesiana, y supone que Java fuese el centro de los dialectos polinesianos, que reconocen por madre comun la lengua javanesa. Y en una gramática de Java se dice que el más perfecto de cuantos dialectos se hablan en aquellas partes, es el javanés. Pero de èsto no se deduce necesariamente que sea el tronco; los dialectos se pueden perfeccionar en los mismos lugares en que se usan, y uno puede muy bien resultar mejor que la misma lengua matriz. Lo que no podemos negar ni aceptar es que el malayo sea un dialecto de la lengua polinesiana. También puede ser que los dialectos polinesianos

provengan del malayo. Quizás esto sea más acertado, pero desconfiamos de nuestra inexperiencia en estas cuestiones. Es lo cierto que el polinesiano y el malayo tienen muchos puntos de contacto, como reconocieron Rolan, Cook y Forster.

El P. Martinez Zúñiga escribe: «Aunque las lenguas que hablan los indios son muchas y diversas, se dan tanto la mano unas á otras, que se conoce claramente son todas ellas dialectos de una misma lengua,» la cual, continúa, «se habla desde Filipinas hasta Madagascar, y desde aquí hasta las islas de San Dwisk, Otayti é Isla de Pascuas. Se habla en Nueva Guinea, en toda la tierra austral, en las Marianas y en casi todas las islas del Mar del Sur.»

El malayo—al decir de Mr. Marsden—se habla, en efecto, desde Aden en toda la Malasia, hasta los confines del Océano Índico.

Esto se debe—segun él—al carácter emprendedor y mercantil de los malayos, y á la facilidad de su pronunciación, debida á las muchas vocales interpuestas en sus voces, y á lo poco complicada de su sintáxis.

Hay en el malayo—si vamos á creer *lo que dice otro autor extranjero*—tendencia á la forma monosilábica y á rechazar toda inflexion, aproximándose así al grupo de las lenguas transgangéticas. En estas intenta el doctor Leyden incluir la malaya.

El ilocano pertenece á la clase de las aglutinantes.

IV

El citado P. Martinez de Zúñiga y algun otro que le había leido, apuntan la opinión de que los filipinos de las costas son procedentes de la América Meridional, fundándose en que ha encontrado el primero algunas voces filipinas entre las americanas. Pero lo único que puede probar la aseveración del P. Martinez Zúñiga, en lo referente á los ilocanos, es que los de la costa patagónica al igual de los ilocanos y visayas, llaman *balay* á la casa, y entre las pocas voces chilenas que Ercilla trae en su *Araucana* se encuentran *Apo*, tratamiento que en Chile como en Ilocos se dá á las Autoridades. En ilocano significa *Señor*.

Honorato Jaquinot, en su *Annuaire des voyages*, 1846, pàg. 179, decía lo sigiente:—»He visitado las principales islas de la Polinesia, y observado en sus naturales las mayores analogías con los americanos.... La semejanza de fisonomías es para mì la mejor prueba del último parentesco entre los americanos y polinesios; pero si se tratase de buscarla en sus costumbres, encontraríamos muchas analogías. Los polinesios—añade más adelante—al igual de los americanos tienen decidida afición á los adornos, se tatúan formando líneas y pintándose con colores vivos; arráncanse los pelos, se rasuran parte de la cabeza (como los antiguos zambales) y perforan y estiran el lóbulo de la oreja, colgando de él grandes aretes.»

Y los polinesios son vecinos y parientes de los malayos, y además de sus prácticas, especialmente las transcritas, se observan entre los ilocanos.

Pero todo esto no prueba más que la unidad de raza y lenguaje en épocas remotas, como nos enseña la Biblia. Se llaman dialectos parientes, hablando rigurosamente, los que entre sì tienen

grandísima semejanza en la terminología y en su gramática, como el ilocano y el malayo. De otro modo, sería violentar las reglas filológicas y creo que si nos conformàramos con la opinión del P. Zúñiga, otros tendrían tambien derecho á exigirnos que concediéramos que el latin, el slavo, el sajon y todos los lenguajes, habidos y por haber, son afines del ilocano, puesto que en ellos no faltan voces ilocanas, ni costumbres análogas, lo cual sería gratuito.

Los PP. Buceta y Bravo escriben á su vez:

«Unos han considerado los dialectos filipinos semejantes al árabe; otros han creido ser su carácter más análogo á la China y Japona, y no pocos encarecedores del hebreo presentan esta lengua como su originaria. Nosotros no podemos menos de orillar los orígenes hebráicos, si bien consideramos que el extremo Oriente hubo de tener una lengua propia progenitora de todas las demás lenguas inclusa la misma hebrea, siendo todo esto resultado del cambio de aquella, hecho por la acción tópica y la cultura ó el atraso de los dialectos, paises y tiem-

pos. Dícese generalmente que los dialectos filipinos deben su origen á la lengua tagala, y no lo contradiremos si se entiende en ésta aquella lengua primitiva.

Dichos autores acaso se hubieran acercado más á la verdad, diciendo que esta lengua primitiva era la *sanscrita*; pero aún ésta se cree generalmente que es una derivación más ó menos inmediata de la verdaderamente primitiva y una, la cual se considera ya extinguida. Algunos autores pretenden encontrar en dicho idioma el fondo y las formas de las lenguas slavas, latinas y griegas.

Un religioso del siglo pasado pretende que los dialectos filipinos pertenecen al *vascuense*.

Ignoro en qué se fundan los que sospechan que los dialectos filipinos sean originarios del hebreo.

En el pequeño diccionario hebreo y caldeo de Leopoldo encontré siete palabras, que se asemejan á las ilocanas; pero de muy distintas significaciones; y parece que solo á la casualidad se debe tan remota similitud, ó á la unidad primitiva de los idiomas.

Tsaba (hebreo) significa entre otras acepciones, *producir á montones*. Y en ilocano *sabá* significa *plátano*, cuyas frutas son amontonadas; pero hay otro término hebreo, que es en todas sus letras igual al citado ilocano, y que significa *embriagarse*.

Schub (hebreo) significa *volver*, cuyo verbo en ilocano se dice *agsublí*.

Ganab (hebreo).—Aumentar. En Ilocano *ganab* significa lo que se logra ó gana.

Anáh, h.—Estar presente. En Ilocano *¿Ana?* significa ¿Qué?

Arab, h.—Acechar. En ilocano significa *apacentar*.

Ribó, h.—Diez mil. En Ilocano mil.

Como se vé la semejanza es pequeña y remota.

Solo los vocablos chinos *bu uisit*, (falto de suerte) *incha* y *suqui* se hallan en Ilocos; pero los mismos ilocanos saben que recientemente les fueron enseñados por los celestes que allí vàn á traficar. Ningún vocablo japonés conozco en el ilocano.

En el curioso folleto de mi ilustrado amigo el Dr. Pardo de Tavera, *El sanscrito en la lengua tagalog*, que escribió te-

niendo á la vista las obras de Kern y Burnouf, he encontrado las siguientes voces, que tienen alguna semejanza con el ilocano:

Lazuna en sanscrito, *lasuna* en ilocano: ambos términos significan cebolla.

Dosha, sans. significa culpa, y el iloc. *dusa*, pena.

Dara significa en sans. *esposa*, y *sangre* en ilocano (*darah*, malayo, significa *sangre.*)

El mongo se llama *balata* en sans. y *balatong* en ilocano.

Swmin quiere decir *todos* en ilocano y *marido* en sanscrito.

Kati, cantidad en sanscrito; y peso de veintidos onzas en ilocano.

Daya, banquete en iloc., y donativo en sanscrito.

Ina, amo en sans., y ama ó madre en ilocano.

Laksha, diez mil en ilocano y sanscrito.

Wath, sans. ser firme ó fuerte para alguna cosa. *Batbat*, iloc. azotar. La repetición de palabras en los idiomas polinesio-malayos significa á veces pluralidad.

Wacha, sans., palabra, discurso. *Wasa*, también sans., *deseo*. *Basa* en iloc. significa lectura.

Bangga, sans, rotura, caida; en ilocano *Bañga* es olla de barro.

Bandu, sans., aliado; *Bandus* en ilocano quiere decir cometa.

Rupa figura en sans., y cara en ilocano.

Mutya, perla en sanscrito; y *mutid* en ilocano es el fuego fabuloso que sale de la boca de los gallos y otros animales privilegiados.

Pal—lawa, crecimiento en sans., y *Palawa*, agrandar, en ilocano.

Nipa, un género de palma (*nipa fruticans L.*) en ilocano y sanscrito.

Nila, sans. *indigofera tinctoria*. *Ngila* significa lo mismo en ilocano.

Parapate, sans., pichon. En iloc. *kalapati* es paloma. Es de advertir que es muy común en los idiomas malayos cambiar la *r* con *l* ó *d*

Flecha, se dice *pana* en ilocano, y *bana* en sanscrito.

Papa, protector en sanscrito, *Apa* ó *epo* en ilocano.

Testigo, *saksi* en ilocano y *saksi* en sanscrito.

Sara, lago en sanscrito, y cuerno en ilocano.

Tapa, tasajo en ilocano, y calor en sanscrito.

Charita, sanscrito, hecho, suceso. Y en ilocano, *sarita* es cuento. Es de saber que la letra *ch* se pronuncia como *s*.

Vayu, viento en sans., y en ilocano *bagió* es huracan.

Como se vé, si existe parentesco entre el ilocano y el sanscrito, es lejano. Hay más voces sanscritas en el tagalog, pero aún en éste son contadísimas.

V

No sucede lo mismo con el malayo. El parentesco entre este idioma y el ilocano es íntimo, por su gramática, como ligeramente hemos demostrado, y por su terminología, como pronto vamos á ver. Cuando he hojeado el diccionario malayo francés del Abate Favre y el *Vocabulary of the english and malay languajes* (3.a edicción, 1854,) no me parecía sino que tenía delante unos vocabularios de dialectos filipinos, de los que muchos términos yo no entendía, pero sí, otros muchos, muchísimos. Calculo en más de

trescientas las voces comunes al malayo é ilocano, que he encontrado, ora con iguales ó semejantes, ora con diferentes significaciones.

Ahora solo recuerdo las voces *lañgit susu, olo* y *matá* que significan y se escriben lo mismo en malayo, que en ilocano, tagalog, lutao, visaya y cebuano. En malayo se encuentran además vocablos ilocanos, escritos unos de otra manera, y otros con distintas significaciones, como son: *ayam, kami, aratk, urat, sikap, tulong, lumut, bulam,* (*bulan* en ilocano), *ayat, ibaribar, saksi. atap, ubin*, etc., etc.

En el citado vocabulario anglo-malayo he encontrado que los números orales son casi los mismos en ilocano, como verán los lectores en la siguiente tabla políglota, que he formado, sabiendo que los lingüistas dan mucha importancia á estas listas comparativas. (1) He de advertir que la numeración del expresado vocabulario es muy corto; solo faltan á mi lista unos cinco números de los que trae.

(1) Catalina II de Rusia, Wans Kennedy, Hammer y otros muchos han formado tablas políglotas.

Equivalencia.	Malayo.	Ilocano.	Igorrotes de Bontoc.	Visayo.	Pampango
2	Dua.	Dua.	Dua.	Dohi.	Adua.
4	Umpat.	Uppat.	Eppat.	Opit.	Apat.
5	Lima.	Lima.	Lima.	Lima.	Lima.
6	Anam.	Innem.	Enem	Onom.	Anam.
10	Sú puloh.	Saŋgapulo	Pó.	Napòlo.	Apulú.
20	Duapuloh.	Duapulo.	Duan po.	Caluhʼan.	Aduang pulú
50	Limapuloh	Limapulo	Limangpo.	Calim-an.	Limampulú
1,000	Sá ribu	Saŋgaribu.	Saŋgaribu.	Libo.	Libo.
10,000	Sá laksa.	Saŋgalaksa	Singkolaksa	—	Apulunglibu

Tagalog.	Tinguian.	Sanscrito.	Javanés.	Malgacho
Dalaua.	Dua.	Dwi ó dwa	Ro.	Roa.
Apat.	Upat.	Eatur.	Pat.	Efat.
Lima.	Lima.	Pañéan.	Lima.	Dimy.
Anim.	Anam.	Shash.	Nem.	Enina.
Sampú.	Simpo.	Daçam.	Sa puluh.	Folo.
Dalauangpu	Duapulu.	Viñçati.	Rongpuluh.	Roa polo.
Limangpú.	Limapulu.	Pañcáçat.	Séket.	Dimampolo
Isanglibu.	Sañgaribu.	Sahásra.	Sewu.	Arivo.
Sampunglibu	Silaksa.	Ayuta.	Saleksa.	Alina raiky

Entre los 36 tèrminos de los *Chary-hoans* ó igorrotes de Formosa, que el Dominico R. P. Fr. Federico Jimenez remitió en 1.o de Junio de 1876 al P. Provincial de su V. O. de Manila, encontramos los siguientes que son semejantes á las voces ilocanas.

Chary-hoans.	Ilocano.	Castellano.
U ka.	Upa.	Gallina.
Babui.	Babuy (*cerdo*).	Javalí.
Bat-tu.	Batu (*piedra*).	Perro.
Kanú.	Kanén (*comida*).	Morisqueta.
Ulu.	Ulu.	Cabeza.
Louang.	Nuang.	Carabao.
Balintuk.	Balituc (*oro*).	Naranja.
Ka siu.	Kasuy (*un arbol*)	Madera.
Kasui.	Idem idem.	Camisa.
U bat.	Uban (*cana*).	Cabello.
Sitpat.	Uppat.	4
Lima.	Limá.	5
Pitú.	Pitú.	7
Alú	Ualó.	8

Entre las 72 voces de los naturales de Formosa, llamados *Shek-hoans* y *Pepo-hoans*, remitidas á este Archipiélago por el mismo P. Jimenez, se hallan las siguientes:

De Formosa	Ilocano.	Castellano.
Kumata.	Matá.	Ojos.
Lima.	Ima.	Mano.
Babui.	Babuy.	Cerdo.
Mapatay.	Matay.	Morir.
Mataua.	Agkataua.	Reir.
Kitau.	Tao.	Hombre.
Kinuan.	Nuang.	Carabao.
Jubpat.	Uppat.	4
Lalimá.	Limá.	5
Papitú.	Pitú.	7

Ahora bien; los citados *Chary-hoan Shek-hoans* y *Pepo-hoans* se cree que pertenecen tambien á la raza malaya.

En la preciosa fábula políglota que ha formado el orientalista holandés Mr Riedel, escrita en veintidos dialectos malayos, encuentro las siguientes voces, que tienen semejanza con los ilocanos. (Prescindo de las visayas y tagalas:)

Na, significa *suyo*, como en los dialectos Tomíni-Kailí, Kaili y Paigi (Célebes.)

Kayu, madera en ilocano y en moro de Balanguingui, pero diciendo *Dakayú* significa *vosotros.*

Ao, en los idiomas de Taiti, Raroronga y marquesano, significa *dia; sol* en los polinesianos, según otro autor; y en ilocano *aldao* es dia, é *init* el sol (en tagalog *init* es calor.)

Oay, sí, en Joloano; y bejuco en ilocano.

Mamuung, entonces, en jol., y en iloc., *el que quiebra ó embrolla alguna cosa.*

Baran, hìgado en jol., y en iloc, *bakráng* significa costado.

Kuana, significa *dice* en Tounbulu y Tounsea (dialectos de Célebes). *Kunana* quiere decir lo mismo en ilocano.

Ni, significa *de* (prep.) en Touun-Pakeva (Célebes), iloc., tag. y otros filipinos.

Muuna puhuhna: en idioma Tounbulu significa principio, el primero. En iloc. *umuná* quiere decir primero, principal.

Tio, él, en los idiomas Busol y Gorontalo (Célebes). *Isú* en ilocano.

Maminsan, entonces, en dialecto Luinan (Célebes), y en iloc. significa *una vez.*

Es de saber que Célebes es tambien país de malayos.

Las palabras joloanas *kampilán* y *kris* se hallan tambien en el iloc. y con las mismas significaciones.

Según el caballero Pigafetta, que vino á Filipinas en compañía de Magallanes, este intrépido navegante llevaba un intérprete natural de Sumatra para recorrer las islas del Sur, lo cual prueba que los ascendientes de los que pueblan dichas islas y los filipinos ribereños cuyos dialectos manifiestan parentesco íntimo entre sí, vinieron de Sumatra según la tradición citada por el P. Colin.

Según el mismo Pigafetta, en la isla de Puluan llamaban *arak* el vino de arroz; y en la de Gilolo llamaban *sagú* á una especie de pan, y el sobrino del Rey era nombrado *Humay*; y en la isla de Humanu llamaban *umai* al arroz; y al Este de Malaca había una población llamada *Patani*. (Es frecuente en el Oriente dar á un lugar el nombre de los vegetales que abundan en él: *patani* en iloc. es *Phaseolus inamatus*, L.)

Pues bien; son voces ilocanas *patani*: *arak*. *umay*, y *sagú*, aunque algunas con distintas significaciones; pero esto no importa, sabiendo ya nosotros que en los

mismos dialectos filipinos existen muchas voces, que se escriben igualmente, pero tienen diferentes significaciones.

Creo haber demostrado, aunque ligeramente, que el ilocano es dialecto del idioma malayo, y quizá del malayo de Sumatra. El cronista franciscano confirma la filiación malaya de los dialectos filipinos, «según cotejo—escribe—que se ha hecho de vocablos, formaciones y composiciones de todos.»

El analista P. Colin manifiesta la misma opinión que la nuestra; pero atribuye sus diversidades á que los malayos que vinieron á Filipinas eran de diferentes provincias. Esto tambien puede ser; más me inclino á opinar que los malayos cuando aportaron á estas costas, hablaban un mismo idioma, que después se dividió en varios dialectos por la dificultad de comunicaciones, otras causas tópicas y por su afición á la novedad de términos.

CAPITULO CUARTO

Constitucion social

I

Otra prueba de que los indígenas filipinos son de filiación malayos, es la de que los mismos á la llegada de los españoles decían que habian llegado á Filipinas por barcadas, contando cada una de estas con un jefe y formando cada barcada un barrio ó ranchería despues de su arribo al archipiélago, segun el P. Martinez Vigil Sinibaldo de Mas.

Une barcada y dice en dialecto ilocano *sañgabarañgayan* y en tagalog *isang barangay*, que literalmente significa *una* (*isang*) *embarcación* (*barangay*) y libremente *carga de una embarcación* (1).

(1) *Cabarcada*, significa *contemporáneo* en tagalog, ó castellano tagalizado.

Por eso los españoles llamaron *barangay* á cada grupo de aquellos; pero como entre los ilocanos el pueblo ó barrio no se llama *barangay*, sino *ili* ó *purók*, será más propio llamar *purók* (grupo de casas ó barrio) ó *ili* (pueblo) á aquellas tribus ilocanas que encontró Salcedo á su llegada á Ilocos. (1)

II

Cada una de estas rancherías se componía de cien familias poco mas ó menos, segun la extension del terreno que ocupaban; obedecian á un jefe, que adquiría su título por sus fuerzas, sus riquezas, relevantes cualidades morales, su valor y algunas veces por herencia.

Ademas del jefe, el P. Plasencia, cuya obra escrita en 1589 es muy buscada, señala tres clases de gentes:

1.a Los llamados *mahadlikas* ó sea los hidalgos ó libres que nunca fueron esclavos.

2.a Los pecheros ó *aliping namamahay* que literalmente significa *criados con casa*

(1) Este capítulo y el siguiente se publicaron en *El Comercio* en 1888 con mi pseudónimo de *Deloserre* ó *De los R.*

propia; pero que, según las explicaciones que dá, son más bien aparceros que criados: en efecto, servían á sus principales tributándoles la mitad de los frutos de su sementera ó según las condiciones que se hubieran estipulado al ser admitidos como tales; vivían en sus propias casas con su familia, eran dueños de sus haciendas, terrenos ú oro, sobre los cuales no tenían dominio ni derecho sus señores; y si ellos se mudaban de vecindad los *aliping namamahay* no tenían obligación de seguirles, y sí (1) de servirles hasta sus hijos si no se mudaban de residencia. Se daban como herencia.

La 3.a clase la constituían los esclavos ó *aliping sa guiguilir*, que literalmente significa criados de *escaleras abajo.* Estos se cautivaban en las guerras ó se compraban, pero los que nacian en casa del dueño, eran vendidos por cariño; servían á sus señores en todo; pero estos les daban porción de sus terrenos, si eran fieles y laboriosos; y si en trabajos particulares ganaban algo, les dejaban con ello.

(1) Ahora ya no existe esta obligación, y acaso no existió nunca, porque no eran tales esclavos.

Si los esclavos lo eran por deuda (como ocurría muchas veces, y aún ahora, aunque la esclavitud ya no es tal) se rescataban pagando la deuda y además lo que comieron ellos y sus hijos, si los tenían.

A veces se traspasaba la deuda, procurando algun lucro.

Podían tambien rescatarse, elevándose á la clase de *pechero*, con el oro que hubieran ganado en trabajos particulares, siendo su importe cinco taes (1) de oro poco más ó menos. Y si daba diez ó más, quedaba libre del todo (timmaua) y hecho *hidalgo*. En este caso, señor y esclavo se repartían entre los dos las alhajas y otros bienes, con tanta exactitud, que si sobraba una olla, la quebraban, repartiéndose los cascos.

Esto que dice el P. Plasencia de los tagalogs es aplicable á los ilocanos, pues tienen y tenían semejantes costumbres y usos. El cronista P. San Antonio dice que el P. Plasencia advirtió estas diferencias de clase á los alcaldes y se

(1) Cada tae vale ocho pesos, segun Morga en su obra *Sucesos de Philipinas*, edición de 1609.

cortaron muchas injusticias hijas de su ignorancia.

III.

Pero por la diversidad de dialectos, los nombres de dichas clases probablemente eran diferentes en Ilocos, así es que los jefes de ranchería debían llamarse *agturay*, como hoy se designa en Ilocos á las autoridades, ò *Ari*, como hoy llaman al Rey de España. El Dr. Pardo de Tavera me escribió: "*Hari* significa *sol* en sanscrito y en polinesiano *alii* ó *arii*, *señor* ó *amo*. Ya vé V. que no sé si *hari* viene del polinesiano, que se asemeja más en significado, ó del sanscrito, que se parece más en sonido ó forma." Yo creo que sea polinesiano, porque los ilocanos lo pronuncian sin *h*, y porque la acepción de *señor* indica lo que realmente eran los régulos de Filipinas, es decir, no verdaderos reyes, y después dieron á esta palabra una idea más elevada y lata como la de un Rey, porque cuando desaparecieron los antiguos Régulos, lo aplicaron al Rey de España.

Supongo que no se llamaban *Maguinoo*,

porque esta palabra es tagalog y no ilocana; *dattos*, porque este término es moro; ni *Rajahs*, en razón á que esta palabra es árabe, ó sanscrita introducida en Filipinas por los musulmanes y estos no llegaron á Ilocos; y además dicho vocablo significa Rey ó Príncipe y en la región ilocana no hubo Reyes ni Príncipes sino una especie de señores feudales, cuyo dominio se extendía á 50 ó 100 familias, segun el P. Martinez de Zúñiga, estando dicha comarca dividida en tribus más ó menos pobladas.

Parece ser que solo hubo Reyes ó Rajahs en donde llegaron los musulmanes. Plasencia, Morga y otros dicen claramente que no había reyes, sino varios señores dominaban independientemente en una misma provincia ó isla, siendo unos más poderosos que otros segun la importancia de sus súbditos, que estaban distribuidos en varias familias y barrios.

Los *agturáy* ó *aris* gobernaban á sus súbditos, disponiendo de sus vidas, personas, hijos y haciendas; administraban justicia; asesorándose con el consejo de los ancianos más respetables de la tribu

llamados *amaen ó panglakayen ti ili,* atendían las aspiraciones y necesidades del *ili* ó pueblo, y los acaudillaban en la guerra.

En cambio, recibían tributo en frutos de sus súbditos, segun la importancia del patrimonio de cada indivíduo, y además, auxilio en las guerras, en las labores del campo, en las navegaciones y pesquerías y en la edificación de sus casas, cuyos últimos servicios los prestan aun ahora los contribuyentes á sus cabezas de Barangay.

Morga y otros autores aseveran que el cargo de *agturáy* (quien gobierna) era hereditario, indicando á los hijos varones como herederos inmediatos y en su defecto, las mujeres, si las habìa, y si no, los parientes colaterales de grado más cercano Lo cual se confirma de cierto modo por Pigafetta ó Antonio Lombardo, combarcano de Magallanes (1), al decir que el entonces cacique de Cebú (Hamabao)

(1) Creo que el còdice de Pigafetta es verídico. Es citado por autores antiguos (entre estos el P. San Agustín en us "Conquistas", de 1698) y modernos; y escepto el señor editor de la *Revista de Filipinas*, nadie pone en duda su autenticidad. El còdice de Pigafetta se halla en el tomo I del *Viaggio á torno il Mondo* de Ramusio.

no tenía más que hijas, y porque la mayor se había casado con un primo suyo, era el heredero.

Más, añade que llegando los caciques á cierta edad, perdían toda clase de consideraciones, pasando el poder á los herederos. De esto y de lo que asegura el P. Rada (1), también antiguo cronista, referente á que "casi todos los caciques son tiranos, que han conquistado su puesto por el pillaje y fechorías," lo cual confirma el P. San Antonio, se deduce que el que podía sobreponerse á los demás era el ungido. Los herederos, con los esclavos, riquezas é influencia adquiridos durante el gobierno de sus padres, lograban conservar para sí el mando casi siempre; pero no había costumbres ni principales que asegurasen el poder á débiles ó indefensos herederos. Los parientes y curadores escarnecían á los huérfanos menores, apoderándose muchas veces de sus hijuelas y reduciéndoles á la esclavitud. Esta era una regla general, y no creo que los herederos débiles de los

(1) Combarcano de Legazpi. Vease *Nouveau Journal Asiatique.*

agturdy fuesen exceptuados, porque el poder excitaba más la avaricia. (1)

La *nobleza* en su sentido genuino no existía en Ilocos, por esto llamaremos *principalía*, como en el dia se denomina, a la reunion de aquellos que ya por sus riquezas, ya por sus fuerzas físicas ó sagacidad se distinguìan en los pueblos. A la principalía pertenecían los ricos y sus familias, que nunca fueron esclavos. Esta clase gozaba de ciertos privilegios,

(1) Aplaudo el patriotismo del sàbio Dr. José Rizal, al ensalzar, en sus comentarios à la obra de Morga, el grado de civilización que poseían los filipinos à la llegada de los españoles, haciendo atinadas comparaciones con la europea, y á fé que cualquiera persona imparcial no dejarà de aceptar casi todos sus juicios puramente científicos ó históricos; pero ese mismo muy laudable patriotismo de él me parece que le ciega á veces y un historiador debe ser rigorosamente imparcial: no digo que los filipinos de las costas eran enteramente iguales en civilización à nuestros monteses contemporáneos; pero aún así, el optimismo de dicho autor resulta apasionado en algunos puntos tomando las excepciones por regla general y vice-versa; hay que tener en cuenta la unanimidad de las afirmaciones de los autores, que no tenían motivo para mentir en estos casos; el verdadero carácter de aquella civilización, y lo que todavía ahora se conserva de ella en las actuales costumbres del país. Digo esto para explicar la divergencia que existe entre algunas apreciaciones suyas y las mias en este y el siguiente capítulo.

siendo exenta de prestar los servicios que tributaban los *timmauas* ó libertos, y era el plantel de los *agturáy* y *amaen ti ili*. Esta clase llamada *mahadlika* por el P. Plasencia, probablemente se denominaba en Ilocos clase de los *babaknang* (palabra con que aún ahora se distingue allí á los principales del pueblo).

Entre los tagalogs se llamaban *Gat* los jefes de barrios ó pueblos pequeños con alguna dependencia del cacique del pueblo grande inmediato. Tal vez en Ilocos se llamaran los *Gat*, si los había, *ulo ti purok*, ó cabeza de barrio.

IV

La segunda clase era la de los aparceros *katalonan* ó *aliping namamahay*, segun el P. Plasencia.

La 3.a clase se componía de los esclavos, que se denominaban *tagabu* ó *adipen*. Estos términos ilocanos no enuncian otra cosa sino la verdadera esclavitud. El criado se llama en ilocano *ubing;* y *tagabu* es inferior aùn á los criados, es decir: que los *tagabus* merecen menos consideraciones que los *ubing* ó sirvientes, por manera que los

tagabus no son sino esclavos verdaderos, pudiendo el dueño enagenarlos como si fueran cosas, matarlos como si fueran animales irracionales de su propiedad y hacerlos trabajar con el rigor que quieran sus dueños. Claro está que á la hora presente no hay ninguno que se pueda denominar propiamente *tagabu,* como tampoco hay allí quien tenga menos consideraciones que un criado; y hoy dia en Ilocos, especialmente en Vigan, donde no se habla con pureza el dialecto ilocano, se llama también *tagabu* á los criados. Más la diferencia entre las voces *ubing* y *tagabu* es grande para los que hablan con propiedad el ilocano, especialmente para los viejos.

"La esclavitud, dice el P. Concepción, era tiranía universal; había principal que tenía 100, otro 200, y quién 300 de su nación, y de otras familias diversas."

Resumiendo lo dicho en los anteriores párrafos, resulta que habia tres clases de gente en Ilocos, conformándonos con las afirmaciones del P. Plasencia, 1.a los *agturáy* ó jefes de las rancherías, con los principales ó *babaknang;* 2.a la gente del campo; y 3.a los *tagabu* ó esclavos.

Aquí se echa de ver una falta: ¿cómo se llamaba aquella gente libre que vivía en poblado, que sin ser esclava, tampoco era noble? Es imposible que no haya de aquella clase y por consiguiente que no tenga denominación propia.

La *denominación de kailian*, con que en el dia se designa á los no principales del pueblo, es ilocana, y este vocablo significa *compoblano* ó *paisano* unas veces, y en otra acepción se toma por la clase media ó no noble del pueblo.

De modo que en Ilocos, además de las tres clases referidas de ciudadanos, habia otra llamada *kailian*. Entre los tagalogs, esta clase, de los libertos y los hijos adulterinos de nobles, se llamaban *timaua*. (2)

Es de observar que *baknang* y *kailianes* poco se diferencian de los *barnaas* y *kaglianes* de los PP. Buceta y Bravo, hasta en sus significaciones.

Los *kabalangayes*, *timmaoas* ó *kailianes* prestaban auxilio á los *agturáy* en las navegaciones, en las labores del campo,

(2) *Timmaua*, en iloc. significa gente del campo, sin educación alguna.

en sus fiestas, llevando á estas vino *basi ó arak (tuba ó kilang* entre los tagalogs), y en cambio el *agturáy* les hacía algunos regalitos. Esto aún ahora se observa entre los cabezas de barangay y *kailianes*. Y opino q ie los *kailianes* ó *cabalangayes* no eran esclavos, como alguien supone. Los servicios que prestaban al *agturáy* no eran sino una especie de tributo.

V

La esclavitnd era la base de la riqueza, del poder é influencia de los *agturáy, amaen ti ili*, y de los *babaknang*. A estos, pues, les interesaba adquirir esclavos y los procuraban aun por medios ilícitos. Unos se vendían á sí mismos en las épocas de hambre, ó por sus padres, hermanos ó tutores, no llegando á diez pesos el importe de cada esclavo antes de la llegada de los españoles; pero después subió el precio, porque los españoles trataron de abolir la esclavitud, poniendo trabas á la facilidad de adquirir esclavos.

Otros se hacian esclavos por las exesivas usuras, siendo el premio ciento

por ciento, é iban doblándose anualmente capital é intereses, y por lo regular muchos resultaban insolventes al cabo de pocos años, viniendo á ser esclavos aunque la deuda no fuese importante al principio.

El que no tenia con que pagar alguna indemnización, tambien caia en la esclavitud; si era insolvente en parte, la clase de la esclavitud era proporcional, segun la importancia de la cantidad que se dejaba de pagar.

Los ricos invitaban á comer en su casa á los pobres en días de miseria, al parecer gratuitamente, ó ponian arroz en varios puntos y los que lo hurtaban eran cogidos por guardias emboscados.

El adulterio, las injurias, el mirar la mujer de los ricos ó el pasar por el lugar donde se estaba bañando ella; el hurto de una cosa insignificante, el romper algun utensilio del principal, como *tabo* por ejemplo, si no habia con que pagarlo; la infracción de una práctica; el pasar debajo de la casa de un

noble (1), el cruzar sus sembrados, ó porque cayó polvo sobre un principal, cuando pasaba debajo de la casa de un *timmaua* ó *kailian*, por estas y otras análogas causas insignificantes un libre podía caer en la esclavitud.

Y si el delito era grave, la pena alcanzaba á sus parientes. Había, pues, esclavos por culpa de sus padres y abuelos, por herencia, ó sea porque sus ascendientes lo eran. A veces los señores entraban como esclavos de sus antiguos criados.

Los prisioneros de guerra, *adipen* ó *kinayaoan*, se hacían tambien esclavos, cuando les dejaban vivir; pero regularmente los sacrificaban á sus creencias supersticiosas como el *panagtutuyó*, que aún ahora á veces se hace en Ilocos, y consiste en cortar tantos dedos meñiques de hombres vivos, cuantos dedos haya dejado extendido al morir un principal. Ahora les matan despues, á fin de que

(1) Lo cual no podia ser delito en Filipinas, porque muchas de las casas de antes como las de ahora, no tenian bodegas ni lienzos que ocultaran la parte baja, y para abreviar el camino, solian pasar, ya que no estaba cerrado, por debajo de dichas casas.

no acusen la fechoría, y antiguamente tambien se mataban para evitar su fuga; y si eran niños, lo mismo, porque no querian gastar en su alimentación. Solo si eran ya jóvenes ó procedian de puntos algo distantes ó esperaban su pronto rescate, les perdonaban la vida.

Por lo demás, la esclavitud en Filipinas, no era dura como en todo el Oriente, trabajando solamente para remediar perentorias necesidades, y el P. Rada asegura haber oido muchas veces á los esclavos contestar á los mandatos de sus señores con un atrevido *no quiero*, y Argensola dice que á veces los esclavos se sentaban á la mesa de sus amos.

Los *timmauas* podian pasar sin abonar nada á otro pueblo, lo que no era permitido bajo ningun concepto á los nobles. Muchos *timmauas* pasaban á otro *ili* ó pueblo, porque en éste eran considerados como principales.

CAPITULO QUINTO

—

Su legislación

I

Los filipinos que habitaban las costas se rigieron por las leyes de Indias desde poco despues de la llegada de los españoles á este pais.

Por esto olvidaron pronto los ilocanos sus antiguas y propias leyes y en el dia no se conservan, á no ser entre las tribus monteses de Abra.

«Que en todos los casos, negocios y pleitos en que no estuviere decidido ni determinado lo que se debe proveer por las leyes de esta Recopilación (la de las leyes de Indias) ó por cédulas, provisiones ù ordenanzas dadas y no reservadas para los indios y las que por nuestro órden se despacharen, se guarden las leyes de nuestro Reino de Castilla conforme á

la de Toro, así en cuanto resolución y decision de los casos, negocios y pleitos, como á la forma y órden de sustanciar.

Con esta disposición de la ley 2 a tit. 1.o lib. 2 o de las de Indias, los indios se asimilaron á los españoles casi en todo. Es verdad que la ley 4 a de los mismos título y libro ordenó:

"Que las leyes y buenas costumbres, que antiguamente tenían los indios para su buen gobierno y policía y sus usos y costumbres observadas y guardadas después que son cristianos y que no se encuentran con nuestra sagrada religión ni con las leyes de este libro y las que han hecho y ordenado de nuevo, se guarden, ejecuten y siendo necesario, por la presente las aprobamos y confirmamos en tanto que Nos pudiéramos añadir lo que fuéramos servido y nos pareciese conveniente al servicio de Dios Ntro. Señor y al nuestro y á la conservación y policía cristiana de los naturales de aquellas provincias no perjudicando á lo que tienen hecho, ni á las leyes y justas costumbres y estatutos suyos."

Pero, como decía el P. Concepción, era *comunmente mal ordenado todo con superstí-*

ciones y errores; de aquí que á pesar del párrafo anterior no se conservara ninguna ley indígena.

En el programa de las materias de la Exposicion colonial de Amsterdam, celebrada en 1883, en el grupo 2.o, clase 13.a letra D, se leía:

"JUSTICIA. USOS Y COSTUMBRES, LEYES, BANDOS, EDICTOS ETC.—*Noticias verdaderas sobre justicia indígena, juicios de Dios etc.—Herramientas y objetos relacionados con esto,—Dibujos y modelos de castigo y tortura.*"

Y el Magistrado que tomó á su cargo desarrollar este tema, solo habló de la Administración de justicia introducida por los españoles y escribió lo siguiente:

«...se demandan noticias diversas sobre la justicia indígena y escasas son las que respecto á estas islas pueden darse. Solo conservan sus costumbres primitivas en órden á la administración de justicia, las tribus infieles salvajes.»

II

Sin embargo de lo aseverado por el autor de dicha Memoria, después de comparar las escasas noticias históricas con las

actuales costumbres de los ilocanos y las de sus vecinos los igorrotes y tinguianes, hemos logrado reunir algunos datos sobre la antigua legislación ilocana.

Ignoro qüien ha introducido en Ilocos las comedias que actualmente se representan allí: algunas son versiones de comedias tagalas y se halla una sobre las hazañas de Carlo-Magno y de los Doce Pares de Francia; pero todas están ajustadas á un molde *sui géneris*, son curiosas, su composición singular, y algunas abundan en pasages análogos á los de Marco Antonio y Cleopatra, á los de la India, y particularmente á los del famoso *Reconocimiento de Sacantala* de Calidasa, dramaturgo indio de la antigüedad que se compara con Sakespeare.

En todas hay imperios y reinos con nombres antiguos de Europa y Asia, como Trasia, Pérsia etc. Las córtes se componen de un *sultan* ó Emperador de Turquia, ó de un Rey, un Príncipe heredero con su confidente y hazme-reir, llamado *bulbul-lagao*, muy parecido al *vita* de las comedias indias y al antiguo parásito griego; una Princesa, un General y otros Ministros, llamados *Duques*, *Condes*, etc.,

inferiores al *General*, con quienes el Rey ó el *Sultan* consulta. Las naciones se dividen en cristianas y moras, que siempre están en lucha.

En estos casos el Rey, el Príncipe ó la Princesa deben ser los más valientes y fornidos, como los *baganis* de los manobos de Mindanao que dán ejemplo de valor á sus súbditos en las guerras.

En las marchas imitan el órden seguido por los igorrotes, cuando estos andan.

Ahora bien; si es cierto que las comedias reflejan las costumbres de los pueblos, ¿no sospecharán los lectores que las comedias ilocanas, á pesar de que tienen mucho de imaginación y de europeo ó exótico, algo digan del pasado y de las tradiciones de Ilocos? En efecto, en estas representaciones se echa de ver mucho de original y propio de las tribus incultas: no se habla de otra cosa sino de guerras, amorios al estilo ilocano, encantamientos, maravillas absurdas, etc. En ellas hay algo de aquello de los antiguos literatos chinos: «*enseñar deleitando*.

Mas todo esto no es más que conjetura mia.

Veamos algo de positivo.

III.

Ya hemos dicho en el anterior capítulo que los *agturáy* ó caciques se asesoraban, con un consejo de ancianos (aun ahora los gobernadorcillos aprecian mucho la voz de los ancianos principales) como se hacía en Cebù, según Pigafetta, y aún ahora en las rancherías tinguianas, que son vecinas y de un mismo origen que los ilocanos.

Algunas veces las partes nombraban juez árbitro á un particular. fuese del mismo ú otro pueblo.

En los pleitos intentaban al principio una conciliación, y si no lograban avenirse las partes, prestaban juramento de estar á lo que el juez ó los jueces determinasen. Cumplido este requisito, se examinaban sumaria y verbalmente las pruebas y testigos, y si las pruebas no resolvían la cuestion, ora porque ambas partes tenían igualmente pruebas á su favor, ora porque la justificacion no era satisfactoria, se sobreseía la cuestión, ó mejor dicho, se la dejaba en su primitivo estado.

Y si una de las partes lograba con las pruebas demostrar que le asistia la

justicia, se declaraba la sentencia á su favor.

Si el vencido no se conformaba con la resolución de los jueces, estos y el *agturáy* se la imponían.

El vencido no tenía, pues, más remedio que pagar lo que exigían los jueces, siendo de advertir que hasta los más graves delitos se perdonaban, si el reo tenía con que abonar las multas é indemnizaciones

Lo curioso era que en general la parte triunfante solía quedarse únicamente con la gloria de haber ganado el pleito, es decir, la cantidad ganada iba á parar toda ó casi toda al bolsillo y al coleto de los jueces. En estos juicios, los litigantes ó solamente el sentenciado costeaba el vino con que se *alumbraban* los canosos magistrados.

Tenían, sin embargo, una práctica digna de nuestros progresos jurídicos; tal era la de que los testigos eran indemnizados por la molestia que se tomaban de ir á declarar en cuestiones que no les interesaban.

Las sentencias que dictaban los jueces, eran inapelables y se fundaban en sus

costumbres y tradiciones, que no eran del todo bárbaras.

Los poderosos se hacían justicia por su propia mano contra los inferiores, reduciéndoles á la esclavitud sin justificación alguna.

En lo administrativo, nada ó casi nada había dispuesto. Se imponía gabela á las embarcaciones extrangeras que visitaban aquellas costas para traficar.

Como hemos visto en el capítulo anterior, las personas se clasificaban para ciertos efectos de las leyes ó costumbres, pues no había ley escrita; pero no valían las circunstancias de sexo y edad para los efectos legales.

Vamos á tratar el matrimonio ante la legislación ilocana, dejando para otra ocasión el ocuparnos de sus ceremonias.

En Ilocos se observaba la monogamia. Había una sola verdadera esposa llamada *asaoa*, aunque los principales tenían algunas esclavas, que los servían por concubinas y se llamaban *kamalala* ó *babai* (mujer) simplemente.

La mujer no aportaba dote ni otra cosa alguna á la sociedad conyugal, sino lo que le correspondía de herencia

en los bienes dejados por un pariente difunto.

El varon era el que llevaba al matrimonio *sab-ong* ó donaciones *propter nuptias*, que consistian en esclavos, alhajas, muebles ó terrenos. Por lo regular, el *sab-ong* servía para sostener las cargas de la sociedad.

Su casamiento se disolvía por insignificantes causas, bastando dar las donaciones al que no deseaba el divorcio.

En caso de divorcio, el consorte inocente se quedaba con el *sab-ong*, si no habìa hijos; pero si los había, el *sab-ong* era para ellos.

Si habia bienes gananciales conocidos, se repartían por partes iguales entre los cónyuges; y si no eran conocidos por el uno, el otro se quedaba con ellos.

Disuelto el matrimonio por muerte de un cónyuge, las donaciones *propter nuptias* correspondían á los hijos, y en su defecto al padre de la mujer, si esta era la que había muerto; y si nó, á ella.

Si un casamiento ya ajustado fracasaba por culpa del novio, éste perdía el *sab-ong* ya prometido ó dado.

Un borracho que hubiese prometido á

una mujer casarse y luego recobrada la razón, se retractaba, tenía que pagar una multa.

Se podía contraer el casamiento entre personas de diferente condición aún entre un libre ó principal y otro esclavo; pero por lo regular procuraban que los novios fuesen de una misma clase y entre parientes, siendo el único impedimento el parentesco de primer grado.

Si los consortes eran de igual condicion, sus hijos, serían de la misma.

Los hijos de un padre libre eran de la misma clase, aunque su madre fuese esclava, si era suya, pues siendo arbitrario en el padre el declararles esclavos ó no á sus propios hijos, natural era que les declarase libres como también á su mujer, pero no á ésta, si no tenían hijos. Mas no se podían tener en calidad de *mahadlikas ó babaknang*, sino la de libertos ó *timauas*, es decir, no se reputaban de pura sangre y no podían heredar los privilegios y preeminencias de sus padres *babaknang*, no concurriendo con los herederos legítimos á los bienes del padre.

Si de los cónyuges, uno era libre y

otro esclavo, su hijo seria mitad esclavo y mitad libre. Si había varios hijos, el primero, el tercero, etc., seguían la condición del padre, fuera éste libre ó esclavo, y el segundo y otros la de la madre; y si la suma de hijos era impar, el último era mitad libre y mitad esclavo.

Y los hijos de estos semi-esclavos con personas libres, eran esclavos en su cuarta parte, sirviendo á sus señores una luna (*bulan* ó espacio de tiempo que media desde el novilunio al plenilunio; era su mes) sí y otra nó; y para su emancipación solo pagaba la cuarta parte de lo que debía un verdadero esclavo (1).

Los esclavos por mitad y los por cuarta parte no constituían nueva clase de esclavitud y podía haber entre los *katalonan* (aliping *namamahay* de los tagalos) y los *tagabu (sa guiguilir)*.

Herr Blumentritt dice que los hijos

(1) Un esclavo *tagabu (sa guiguilir* de los tagalos) valía cuando mas diez *taes* segun Morga, ó sean ochenta pesos. El Padre Rada dice que el precio de los esclavos era diez pesos ó poco menos antes de la llegada de los españoles. Es posible que uno de ellos se haya equivocado escribiendo *pesos* en vez de *taes* ó viceversa. El *katalonan* valía cinco *taes*.

libres vendr'an á ser señores de su padre y de sus hermanos y supone que librarian á estos de la esclavitud en vez de ejercer su derecho.

Pero el P. Colin niega la existencia de ese amor entre padres é hijos, asegurando que «se esclavizaban, como si no fueran parientes,» si eran los dueños, lo que no siempre ocurria, porque el señor primitivo del padre continuaba siendo el dueño de él y de sus hijos esclavos, como rentas de una finca cualquiera.

El esclavo por mitad ó en su cuarta parte podía obligar á su amo á que le dejase libre, pagando la cantidad proporcionada á la clase de su esclavitud, porque su parte no esclava tenia los derechos de persona libre.

Los esclavos enteros carecian de este derecho, por manera que el señor podía oponerse á su rescate por ningún precio.

Estaba tambien permitido á los no casados unirse con una de diverso pueblo, en cuyo caso los hijos se repartian entre los dos pueblos.

Si un *baknang* (principal) ó *timmaua* (liberto) había tenido acceso con una esclava que no era suya, pagaba al señor

medio tae de oro por el peligro del parto y por dejar de trabajar en su preñez siendo el hijo mitad libre y mitad esclavo, si el padre lo alimentaba, y si no, se quedaba verdadero esclavo del señor de su madre.

Si la violada era *baknang*, la indemnización era cuantiosa y generalmente el pleito se arreglaba en una sangrienta guerra si no intervenían los ancianos.

IV

En cuanto á las herencias, Morga indica que á veces tenían testamento escrito.

Dice Moya (1) que «por lo general las familias que tenían bienes hacían todos los años lo que ellos llamaban *bilang* (término ilocano), cuenta de todo lo que poseían y por ella se arreglaban los herederos para el repartimiento de la fortuna cuando fallecía el jefe de la familia.»

Lo más regular era que el difunto hacía verbalmente sus disposiciones de última voluntad.

(1) Las Islas Filipinas en 1882. 1 dicion 1883.

Si prevalecía el derecho de sucesion al mando, era llamado en primer lugar el hijo mayor legítimo y en su defecto los hijos varones siguientes; á falta de varones, entraban las hijas por órden de antigüedad de nacimiento. Si el difunto *agturáy* carecía de hijos, le sucedía algún hermano ó pariente transversal, y si de estos no había ó no eran dignos, volvía el derecho de sucesion á los herederos del anterior *agturáy*.

Aquí se vé claramente que no siempre el derecho de sucesión prevalecía.

Los hijos legítimos heredaban los bienes dejados por sus padres, siendo iguales las hijuelas. Y á falta de hijos legítimos, eran llamados los parientes más cercanos de la línea colateral.

Si uno se casó legítimamente dos ó más veces (*sucesivamente*) y en estas nupcias tuvo varios hijos, estos heredaban lo que debía pertenecer á su madre, considerando el caudal que había durante su union y los gananciales que debía haber percibido.

Segun el cronista franciscano P. San Antonio, los hijos ilegítimos con mujer libre heredaban la tercera parte de los bienes de su padre, si había hijos le-

gítimos, y si no, se reputaban herederos absolutos

Los hijos ilegítimos habidos con mujer esclava no tenían derecho á heredar sino á percibir algunos muebles, quedándose *liberta su madre.*

Pero Morga dice que á los hijos ilegítimos «dejábanles algo señaladamente, pero *no heredaban,*» y no dice que los hijos habidos con mujer libre heredaban la tercera parte.

Los hijos adulterinos tenian derecho, como legitimados, á los bienes del padre, si se había pagado en su tiempo la indemnizacion por el perjurio conyugal; pero no heredaban á la madre, sin embargo de vivir ellos con ésta.

Entiéndase todo esto sin perjuicio de lo que va dicho relativo á que parte del patrimonio de ciertos esclavos pasaba á su señor, cuando morían.

Si en la particion de la herencia había tocado un esclavo á varios herederos, servía alternativamente á cada uno de ellos durante el tiempo que debía servir.

Los ascendientes podían imponer una obligacion á sus descendientes y aún venderlos como esclavos; y si resultaban in-

solventes por una considerable multa ó indemnizacion, los descendientes se vendian como esclavos para cubrir con su importe el *déficit* que resultaba.

Por lo expuesto, se vé que es inexacto lo que dijo el P. Gaspar de San Agustin, referente á que «no tiene ley el hijo con el padre, ni el padre con el hijo.»

***

Usaban una especie de adopcion, que consistia en dar el adoptado al adoptante cierta cantidad de oro ó lo que tuviese, y con esto quedaba el primero en casa y poder del segundo con derecho á ser alimentado.

Además de esto, el adoptado tenía derecho á heredar del adoptante un valor equivalente al doble de lo que había entregado; pero si moria antes que el padre putativo, espiraban con él todos sus derechos.

Si el hijo adoptivo había prestado buenos servicios al adoptante, éste le dejaba al morir alguna herencia, además de la que debía entregar por obligación; mas si la conducta del adoptado no agradaba

á su padre simulado, éste le devolvía lo que había recibido por la adopcion, rescindiendose el contrato.

V

De oficio no se perseguían los delitos y faltas. Parece ser que el infanticidio no se consideraba delito y no se penaba, tal vez porque las mismas madres lo cometían y no había otra persona con derecho á reclamar la vida de las inocentes criaturas.

El P. Gaspar de San Agustiu escribe: «Tenían los ilocos varias supersticiones, y una era matar luego las criaturas que nacían con la tripa del ombligo sobre el cuello ó cabeza, porque decían que había de ser muy desgraciada ó había de morir muy presto.

El infanticidio era más frecuente y horroroso entre los visayas, como se puede ver en mi libro «Las Visayas en la época de la conquista.»

Las solteras ilocanas se procuraban también el aborto, tomando brevajes abortivos, como la lejía y otros cocimientos de otras raices.

Las penas principales eran las indemnizaciones y multas y subsidiariamente la esclavitud ó la muerte en los asesinatos y robos.

Pero la pena de muerte, contra las especies propaladas por autores modernos que suplen la falta de noticias con patrañas hijas de su fecunda imaginacion, creyendo por lo visto escribir novelas más bien que un libro rigorosamente sério é histórico, la última pena, repito, raras veces se imponia, y era en casos en que el asesino ó bandido carecía de oro ú otros bienes con que rescatar su vida.

El mismo *agturay* ù otros principales cosían á lanzadas al sentenciado, amarrado á un palo ó tronco de algun árbol.

Ya hemos dicho que el romper un *tabo* sin tener con que pagarlo; el pasar por debajo de alguna casa ó por el sitio donde estaba bañándose la mujer de algun *baknang* y otras faltas insignificantes, podian ser castigados con la esclavitud.

Consideraban dignas de fuerte pena las injurias de palabra, especialmente las hechas á los *babaknang,* ancianos ó mujeres,

tanto que era difícil obtener el perdon de los injuriados, los cuales creían más dignas de condescendencia las ofensas de obra.

Y creían antes como ahora que el maldiciente ó chismoso, varon ó mujer, es peor que una prostituta.

El adulterio se castigaba solamente con una indemnizacion al cúnyuge ofendido, que tasaban los jueces; y una vez satisfecha aquella, se perdonaba el delito, creyendo el marido ó la esposa agraviada borrada su deshonra y volvían á hacer vida comun los consortes. Esto ocurría entre los filipinos en general; pero lo que dice Morga, autor antiguo, referente á que unas provincias se diferenciaban de las demás en algunas costumbres, aunque convenían en *muchísimas*, esto *me permite* opinar que en Ilocos no se toleraba el adulterio con esta casi verdadera impunidad.

Es admitido en derecho que la civilización suaviza duras custumbres y leyes; pero es de observar que hasta el dia los ilocanos son muy celosos, no cometiéndose allí casi ninguna muerte violenta que no tenga por móvil los celos. De modo que en la época de la conquista en que las cos-

tumbres eran más ásperas, es probable que el esposo ofendido procurara hacer pagar su deshonra con las vidas de su esposa adúltera y su cómplice. El analista recoleto P. Concepción confirma que el adulterio también se castigaba con la última pena en Filipinas.

Aún los tinguianes, de costumbres más suaves que los ilocanos en punto al adulterio, puesto que tambien admiten indemnizacion pecuniaria, no se avienen á volver á unirse con la adúltera, siendo el divorcio consecuencia inevitable del perjurio conyugal.

En Nueva Caledonia y la mayor parte de las tríbus salvajes, el adulterio se castiga con la última pena.

Entre los tinguianes, si el acusado logra justificar que el adulterio es mútuo, se divorcian sencillamente sin pagar nada. Es probable que análoga práctica usasen los ilocanos sus vecinos.

En los asesinatos y en las heridas, los parientes del muerto ó agredido, si era principal, procuraban tomar venganza en la persona del agresor y de sus deudos, y solia haber entre unos y otros sangrientos encuentros. Entonces el *agturáy* y los

amaen ti ili (*padres del pueblo* ó sean los principales ancianos) intervenían y obligagaban al asesino ó agresor á pagar cierta cantidad cuya mitad se entregaba como indemnización á la familia del asesinado, y la otra mitad correspondía á los jueces, ó sean los *amaen ti ili* y el *agturáy*, que siempre cobraba más derechos que los demás.

Los hurtos y robos se castigaban rigorosamente, reduciendo á la esclavitud á los ladrones, y á veces les mataban.

Cuando se ignoraba el autor del robo, hacían presentar á los sospechosos cada uno con un envoltorio de tela, hojas ú otra cosa en que se pudiese envolver el objeto robado, despues de persuadirles que si lo devolvían ocultado en los líos, se perdonaría al autor; y que si no lo hacían, se les sujetaría á duras pruebas, y el ladron pagaría caro su delito. En efecto, si se encontraba lo hurtado en alguno de dichos envoltorios, ya dejaban de castigar y no averiguaban de quién era el envoltorio.

Si no aparecía el objeto buscado, les hacían zambullir cada uno con su palo en la mano, y el primero que no podía estar más tiempo debajo del agua, se conside-

raba como el ladron que se trataba de buscar, porque creían que el remordimiento de su conciencia le ahogaba. Y muchos, por temor del castigo, preferían morir asfixiados.

Otras veces mandaban á los sospechosos sacasen con la mano una piedra colocada en una vasija de agua hirviendo, y el que no se atrevía á hacerlo, era tenído por ladron.

Otras veces se colocaban al rededor de una lámpara y la llama designaba al ladron.

Yo puedo añadir que los ilocanos usan en el dia otros medios supersticiosos de averiguar el ladron, y es probable que sean los que se empleaban antiguamente.

Unas veces hacen mascar arroz crudo á los sospechosos, y el que arroja bagazo más amarillo es tenido por ladron; otras veces, escriben en papelitos los nombres de los sospechosos y los cuecen en agua, y dicen que todos desaparecen menos el nombre del ladron; y finalmente se valen de sus adivinos llamados *mannilao*. De estos tambien los hay entre los tagalogs.

Parece ser antígua una especie de axioma ó principio jurídico que he observado en Ilocos y en los pueblos tagalogs,

que se reduce á esta fórmula: *Si el hurto de algun objeto se atribuye á una persona y ésta se ofrece á pagar el importe de la cosa perdida, á pesar de que niega haberla hurtado, es señal de que las sospechas son acertadas.* Y dicen que de lo contrario no se comprometería á pagar, porque es doloroso satisfacer lo que no se ha aprovechado, olvidando que la delicadeza y la honra injustamente lastimadas nos obligan á ello muchas veces.

El citado autor de la Memoria sobre la legislacion filipina, el Magistrado Sr. Villaragut, escribe: «Las pruebas que con el nombre de Ordalias ó juicios de Dios... que pueden reducirse á las del juramento... no son conocidas en estas islas, pues quedaron abolidas en el siglo XIII, ó sea mucho antes del descubrimiento de las mismas.»

Esto es inexacto: antes usaban juramento los filipinos de la costa en varios actos; y ahora entre los tinguianes y otras razas monteses están aún en boga. En mi libro *Artículos varios sobre la etnografía, historia y costumbres de Filipinas,* se encuentran las fórmulas de los juramentos de los tinguianes de Abra.

El historiador jesuita P. Colin (*Lavor Evangelica*, edicion 1663) escribe:

«Los juramentos eran execratorios en forma de maldiciones: *yo me muero* (aún hoy dia se estila en Ilocos éste juramento). Jurando los principales de Manila y Tondo obediencia en 1571, dijeron: *El sol nos hendiese por medio, los caimanes nos tragasen, nuestras mujeres no nos diesen favor ni quisiesen bien, si faltamos á nuestra palabra.* El *Pasambahan* consistía en traer la figura de una bestia terrible, diciendo que de ella fuese despedazado el perjuro. Otra fórmula consistía en presentar un cirio y decir que como se derrite y consume, se consuma y deshaga el perjuro.»

VI

En cuanto á sus leyes ó prácticas mercantiles, ya hemos visto que usaban el préstamo con grandes usuras.

Como no podía menos de suceder en una sociedad muy jóven, casi infante, sus transacciones se reducían á permuta. Con esclavos se adquirían un terreno, casa, cazuelas de metal de China que usaban como tambor ó campana (la *gansa* de las tri-

bus monteses de Abra) mantas ú otra cosa, así como con mantas, aves, palmas, nipas ó maderas se conseguían ganados ú otra cosa que necesitaban.

Carecían de moneda; mas en sus permutas solían emplear el oro en polvo pesándolo con una pequeña balanza llamada *pagtimbangán*. La unidad era el consabido *tae*, que pesaba diez reales en plata, segun el P. San Antonio. El *tae* tenía dos *tingas*, la *tinga* dos *sapaha*, una *sapaha* siete *sangsagas*, y una sangsaga era «el peso de un Frixolillo colorado con una pinta negra en medio,» segun el P. San Antonio, ó un grano.

Moya añade que una *sapaha* tiene dos *gamas*, y una *gama* varias *sangsagas*.

Después adoptaron los filipinos por unidad el toston ó sea la moneda de cuatro reales, que llaman los tagalogs *isang salapí*: la mitad se llamó *kahati*, de *kalahati*; la cuarta parte se llama *sikapat*, de *isang ikapat* que significa una cuarta; medio real es *sikaualó*, de *isang ikaualó*, una octava; tres reales es *tatlong bahagui* (tres partes ó sean tres cuartas partes.

Pero después los ilocanos llamaron *salapí* á la moneda de 4 reales; *tal-lom ba-*

agui 3 reales, *binting* 2 reales, *sikapat* un real, *sikaualó* medio real, *tal-lo amás* un real y medio, *limá sikaualí,* dos reales y medio. Como se vé, las etimologías provienen del tagalog.

Para objetos más pesados que el oro, como la carne, palay, cera, etc., tenían una especie de romana llamada *Sinantan.* El peso mayor era el *piko* que equivale á 5 arrobas y 12 1|2 libras. El *piko* se componía de 10 *sinantas,* pesando una de estas 13 libras y 12 onzas. La *sinanta* tenia dos *banales,* cada *banal* cinco *katis,* y cada *kati* dos *sokos.*

Servían de unidad los *katis,* de modo que los ilocanos decían: un *piko* tiene cien katis, una *sinanta* 10 *katis,* un banal 5 *katis.* Por esto en Ilocos tambien llamaban y aún siguen llamando *pagkatian* (de *kati,* medida de peso que hasta el dia se usa en aquella comarca) á la romana. Esta no tenía antiguamente más que diez *katis,* que formaban una *sinanta* justa y de aquí el otro nombre de la romana *sinantan.*

Para medir la longitud y anchura, empleaban los ilocanos la estatura de un hombre ordinario, y así solían decir: esto no tiene dos *hombres* de profundidad; ó si no,

la braza, *agpá*, que es igual al *katao* ó estatura de hombre; para medir piezas cortas, usaban el *dañgan* (palmo), el *dakulap* (jeme), el *ramay* (ancho de un dedo), y parece ser que tambien emplearon el *saka* ó pié antiguamente. Ahora ya lo usan, pero el pié de los ilocanos es corto, teniendo una braza seis piés.

En cuanto á las medidas de capacidad, tenian el *kabán*, equivalente á una fanega de Toledo; el *kabán* tenía 24 *salops* (ganta), y cada *salóp* 8 *kiraods* ó *supas* (chupa). La *supa* era un tabo pequeño y el *salóp* por lo regular era un cañuto grueso.

Conocían el pago á plazos: los ilocanos ricos prestaban oro ó semilla á sus aparceros ó *katalonan* en la época de la siembra del palay, y en la de la cosecha se devolvía doblada la deuda. Esta práctica se hace aún en Ilocos y se llama *ipagayan* ó *imaisan*, segun que sea palay ó maiz; pero antes de la conquista parece ser que no habia maiz en Filipinas, pues es de origen americano, segun generalmente se cree.

Pero en la traducción del códice de Pigafetta, publicada por la *Revista de Filipinas*, cuenta aquel autor que en Visayas había maiz.

Hé aquí lo que particularmente me escribe el sábio orientalista austriaco profesor Blumentritt:

«Yo he comparado cinco ediciones, enteras y extractadas, de la obra de Pigafetta, mas en todas encontré *maciz, maziz* ó *mazis*. Tambien he leido dos ediciones de la obra de Maximilianus Transsylvanus, otro compañero de Magallanes, que habla de *macis* ó *maciz, más no de maiz*.»

Según el P. Carro, se dividia el año en:

Dano ti tao-en, á principios del año.

Ngalay ti tao-en, á mediados del año.

No nakabil ti tao-enen, pasada la mayor parte del año.

Arinonos ti tao-en, á fines del año.

Pero creo que ésta no es tal división, como indican sus nombres compuestos.

El año se dividía en varias estaciones, con respecto al tiempo que hacía, y tenian:

Kalgao, época de secas, desde Enero á Junio, poco más ó menos.

Taguidpodn, ó *Duppó*, ó *No umaridák ti liñgiten*, ó *No umarñged ti sibabasá*—Cerca de la época de lluvias, ó sean Mayo y Junio.

Sibabasá—tiempo de aguas, de Julio á Octubre.

Kiring, fines de aguas ó sean á fines de Octubre á Noviembre.

Ldua, de Noviembre á Enero.

Además habia una estación que llamaban *Daradar*, y eran los dias en que no llovía y hacía sofocante calor, ó sean las calladas que se suelen esperimentar en la época de aguas ó tiempo canicular.

Los *marinos se regian además* por las épocas, en que coplaban los vientos, como las del *amidn* (nortada) *dugudug* (del Este), *abagat* (del Súr), *puyupuy* (del Oeste).

Y los labradores se atenían mas á las épocas del cultivo del palay, que son las siguientes:

Panagbunubon, siembra, ó sea Mayo, Junio y Julio.

Panagraep, trasplante, ó sea Julio, Agosto y Setiembre segun que lo permitan las lluvias.

Panagani, cosecha, que cae en Noviembre, Diciembre y Enero.

Además de las estaciones, tenian los meses lunares. que distinguian por los efectos naturales que sucedian en ellas; y como estos eran muchos, no convenían en sus cálculos.

«Lo más ordinario de los antiguos—es-

criben los Padres Lopez y Carro—y que aun dura á los tinguianes, es este: *Panagtabung ti cagat*, la luna de Enero, que es en la que da flor el molave. *Panagtaddung* (1) la de Febrero que es en la que aparece este pescado que es como el *ipon*. *Panagsaltepat*, luna de Marzo, en que sale este pescadillo, *Panagsabung ti kitikiti*, luna de Abril, en que florece esto árbol. *Panagtabung ti banabá*, luna de Mayo. *Panagsabung ti adauay*, luna de Junio. *Panagsabung ti abil*, luna de Julio. *Panagsabung ti kamadyong*, luna de Agosto. *Panagsabung ti tallo*, de Setiembre, en que florece esta yerba que se halla entre los arroces. *Panagbiabia*, de Octubre, en que hay aguacero, como para regar. *Kiring*, l. de Noviembre: *Lauá* l. de Diciembre. Estas dos últimas lunas coinciden con las estaciones.

Eso, segun el P. Carro: yo opino que los nombres de las lunas se modificarian en algunos pueblos; p. ej. el de Enero, quiere decir: *tiempo en que florece el molave*. Este arbol abunda en el pais de los igorrotes y tinguianes; pero muchos ilocanos

(1) Debe ser *Panagdaddung*, de *daddung*, pescadillos de una cuarta poco más ó menos, que bajan del Abra á echar los grandes huevos en el mar.

de las costas no lo conocen, sino ya cuando está hecho madera. De modo que casi no pueden saber la época en que florece, y en vez de acudir á un árbol casi desconocido por ellos, tomarían por regulatores de sus lunas á otros mas conocidos de ellos, que florecen en el mismo mes. Y otras veces se atenían á la época, en que daban frutos ciertos árboles, en vez de la de su floración. Hasta ahora, hay en Ilocos muchos campesinos que ignoran nuestros meses, y se atienen á la antigua división del año.

Hé aquí el horario peculiar de los ilocanos que trae el P. Carro en su *Vocabulario de la lengua ilocana:*

Tengñga ó ñgalay ti rabii. Media noche.

Parbañgon ñga adalem. A eso de las dos de la mañana.

Parbañgon ñga ababao. A eso de las tres.

Parbañgon ó tumaraok ti manok. A las 4 de la mañana, (Esto es inexacto; *tumaráok ti manok* significa la hora en que por vez primera cantan los gallos, de modo que viene hacer á las cinco ó un poco más temprano).

Agagao sipñget ken laong. Entre dos luces por la mañana.

Agbannáuag Al comenzar á aclarar el dia.
Aglaoag Al aclarar totalmente el crepúsculo matutino.
Sumirao ti init. Al asomar parte del sol ó rayos.
Lumgák ti init. Al salir el sol.
Panagaduay iti bigat. Al salir (los campesinos) á la sementera á eso de las seis.
Panagdadanúm iti bigat. A las siete de la mañana.
Panagbabayo iti bigat. A las ocho de la mañana.
Panagaapuy iti bigat. A las nueve de la mañana.
Panagsanpuet iti bigat. Como á las diez pasadas.
Taguimatoonan ó tarisagpatan ti init. Cerca de medio dia.
Matoon. Medio dia.
Taguiligsáyan ti init. Pasado medio dia.
Maligsay ti init. Cuando ha dado la una.
Ikukuráb á masapa. A eso de la una.
Ikukurab á malapúy, A eso de las tres.
Panagbabayo iti malem Como á las cuatro de la tarde.
Panagdadanum iti malem. Como á las cinco.
Panagaapuy iti malem. Como cerca de las seis ó cinco y media.

Panagzazangpuet iti malem. Como á las ocho.

Panagdidin o. Como pasado las ocho, ó á las ocho.

Sumirsirayap ti init Cerca de ponerse el sol.

Tagailuan ti init. Lo mismo.

Lumnek ti init Ponerse el sol.

Nalnekan ti init. Puesto el sol.

Apagsuripuet, apagsipñget. En el crepúsculo vespertino.

Sardam. Entre siete y ocho de la noche hasta el toque de ánimas.

Sardam á adalem. Como de ocho á diez de la noche.

Maikut; agudong ti agay-ayam, no aoan ti maltiing. Al recogerse.

Naapi ti rabiin. Pasado ya media noche.

Idi ugma. En tiempos remotos.

Para señalar, pues, los plazos decian: á tantas lunas ó *búlanes*, despues de la cosecha del palay, etc.

Tambien usaban los ilocanos las fianzas y los pactos comisorio y anticrético, y aun ahora, á pesar de estar prohibidos terminantemente por las leyes.

Segun el P. Concepción, por 6 onzas de plata daban los filipinos á los españoles una onza de oro en polvo, y por 58 reales castellanos, dos arrobas y 16 libras de cera.

CAPITULO SEXTO.

- o -

Mitología

I

Casi nada escrito he hallado de las creencias ilocanas, á diferencia de las de Zambales y Cagayan, cuya teomitia se conserva en la Crónica de los PP. Dominicos.

He leido que en 1811 se fraguó en Ilocos Norte una conspiración, que tenía por objeto establecer una religión con un dios llamado *Lungao,* que debia tener culto y ministros especiales; pero esta religión no tenía nada de primitivo ó tradicional y se basaba en la apoteosis de ciertos hombres vivos, como el móvil de las recientes sublevaciones de Samar, Negros, Pampanga, Pangasinan y Antique.

«No se halla—dice el antiguo analista Colin—que tuviesen estas naciones (Filipinas en general) cosa ninguna por escrito acerca de su religión, como tam-

poco del gobierno político, ni de sus historias antiguas. Todo lo que de esto se ha podido saber, es fundado en tradición de padres á hijos, conservada en el uso y en unos cantares, que tienen de memoria y repiten en sus navegaciones al compás del remo y en sus regocijos, fiestas, mortuorios y aun en sus faenas, cuando concurren muchos. En estos cantares (1) cuentan las fabulosas genealogías y vanos hechos de sus dioses.»

Esto se escribía hace ya 228 años y en análogo sentido se expresan historiadores más antiguos aún, y contemporáneos de la conquista del Archipiélago. Refiriéndome á la hora presente, diré que de aquella religión primitiva, solo se conservan escasas, vagas y contradictorias noticias en los anales del país y en la memoria de los indígenas, indefinibles restos envueltos en supersticiones exóticas, menoscabados ó mezclados con las santas ideas del Cristianismo, siendo por esto preciso poseer profundos conocimientos en el Folk-Lore Universal y en la prehistoria del país, para

(1) De estos cantares poseo varios muy curiosos, y entre ellos el de *Lam-ang*, que he publicado en mi *Folk-Lore filipino*, tomo 2.o

poder distinguir las genuinas supersticiones filipinas, de las españolas, portuguesas, americanas, chinas, alemanas y otras que se observan en el Archipiélago.

Dicho esto, excusado será añadir que es muy difícil y superior á nuestros buenos deseos, la tarea de reconstituir la teogonía ó mejor dicho, Mitología ilocana. Sin embargo, después de haber comparado las preocupaciones, consejas y leyendas ilocanas con lo poco, que los cronistas de Filipinas escribieron de los dogmas de los indios en general y de los ilocanos en particular, podemos presentar á los antropólogos, una *Mitología ilocana,* que si no es acertada, al menos está formada con buena fé y excesivo escrúpulo: y estamos seguros de que los sábios nos agradecerán los nuevos datos *(no de imaginación)* que hallarán en este capítulo, y que son muy necesarios para acometer igual tarea.

II

«En vnas islas que estauan cerca, llamadas de los Illocos, adorauan al diablo, haziêdole muchos sacrificios en pago y agra-

decimiento de mucho oro que él les daua.»

Esto escribe Fr. Juan González de Mendoza, que en 1580 fué de embajador á China desde Filipinas. (1)

Es cierto que hay consejas ilocanas, según las cuales el ser fabuloso *Kaibaan* ó *Kibaan* regala á sus favoritos ó amigos tinajas llenas de oro; pero no debió ser el *Kaibaan* el único dios de los ilocanos, á juzgar por los tagalogs y otros filipinos, del mismo origen que los ilocanos, y á quienes éstos se asemejan en sus caractéres físicos, costumbres y preocupaciones, y que, como demostraremos más adelante, tuvieron una misma Mitología en el fondo, variando solamente los nombres de los *Anitos*, como también se modificaron sus dialectos.

Según algunos historiadores, los filipinos malayos en general, creían en un dios superior llamado *Bathala Meikapal* (palabras tagalas que significan *Hacedor ó Guardador de todo*), que moraba en el cielo; pero al decir del P. Colin, era un pájaro azul, denominado *Tigmanukin* («pintado de amarillo,» dice Morga, (2)) el que apellida-

(1) *Irena Cyanogastra*, Dr. A. B. Meyer.
(2) *Historia de la China*, Medina del Campo, 1595.

ban *Batkala* (en efecto, entre los pampangos, «*Lalala* es un ave sobre quien tenían sus supersticiones,» según mi buen amigo el Dr. T. H. Pardo de Tavera) y añade el P. Colin que *al arco-iris atribuían su manera de divinidad.*

De esto deducía yo que así como los campesinos de Ilocos, representan hoy el rayo en un cerdo ó gallo blanco, así el *arco-iris*, á quien llaman *Bul-lalayao*, lo representarían en un pájaro. Es decir, que el arco-iris sería el dios superior de los ilocanos y de los filipinos en general. Me fundaba en que: 1.º los ilocanos de hoy, aunque desconozcan la significación de *Batkala*, lo cual *no* es extraño, porque son vocablos tagalogs, conservan actualmente la preocupación de que es malo señalar con el dedo (lo que es para ellos una profanación ó irreverencia) al arco-iris, como igualmente á las imágenes de santos, y dicen que se acortará invisiblemente el dedo con que se señale á dichos objetos, á los cuales dan asimismo el tratamiento de *Apo* (Señor), como si el *arco-iris y los Santos fuesen igualmente objeto de adoración*, con la diferencia de que los Santos del Catolicismo son *modernos* y el arco-iris, *tradicional.*

Y 2.o En que los tagalogs llaman á veces *Badhala* ó *Bathala* al arco-iris; pero advierto que también llaman *Bathala* á los cometas ú otros, que según ellos, predicen algun suceso.

Pero hay poderosas razones que me hicieron variar de opinión. Entre los malayos, ascendientes de los filipinos, los polinesios, sus vecinos, los antiguos germanos, persas, árabes y entre casi todas las razas, es uniforme la preocupación de que el arco-iris no es la deidad misma, sino como la bíblica escalera de Jacob, por la cual algunos mortales suben al cielo. Los mismos filipinos creían que los que morían á manos de caiman ó heridos por el rayo y cuchillo, subían al cielo por el arco-iris.

Según el Profesor holandés Dr. G. A. Wilkens, *bhattára* (es frecuente la transformación de la R en L ó D en los dialectos filipinos) significa en sanscrito, *señor*. Muchas tribus malayas, (los battaks de Sumatra, los buguís y macasares de Célebes,) llaman á su dios superior *bhattára guru*, que era el mismo cobrenombre del conocido dios *Civa* de los *hindus*. *Guru* (sans.) significa *maestro, el que enseña*. Los dayaks

de Borneo llaman á su dios superior *Mahatara* (contracción de *maha*, grande, y *bhattara*, señor.) Y los afuros de Buru adoran al dios de los marinos *Opo-Lahatala* que se descompone en *opo*, señor, correspondiente al *apo* de los ilocanos, y *Lahatala* que es el mismo dios Mahatára.

El distinguido lingüista filipino doctor Pardo de Tavera dice: "pudiera ocurrir que *bhattala* proviniera de *avatara*, avatar, es decir; descendimiento de un dios á la tierra, bajo una forma visible, como los 10 avataras de Wishnu". Y pregunto yo: ¿si será *Bathala* la transformación del arco-iris en el ave *Tigmanukin*?

"En malayo—añade Pardo de Tavera—*berhala*, que se asemeja á la forma tagala, significa un ídolo á que se rinde culto divino."

Y ¿qué sacamos en limpio?. La teogonia malayo-filipina adolece de contradicciones y es muy difícil ordenarla, compaginando las noticias de unos cronistas con las de los demás; no está bien organizada y es una confusión de ideas reñidas unas con otras. Y sin embargo, el Sr. Paterno dice que estaba bien ordenada y casi igual al Catolicismo.

Según el sabio autor de *Der Ahnencultus and die religiosen Anschauungen der Malaien des Philippinen-Archipels,* casi todos los dioses filipinos debían de ser *anitos*, es decir, de segundo orden, y los grandes dioses eran los *anitos* de los primitivos aborígenes ó estos mismos, y los demonios ó anitos malos, eran los dioses de los aborígenes enemigos, que habitaban las playas, antes de la invasión malaya.

Yo opino que la idea (más ó menos ya modificada) del *Bathala* debe de proceder de los battaks de Sumatra, que según mi humilde parecer, deben de ser los ascendientes de los filipinos.

Debe ser cierto lo que dice el P. Gonzalez de Mendoza, que los filipinos antiguos de inculta inteligencia, con el tiempo acabaron por no darse razón de la mayor veneración en que tenían al *Bathala.* La palabra *Meikapal* no es más que un atributo del *Bathala*, significa *Criador* ó *quien formó algun objeto con barro,* por esto opino que es un epíteto añadido por los Religiosos, y en efecto, los autores mas antiguos solo dicen *Bathala,* excepto el P. Chirino. Parece ser que los filipinos ignoraban hasta la significación de

Bathala. Y cospecho que Morga y Colin, que bebieron en una misma fuente, en la obra del P. Chirino, confundieron *Bathala*, dios superior, con el *batala*, ave supersticiosa de los pampangos, como otros confundieran con la palabra *Bathala*, que significa *cuidado*, y de aquí la equivocada traducción de *guardador de todo*, que algunos autores dan.

¿Qué era pues *Bathala*?... Ya hemos dicho que los mismos filipinos no le conocían bien. Era el Dios, que habitaba en el cielo, tal vez el mismo Jehová modificado ó con diverso nombre.

Paterno, el autor de *La antigua civilización de Filipinas*, asevera que le han dicho unos ancianos que "*Bathala* es "sustancia única, toda acción y pasión, "eternamente generando dos, como el "dos generando tres, como el tres gene- "rando todo el universo. Todas las cosas "existen en su unidad simplisísima y su "unidad está en la multiplicidad de to- "das las cosas. Nada existe fuera de ella. "Los mandatos de los *nonos* son cinco: "no matar á ningún ser viviente, no ro- "bar, no fornicar, no mentir y no beber "ningún licor que embriague."

Empiezo por decir á los lectores que los indígenas ya han olvidado al antiguo *Bathala* y dan el nombre de *Meikapal* al Dios de los cristianos, y ni saben qué religión tenían á la llegada de los españoles. Sin la historia, ahora ya todo se habría olvidado. Han engañado al señor Paterno. Precisamente la embriaguez se tenía por los antiguos tagalogs como *gala* de los principales; el asesinato y el robo en muchos casos se consideraban como *hazañas*, no pudiendo llevar *potong* (turbante, insignia de valor) el que no hubiera matado á varios; y el mentir y el sensualismo, eran bastante comunes y hasta en cierto modo un deber de religión lo último. En el mismo libro de Paterno se leen líneas de Morga sobre la lascivia descordenada en Filipinas. En el mismo hay muchas tradiciones inventadas y sentiría mucho los perjuicios que podrían causar á la ciencia histórica.

Parece ser que *Bathala* se llamó por los ilocanos *Boni* (1) ó *Kabunian*, como le dominan aun sus vecinos los igorrotes.

(1) Véase el Vocabulario ilocano-español de los padres Lopez y Carro.

III

Además del Dios superior, había (al igual de otros pueblos) dioses inferiores, que los filipinos llamaban *anitos* (1).

Estos eran, según el P. Concepción (2), almas; al decir de Colin, ídolos particulares, que conservaba cada uno como herencia de sus antepasados; y en la *Revista de Filipinas* he leído que eran ciertos espíritus malignos, que los indígenas adoraban más bien por miedo que otra cosa. Y efectivamente el P. Aduarte (3) dice que había *anito* bueno y *anito* malo. Convienen los tres primeros autores citados, en que eran como unos patronos tutelares á quienes los filipinos pedían licencia—sin la cual eran castigados por los

(1) En el día lo que los malayos filipinos llaman *anitos* son las supersticiones. Esta transformación se atribuyó á los misioneros, que se esforzaron en demostrar á los indios que sus prácticas religiosas, ó sus *anitos* eran supersticiones ridículas. Los battaks de Sumatra llaman *aitu* á los *anitos* y *aitu* los habitantes de Samsa (Polinesia.

(2) Historia general de Filipinas 1788.

(3) Historia de la provincia del Santo Rosario. Zaragoza 1693.

anitos—para penetrar en los bosques ó montañas, cortar árboles ó plantas; pedían la fertilidad de sus campos; imploraban su auxilio en los partos y cuando daban el pecho á sus criaturas; encomendábanle sus navegaciones y pesquerías; invocábanle en sus trabajos y peligros según que fuesen *anitos* de bosques, montañas, campos, sembrados, casa, mar, rio, ó fuesen las almas de sus abuelos. Es decir que *anito* no era sólo *un* dios casero, como asevera el P. Baranera (1), sino que en casi todo había un *anito* especial, como en el politeismo griego, según el cual había dios de la guerra (2), de la hermosura etc.

De la anterior diversidad de afirmaciones acerca de la naturaleza de los *anitos*, hago estas deducciones:

1.a Los filipinos en general eran idólatras. Antonio Lombardo, combarcano de Magallanes asegura que en Cebú había ídolos de madera, huecos por detrás,

(1) Compendio de la Historia de Filipinas.

(2) No está averiguado que los ilocanos habían tenido dios de la guerra; pero los pangasinanes vecinos de ellos, tenían por Marte al anito *Apo-laki*, y *aglal-lalaki*, significa en ilocano valiente, distinguido en las guerras.

que tenían brazos y piernas abiertas, piés levantados, rostro muy ancho y boca abierta, dejando ver cuatro dientes largos como los de un Javalí: y segun el jesuita Colin, los ídolos eran pequeñuelos y muy mal hechos de piedra y de palo, oro y de marfil á que llamaban *lilha* ó *laraoan* (indudablemente se refiere á los tagalogs que hasta ahora denominan lo mismo á las imágenes. En ilocano se dice *ladaoan*). "La figura de estos, escribe Moya, era por demás especial. Tenían la cabeza muy grande y la boca estremadamente abierta, sin duda para lucir los cuatro enormes dientes de cerdo montés. con que la adornaban. El cuerpo era pintorreado, y los brazos y piernas con los dedos de las manos y los piés, extremadamente abiertos y colocados hácia arriba. Sobre la existencia de dichos ídolos ha habido muchas opiniones. Más afortunados nosotros, hemos tenido ocasión de ver un anito hecho de madera fuertísima y al par olorosa, que podria tener completo, palmo y medio de altura; la disposición de los brazos no podía suponerse porque faltaban totalmente sin ninguna señal, por lo que siempre hemos dudado

si el original los habria tenido. Por lo demas eran en todo conformes con los descritos por autores respetables, alguno de los cuales asegura que el Museo de Berlin posee cuatro ejemplares muy curiosos."

Mr. Blumentritt niega que los filipinos tuvieran ídolo del *Bathala Meikapal*, pero el P. Gonzalez de Mendoza escribe: "Entre todos estos tenian su mayor veneración á un *ídolo*, cuyo nombre era Batala: la cual reverencia la havian tomado por tradición, y asi no sabian dezir en que havia sido mayor que *los demas*, por donde mereziese mayor estima."

2.a Los filipinos tenían dioses secundarios llamados *anitos* entre los cuales había buenos y malos, y rendian cierta apoteosis á las almas de los difuntos, que colocaban entre sus *anitos*.

Esto es respecto á los naturales de Luzon *en general*, pués los historiadores no se refieren solamente á los ilocanos.

Por eso vamos ahora á examinar si las citadas noticias referentes á los *anitos*, son exactas respecto á los ilocanos en particular.

IV.

Es indudable que los ilocanos antiguos rindieran culto á los *anitos*, tales como los pintan los historiadores. Los *mangmangkik* de hoy no con sinó aquellos primitivos *anitos*, á quienes pedían antes y *aún ahora* licencia los campesinos de Ilocos, para penetrar en los bosques ó montañas y para cortar árboles; los *katatao-an* ó *sangkabagui* el anito del espacio é inspirador de los curanderos; el *kaibaan* ó *kibaan*, el anito de las malezas: el *litao* es el tradicional (1) *anito* de las aguas; el *al-alid* el alma divinizada ó convertida en *anito;* y el *pugót* de la preocupación ilocana actual, es otro anito casero, además del *al-alid* y de los demonios *(sairos)*, á quien los ilocanos antiguos adoraban mas bien por miedo que otra cosa.

Los historiadores de Filipinas no mencionan ninguno de estos *anitos*, que acabo de citar probablemente porque no cono-

(1) La idea de la Sirena, como otras supersticiones ilocanas, fué introducida probablemente por los españoles como demostraremos mas adelante.

cieron la Mitología ilocana; pero nosotros los ilocanos conservamos consejas que arrojan mucha luz para su estudio. Voy á presentar esas consejas y os convencereis seguramente de la probabilidad de mi opinión, acerca de que los *mangmangkik* y otros séres fabulosos en que creen hoy dia nuestros campesinos, eran los *anitos* de la mitología ilocana primitiva; la cual debía de ser la misma religión de los tagalos antiguos, á juzgar por lo que tienen de semejante en cuentos y séres fabulosos; pero con otros nombres por la diversidad de dialectos.

Los *mangmangkik* probablemente fueron los *anitos* de los árboles. Actualmente los ilocanos (en particular los de Ilocos Norte) al principiar á cortar árboles en los montes, entonan los siguientes versos:

Barí, barí!
Dika aguñget pári
Ta pumukan kamí
Iti pabakirda kadakamí.

Cuya traducción literal es la siguiente: *barí-barí* (interjección ilocana que no tiene equivalente en castellano) no te incomodes, compadre, porque cortamos lo que nos mandan. Esto lo hacen á fin de que

no les odien los espíritus llamados *mangmangkik*, que habitan en los árboles, los cuales, según cree el vulgo de Ilocos, suelen vengarse produciendo graves enfermedades. En una Memoria sobre etnología y etología de Filipinas para la última Exposición en Madrid, se halla un cuento ilocano que el autor de la citada obra me hizo escribir. Se titula *Ni Juan Sadút* (Juan el Perezoso); segun este cuento, se apareció al héroe de la narración un *mangmangkik* en forma humana, cuando trataba de cortar un árbol, sin haber antes pedido permiso á dicho *anito*.

Los ilocanos no pueden darnos perfecta idea acerca de la naturaleza de los *mangmangkik* y dicen que *no son demonios*, según la idea que los católicos tienen de los demonios, ni sombras ó espectros, ni cafres; por lo cual yo opino que son los antiguos *anitos de los árboles*, aquellos ilocanos en la época de la conquista, que habiendo sido víctimas del rayo, caiman ó cuchillo, se enterraban por lo regular al pié de algun gran árbol con su especie de túmulo, y á quienes, según el P. Concepción se pedía licencia para entrar en los montes ú otros lugares á cortar árboles ó plantas.

V

Los *katatao-an* (1). Son unos... no sé qué diré, sino *anitos*. Al igual de los *mangmangkik*, ni son demonios ni fantasmas ó espectros; son según la fábula ilocana, séres visibles una veces, y otras nó; suelen tomar las formas humanas ú otras de gigantescas proporciones y tienen una *barañgay* (barca), en la cual viajan por el aire como en globos aerostáticos, solo de noche. Cual piratas cogen á los que encuentren en paraje despoblado así como los cadáveres humanos; por cuyo motivo los ilocanos se desvelan guardando los cadáveres de sus muertos, antes de enterrarse.

En Ilocos Norte no se conoce al *katatao-an*. En cambio tienen á los llamados *sangkabagí*, (2) que son análogos al prime-

(1) Los PP. Buzeta y Bravo citan en su *Diccionario* como uno de los dioses filipinos á *Tatao*. Si se han equivocado, al escribirlo, se confirma mi opinión de que el moderno Katatao-an de los ilocanos, es anito antiguo.

(2) Léase *sangkagui*; he adoptado la última innovación ortográfica introducida por doctos filipinos, que consiste en escribir en dialectos del país y en general los malayos, *ge*, *gi* solamente en vez de *gue* y *gui*, porque la

ro y creo que *katatao-an* ó *sankabagí*, indican un mismo *anito*, lo cual no será extraño porque en Ilocos Norte hay palabras que no se entienden en Ilocos Súr, como *salaysay*, *kain*, *buyubuy* etc. Hay en Ilocos Norte curanderos que pretenden ser amigos de los *sangkabagí* y dicen que por ningun valor se ganan el aprecio de los espresados *anitos*. Estos se aparecen á media noche á sus escogidos en las ventanas ó en los agujeros, desde donde les despiertan con voz apenas perceptible y les hacen embarcarse en una *barañgay* ó nave aerostática, parecida á la de los *katatao-an*, en la cual viajan por el espacio á la una de la madrugada, donde en media hora dan la vuelta al rededor del mundo. El vulgo ilocano dice que los *sangkabagí* se aparecen á muchos; pero algunos hombres no aceptan su amistad, porque estos *anitos* prohiben á sus amigos usar rosarios, oir misa, persignarse y cumplir con sus obligaciones religiosas de cristiano, confesando los *sangkabagí* que no pueden acercarse á

---

s de los filipinos era tal que poniendo detrás una *e* ó *i*, se pronunciaba *gue* ó *gui*, sin necesidad de poner una *u*; y las sílabas *ge* ó *gi*, *je* ó *ji*, escribiré *he* ó *hi*, porque en los dialectos filipinos no hay ni saben pronunciar la *j*.

sus amigos, si estos practican actos piadosos. (1)

Los *sangkabagí* se vengan de los que desdeñan su amistad, arrastrándoles por el suelo, cuando están dormidos ó llevándoles el hígado, para llenar el hueco con yerbas. Y cuéntase que los *sangkabagí* tienen una vista tan perspicaz, que pueden ver las entrañas de los hombres vivos, al través de la piel. Y otras veces hacen que el *anay (termes monoceros)* ó el gorgojo destruyan las ropas, el palay, el maíz y semillas de la persona que les haya causado algun disgusto. En cambio entregan á sus amigos mas estimados, un *libro* (llamado) *de la Compañía.* (2) y este libro les conducirá con inconcebible prontitud á donde quieran aunque sea á lugares muy lejanos, con solo señalar el sitio á donde deseen trasladarse. Se cuenta que un viejo natural de Sarrat (Ilocos Norte) iba de su pueblo á Laoag (cosa de una legua de distancia) á hacer

(1) Compárese éste con lo que escribe Concepción del *Tirahalan.*

(2) sta preocupación indudablemente fué añadida por los españoles á las puramente ilocanas. Hay una conseja, según la cual los Jesuitas poseen libritos milagrosos.

compras y á los cuatro minutos volvía con los objetos comprados. Y esto lo hacía todos los dias por la mañana, mediodia y noche. Los *sangkagi*—dice además el vulgo—enseñan á sus amigos á hacer relojes y les entregan raices para curar en un momento cualquier enfermedad, con solo acercar esas raices maravillosas á los pacientes.

El *sankabagi*, como el *mangmangkik*, mora invisiblemente en los arboles. Por eso, los curanderos, que dicen ser amigos de ellos cuando son llamados para curar á algun enfermo, llevan una orquesta al pié del árbol, que se cree morada de los *sangkabagi*, y allí ofrecen una mesa (1) adornada con banderas y repleta de platos sin sal (2) (ésta no gusta á los *anitos*). Algo alejados de la mesa bailan, hasta la puesta del sol. Prohíben acercarse á la mesa, porque no agrada esto á los *anitos* obsequiados. Sin que nadie lo vea—dicen los charlatanes—los manjares y el *basi* (vino) desaparecen como por encanto, de los platos

(1) "Y además de los sacrificios ofrecian comidas á los Anitos." Colin, pág. 63. *Labor Evangélica*. Madrid 1663.

(2) Los tagalogs ofrecen tambien viandas sin sal al *Matandá sa punsó*, viejo fabuloso que creen vive en los montones de tierra, que forma el *anay*.

y copas. Probablemente los mismos curanderos (pillastres) roban las viandas y el *lasi,* toda vez que no se permite acercarse á las mesas, cuando comen los *anitos*, es decir, los supuestos amigos de los *sangkabagí*. Despues de ésta fiesta dedicada á los *sangkabagí*, el curandero va á la casa del enfermo, y cerca de la cama coloca dos ó cuatro asientos para los *anitos* y prohibe sentarse en dichas sillas, puesto que están ocupadas por los *sangkabagí*, Hechas estas ceremonias, el curandero al igual de las antiguas pitonisas filipinas llamadas *katalonan* ó *babailan*, predice si es curable ó no la enfermedad, señalando el mes y el dia del completo restablecimiento ó la muerte del doliente.

Los palurdos de Ilocos Norte, esparcen un poco de morisqueta y sal, antes de sentarse á la mesa, diciendo: *¡vamos á comer!* y creen que asi se evita que los *sangkabagí* les arrebaten la comida. Cuando trasnochan en los bosques, valles, montañas ú otros lugares fuera de la casa, fijan cruces en la cabecera de la cama, (1) en los costados y en el lugar de los

(1) Algunos de los amuletos antiguos de los filipinos, están sustituidos por el signo de la Redención.

piés; con esta precaución—dicen—no pueden acercarse los *sangkabagí*.

Y cuando improvisan una choza donde pasar la noche, fijan en la puerta una cruz para el mismo objeto. En Ilocos también hay la creencia de que cuando los gallos se asustan y chillan por la noche, se cree que los consabidos *sangkabagí* están robándolos y es acto fatal ir al gallinero para averiguar la causa del susto. Cuentan los indígenas de Ilocos Norte que uno que intentó ir á ver si había algun escamoteador, murió repentinamente, apenas se movió de su sitio.

VI

El Kaibaan es una criatura como de un año de edad; anda automáticamente con piés puestos al revés, tiene una cabellera extraordinariamente larga y vive invisiblemente en ciertas malezas; rarísimas veces aparece, haciéndolo solo á sus amigos, pretendidas ó novias. Hay muchos kaibanes, son de dos sexos y procrean juntándose ó bien un *kaibaan* y una muger humana.

Y cuando los *kaibanes* se enamoran de una muger, se aparecen á ella, en forma de hombre con boca abierta. mostrando sus dientes, que despiden llamas ó luz, que deslumbra á la muger pretendida. Dá el *kaibaan* una serenata con su guitarrita á su amada. Si la muger humana acepta el amor ofrecido, el *kaibaan* la regalará un capote de los que tienen la especialidad de hacer invisibles á cuantos se vistan con ellos. La novia del *anito* vendría, pues, á ser invisible como su amante; participaría de su poder y no le faltará el pan cuotidiano, porque valiéndose de su invisibilidad, irá á hurtarlo. El *kaibaan* muere, y en ese caso irá la viuda (humana) á llorar al lugar mortuorio, llevando un *tabo* (1) lleno de sal en señal de luto. El dolor de la viuda, por lo regular, es premiado por los *kaibanes* sobrevivientes y parientes del difunto, entregándola los bienes que hubiera dejado el finado.

El *kaibaan* posee un *tabo* llamado *kimod*: que tiene la virtud de producir arroz, siempre que se introduzca en una

(1) Cáscara interior del coco, que sirve de recipiente.

tinaja, aunque ésta se halle vacía; y además una olla que sin embargo de su estremada pequoñéz, contiene de un modo misterioso cuatro chupas de arroz.

Cuando el *kaibaan* desea ganarse la amistad de algún hombre, le agasaja con una serenata, permaneciendo invisible, y una vez ganada la voluntad del amigo, le regala tinajas de oro, plata, esquisitos manjares, el maravilloso tabo, el capote mágico y otros objetos valiosos. El *kaibaan* á pesar de ser rico, tiene mucho gusto en hurtar y encarga á sus amigos (hombres) que si desaparece algún objeto suyo, no lo busquen; y si no cumplen este encargo, el *kaibaan* les arroja un puñado de ciertos polvos, que les produce asquerosas enfermedades de la piel, que son rebeldes á todo tratamiento. Los ilocanos tienen miedo á los *kaibaanes* y siempre que derramen algun líquido caliente en cualquier sitio, dicen *¡alejaos!* antes de efectuarlo. La persona que les haga algún daño ó proporcione disgustos, padecerá también de enfermedades cutáneas. Estas enfermedades se atribuyen casi siempre á los *kaibaanes*, y abundan muchos crédulos, que van á las malezas á decir: *pa-*

kaoanennak kadi, Apo (perdóname, señor,) y creen que con esta satisfacción, se obtiene el perdon del ofendido que hará desaparecer los efectos de su venganza.

VII

Hemos dicho que probablemente *Litao* (1) fué el *anito* del mar y de los rios, y nó la Sirena: la idea de ésta fué introducida en Filipinas por los españoles (2), lo cual confirman las mismas tradiciones y además la palabra *sirena* es castellana y no tiene equivalente en ilocano.

La sirena, según los ilocanos, era en un principio una niña hermosa; vivía con su madre en un tugurio, asentado sobre las orillas de un rio, cuyas aguas bañaban el zaguan de la referida casucha; un dia en que estaban cosiendo ellas, cayó la aguja de la niña y ésta intentó bajar á buscarla; pero su madre se opuso

(1) *Siukuy*, en tagalog.

(2) En la pág. 74 del 1.er tomo de mi *Folk-Lore Filipino* se encuentra una larga lista de supersticiones ilocanas, que pertenecen á Europa.

á ello, diciendo á su hija dejase ya el objeto perdido, pues temia que el *litao* (deidad masculina de las aguas) la raptase con sus encantamientos ó poderes sobrenaturales. Sin embargo, la niña viendo su aguja en el fondo del agua cristalina, se bajó furtivamente, cuando su madre estaba distraida y apenas puso sus lindísimos piés en el líquido, ésta la tragó produciendo muy grandes burbujas. Desde entonces quedó dotada del poder de *encantar* ó hacer cuanto guste. La sirena de los ilocanos (1) es muy diferente de la sirena de la tradición española, según la describe una colaboradora del *Folk-Lore Andaluz,* y creo que muchos de los caracteres de la ilocana, proceden del antiguo anito, llamado *Litao.*

Este ha perdido su importancia desde que la sirena se ha introducido en las preocupaciones ilocanas, y hoy está casi olvidado del todo. *Litao*, según he oido en Vigan, es un varon pequeño, que vive en las ramas de las cañas, que se encuentran en las riberas de los rios, y

(1) Véase todo el citado capítulo del *Folk-Lore Filipino.*

es el marido de la Sirena, y él fué quién la dió el poder sobrenatural que tiene.

¡Qué curiosa combinación de fábulas ó consejas, la española é ilocana! Los Agustinos Buzeta y Bravo dicen que «como los filipinos no creen posible vivir sin muger, á cada Dios dan también una diosa.»

VIII

Morga y Colin dicen que los filipinos adoraban al *caiman*, le llamaban *nono* y le rogaban no les hiciese ningun mal, dándole algo de lo que traían en el barco, y que los pescadores arrojaban como primicias los primeros pescados, que sacaban de su red, y de lo contrario, no entrarían otros peces en ella. Esta preocupación existe hasta el dia en Ilocos y según el *Catecismo ilocano* del P. Lopez (que estuvo en Ilocos á principios del siglo XVII) se llama *panangyatang;* pero en Ilocos no se encuentra este anfibio. Probablemente el P. Colin se había equivocado al aseverar que los filipinos llamaban el caiman *nono*, porque ésta es tagala, que significa *abuelo* y *espectro,* y tanto los ilocanos como

los tagalogs llaman *buaya* al caiman. Parece ser exacto que en los puntos de Filipinas donde hay caimanes, arrojen morisqueta á estos y otros objetos supersticiosos, como las rocas de formas singulares. á fin de que el viaje sea próspero.

IX

Según el P. Concepción, los malayos filipinos «temían al *Tigbalan* con exceso, que es una especie de duende ó fantasma que, dicen, se aparece á los indios en los montes, y en figura de viejo, caballo, mono ó de mónstruo terrible, con quienes trocaban rosarios por otros objetos supersticiosos, como cabellos, yerbas, piedras, etc., para facilitar sus pretensiones y librarse de peligros.» Los ilocanos no conocen al *Tigbalan;* y en cambio temen al *Pugót* que es semejante (1) al *Tigbalan* en esto de tomar diversas formas: unas veces la de un gato con ojos de fuego, que creciendo, se metamorfosea en perro siniestro y aumentando mas y mas de bulto,

(1) El *Pugót* es diferente del *Tigbalan* descrito en el Folk-Lore Bulaqueño.

se transforma en un gigante negro de horripilantes dimensiones. Figúrese el lector que sentado en el alfeizar de la ventana de una casa de 18 metros de altura, sus piés tocan en el suelo y dice el vulgo que el *Pugót* gasta cigarros de grandísimo tamaño.

Los naturales de Vigan aseguran que allá por los años 1865 á 67 cayó una lluvia de piedras sobre una casa durante algunas noches y como se atribuyera á incógnitos pillastres, se rodeó aquella y sus alrededores de agentes de policía, cuya presencia no había evitado la continuación de la tirada de piedras y lo mas curioso era que, según se dice, no dañaban las piedras á quien tocaban, á pesar de que al parecer eran tiradas con fuerza.

Según la versión ilocana, el *Pugót* (algunos españoles lo llaman *cafre)* se alberga en las habitaciones desocupadas, en las casas en construcción ó en las ruinas de un antiguo edificio. Por ésto opino que el *Pugót* es uno de los *anitos caseros* de la antigüedad.

X

Había diversos *anitos caseros*. «Entre es

tos, según el P. Colin, ponian los filipinos á sus antepasados, cuya invocación era la primera en sus trabajos y peligros.» Parece indudable que estos anitos *difuntos* fueran los llamados *nonos* y al llamarlos así, querían decir *espectro de los abuelos*, como entienden otros autores. Pero en idioma ilocano, no se llama *nono* al espectro de los difuntos, sinó *al-aliá* ó *ani-oaás*. En efecto, hasta ahora los ilocanos conservan muchas preocupaciones acerca de los *al-aliá*.

Según la historia de Filipinas, si la sacerdotisa filipina llamada *Katalonan* ó *babailan* observaba que un enfermo estaba desahuciado, anunciaba que las virtudes de éste le hicieron acreedor ó digno de la estimación de los *anitos familiares* ó *al-aliá* y tenía que ir á la otra vida á convertirse en *anito* como ellos en recompensa de sus virtudes. Desde entonces los parientes, amigos y demás presentes se anticipaban á declarar *anito* al enfermo, y se encomendaban á él para la otra vida, festejándole con comilonas y embriagueces y presentaban ofrendas, según los recursos, que la tramposa *Katalonan* se cuidaba de recojer para sí.

Por ahora pongamos punto final á los espectros de los muertos como anitos familiares, advirtiendo que hoy los ilocanos no rinden ya culto á sus difuntos como dioses, ni los invocan en sus tribulaciones y trabajos; pero conservan otras preocupaciones sobre dichos *anitos*, que examinaremos cuando hablemos de la psicología ilocana.

Acabamos de ver que á los *mangmangkík, katatao-an* ó *sangkabagí, kaibaan, litao* y *pugót* conocidos actualmente en Ilocos, se atribuyen naturalezas distintas de la de los demonios y espectros como los católicos ó europeos los conocen; y tienen un carácter especial, según el vulgo ilocano; por lo cual y atendido lo que dicen las crónicas filipinas he manifestado mi opinión de que los *mangmangkik* etc. fueron los *anitos* ó dioses inferiores de la teogonía ilocana, incluso los *al-aliá* ó *anina-ás*, que aunque se parecen á los espectros conforme á las preocupaciones europeas, es sin embargo, casi indudable, que los *al-aliá* fueran los históricos *nonos*, que solo por la diferencia de dialectos, se llaman así en tagalo.

XI

Además de los *anitos*, los indígenas adoraban, según los cronistas, á varios animales y aves, como el citado *Tigmanulin*; el cuervo que creían dueño del suelo, denominándolo *Meylupa*: y era preocupación popular que si la lechuza se posaba en el techo de una casa, anunciaba muerte á sus moradores, por lo cual colocaban un espantajo en el techo de las casas en construcción, para no perderlas, pues nadie se atrevería á alojarse en ellas, si la lechuza pusiera allí sus siniestras patas, ó encontrasen alguna culebra. Lo mismo hacían con las embarcaciones nuevas Y si en el camino encontraban una culebra, retrocedían como los romanos de la antigüedad, haciendo lo mismo si chillaba algún ratón, ahullaban los perros, cantaba una lagartija ó estornudaban ellos mismos.

También los filipinos de antaño rendían culto á las piedras, peñas, escollos promontorios, cabos y puntas y ponían sobre el peñasco ó piedra deificados, alguna ofrenda para evitar los peligros del viaje. Adoraban la luna y el sol, celebrando con

fiestas y embriagueces el eclipse. Estas fiestas se llamaban *Magaduras*, según el P. Gonzalez de Mendoza. También adoraban en los viejos y *sobresalientes* árboles y tenìan por sacrilegio pensar en cortarlos. Todo esto lo dicen los cronistas respecto de los filipinos en general. Vamos á examinarlo, para sacar de estas noticias, las que creemos que corresponden á la teogonia ilocana.

Creo que los antiguos ilocanos adoraron á ciertos animales; pero probablemente son inexactas algunas noticias de los historiadores, al menos con respecto á estos habitantes. Estos como los tagalogs, llaman *uak* y nó *meylupa* al cuervo y no conservan ninguna tradición, que confirme que haya sido adorado (1).

Los ilocanos temen mucho á una ave fabulosa, invisible, llamada *kumao*, que según el vulgo, roba cosas y personas.

Tampoco existe hoy preocupación ilocana, según la cual se deba interrumpir el camino cuando oimos cantar á alguna

(1) No es extraño que los antiguos dijeran alguna inexactitud. Antes habia pocos escritores y ahora que muchos ya escriben sobre Filipinas, hay sin embargo falsedades, algunas involuntarias y otras inventadas.

lagartija, chillar algún ratón ó ahullar un perro. El ilocano solo detiene sus pasos, cuando encuentra una culebra ó estornuda, como los *tinguianes* de Abra. En cambio, dicen los ilocanos que el canto de la lagartija anuncia la llegada de alguna visita, y los ahullidos de los perros, la presencia de un espectro.

Y lo único que los ilocanos y los tagalogs dicen del raton, es que dá ó cambia dientes, de modo que cuando les cae alguno, lo arrojan al tejado del escusado, suplicando al raton lo cambie, y cuidando de no reir, cuando miran al monte *Gosing* (mellado) de Ilocos Súr, so pena. dicen, de que no se cambiará el diente caido. ¿Podemos, pues, opinar que el raton fué el *anito de los dientes?*

Es cierto que la lechuza, según el vulgo ilocano, anuncia alguna muerte, como el pájaro *salaksak* y la mariposa negra; pero esta preocupación parece la han introducido los españoles.

Debe ser cierto también que los ilocanos adoraran á los escollos, promontorios y peñascos de ciertas formas y si mal no recuerdo, en la vía fluvial de Ilocos Sur al Abra, se encuentran aún ahora, algú-

nas piedras tradicionales, en cuyo obsequio tiran los viajeros, morisqueta.

Nací y crecí en Vigan, Ilocos Súr, provincia que está lejos de Manila y por consiguiente de la luz de la civilización. Me han criado sirvientes procedentes de los campos, donde todo es sombra y superstición. Por las noches me referían muchos cuentos fabulosos y supersticiosos y yo creía en ellos como dogmas de fé; me gustaban y suplicaba me los contasen. Casi niño yo aún, salí victorioso en una oposición organizada enel colegio de Vigan por nuestro profesor D. Mariano Espíritu, habiendo logrado presentar una lista de supersticiones mas larga aún que juntas todas las de mis rivales. Sí; desde el principio era yo muy amigo de supersticiones y así llena la cabeza de creencias absurdas, he venido á Manila á continuar mis estudios y pasando las aguas de Zambales en mayo de 1880 á bordo del vapor *Rómulus* con rumbo á Manila, á indicación de mis paisanos, nos arrodillamos juntos para rezar delante de un peñasco en forma de horno, y me dijeron que si no cumpliamos con aquella obligación, habiamos de enfermar continuamente en Manila. En vista

de todo esto, debe ser cierto, pues, que los ilocanos adoraran á los promontorios y peñascos.

Respecto á la adoración de las piedras pequeñas, véase lo que he dicho en el *Folk-lore Ilocano* de las piedras maravillosas ó supersticiosas, llamadas *babató* en Ilocos Norte y *ginginammul* en Ilocos Súr.

XII

Es probable que los ilocanos rindieran culto al sol y la luna, á los que hasta ahora dan el tratamiento de *Apo* (Señor). Los ilocanos dicen que las manchas lunares son un árbol, bajo cuya sombra está durmiendo San José, recordando su huida á Egipto (1). Se observan aquí dos noticias de diferente procedencia, curiosamente enlazadas: una conseja ó tradición fabulosa y otra cristiana, como el sueño de San José. En vista de esto, ¿no se puede opinar que el hoy durmiente S José, era, antes de la introducción del catolicismo en Ilo-

(1) Esta conseja trae á las mientes á la fabulosa vieja adivina de los Iroqueses (salvajes de la América del Norte), que fué trasportada á la luna, donde está tejiendo sin cesar, hasta la eternidad.

cos, el Dios Superior de la teogonía ilocana primitiva? Es decir, que los ilocanos adoraban á la luna, nó como divinidad, sino morada del Bathala, esto es, como cielo?

Según el P. Villaverde en su *Informe* publicado en el *Correo-Annamita* en 1879, los igorrotes del Kiangan entienden por lugar de los dioses, las estrellas y planetas especialmente el sol.

Según el P. Aduarte, los filipinos creían que muerto el cuerpo, iba el alma á un rio ó laguna, donde había cierta barca con un tripulante anciano y para pagar el pasaje, ataban dinero al brazo del cadáver, y para que se permitiese á las mujeres pasar, pintaban de negro sus manos. Y el alma iba á parar á unos campos muy floridos y amenos, donde había de pasar una vida muy placentera, comiendo y bebiendo y holgándose hasta que viniese otra vez á este mundo.

El P. Chirino dice que en algunas islas creían que no se podía salvar ninguna muger que no tuviese marido ó compañero, porque éste acudía en la otra vida á darle la mano en cierto paso de un rio muy peligroso que no tiene puente sino un madero muy angosto, el cual se ha de pa-

sar para ir al lugar de descanso que llamaban *kalualhatian*.

«Los filipinos—decía el P. San Antonio «en 1738—conocían que despues de esta «vida había otra vida de descanso (lañgit) «ó llamémosla Paraiso, porque en el cielo «vivía en su sentir el *Bathala solo*.» El Paraiso de los *anitos* era un monte, según los cronistas San-Agustìn y Concepción. Hay un canto popular que he oido en dialecto ilocano, tagalog y panganinan, de mùsica *puramente filipina*. Este canto reseña un banquete celebrado en el *jardin del cielo* (¿Paraiso?), diciendo que un manco tocaba la vihuela, (es histórico que los filipinos tenían una especie de vihuela de cuatro cuerdas, que los ilocanos llamarian *Kotibeng)*, cantaba un mudo, bailaba un cojo, contemplaban un ciego, un tuerto y un bizco, reía uno sin dientes, tocaba la flauta un mellado, palmoteaba un débil y otros cuyos defectos físicos eran contrarios á sus instrumentos, de modo que al tocar ellos, provocaban la risa. Es de advertir que este curioso canto es antiguo y muy popular y no se conoce el autor. Ahora me pregunto: si es cierto que los cantares filipinos por lo regular eran sus *anti-*

guallas y fábulas, como dice un historiador antiguo, ¿no podremos deducir del citado *dal-lot* (canto) que el cielo de los filipinos ó al menos de los ilocanos. era un jardin, donde se riera á mandíbula batiente?

Respecto á los cometas, podemos copiar líteralmente lo que un autor había escrito, refiriéndose á la astronomía china. Según los chinos, como los ilocanos, «los come»tas son precursores de hambre y miseria »y pronostican casi siempre pestes, gue»rras, caidas de reyes, derrumbamiento de »imperios.» Los aerolitos ó astros fugaces venían á ser su estrella del amor (los ilocanos creen que es una sola la estrella que se *muda de lugar* y la llaman *layáp*), y el vulgo de Ilocos cree que si se hace nudo en un pañuelo, cuando *pasa el layáp* (cuando cae un aerolito), se consigue encerrar en el nudo el *babató* (piedra milagrosa) del amor. Pero también en Ilocos se comparan los frenéticos amantes á un ser fabuloso llamado *Donggial*, que según el vulgo ilocano «se ahogó de amor en un pantano, donde no pudiera ahogarse una mosca por su poca agua.» ¿Es *Donggial* una especie de Cupido? En la

nomenclatura de dioses filipinos, que trae el *Diccionario* de Buzeta y Bravo, se encuentra uno ó una, (no se sabe) llamada *Sehat*, palabra ilocana que significa *hermosura;* y los ilocanos como los tagalogs invocan casi siempre en sus cartas amorosas á *Venus*. ¿Hubo quizá antiguamente una especie de Venus, que se llamara *Sehat?*

Los ilocanos adoraron á ciertos árboles, entre ellos el Bagao, según los PP. Buzeta y Bravo. Hasta ahora temen al árbol llamado *tigbeg* ó el *baliti (Ficus indica, L.);* pero si respetan este árbol, no es porque de suyo es sagrado, sino porque se cree morada del consabido *mangmangkik*.

XIII

Acabamos de examinar lo que dice la historia sobre el politeismo filipino. Veamos ahora, si han omitido algunos dioses de los ilocanos. En Ilocos Norte hay curanderos teomaniacos llamados *maibangbañgon* además de los *amigos de los tangkabagi*. Los *maibangbañgon* dicen estar inspirados en sueños por una *vieja*. Tambien dice el vulgo ilocano que en las epidemias de viruelas, hay una anciana que

en sueños ofrece maiz y el que lo acepta, padecerá aquella enfermedad. Una vieja formal, no mentirosa, me ha dicho seriamente que la Madre de María Santísima no fué Sta. Ana, como dicen los católicos, y el que llega á conocer el nombre de la madre verdadera, irá al Cielo. La vieja me dijo que solo me descubriría aquel nombre secreto, en la hora de la muerte. Aquí tenemos tres viejas fabulosas, cuyos nombres no se conocen y los Agustinos Buzeta y Bravo dicen: «Como los filipinos no creen posible vivir sin mujer, á cada Dios dan también una diosa» (1). Por lo tanto además, de los *anitos* varones, habia también diosas ó *anitos* mujeres, una de las cuales probablemente se llamaba *Aran*, nombre de la esposa de *Angñgaló* (Adan fabuloso de los ilocanos.) El P. Gonzalez de Mendoza confirma que había ídolos de mujeres.

Además de los anitos de ambos sexos y los animales venerados, los ilocanos han

(1) Los gaddanes dan á su Dios *Amanohay* como esposa á Dalingay; las rancherías de Ilamut y los altabanes; creen que *Buhan* es esposa del dios *Kabiga;* y los Ifugaos muchos igorrotes dicen que su dios Kabunian tiene cuatro hijos.

tributado, si no culto verdadero, cierto respeto á los objetos muy útiles. Los campesinos de Ilocos dan el tratamiento de *Apo* (señor) al oro (1), plata, dinero, arroz, sal, la tierra y todo lo muy útil en general, (lo cual recuerda á los chinos que no comen carne de buey, porque que dicen no es justo después de haber servido tirando del carro, y lo entierran como muestra de agradecimiento), y como dice Anot de Maizieres, llegó un tiempo en que todo sobre la tierra fué Dios, excepto el verdadero Dios.

XIV

Los filipinos creyeron en la existencia de otra vida, teniendo por lugar de descanso para los valientes, justos y buenos, un monte, y señalando á los malos el lugar de penas y demonios, llamado *kasanaan* (2); pero ignoraban la eternidad de las penas, según la historia.

Llama la atención el que los filipi-

(1) Buzeta y Bravo citan como *anito* á Balitók. Esta palabra significa *oro* en ilocano.

(2) *Sanaang*, significa en ilocano el dolor intenso que se siente en las heridas y enfermedades cutáneas.

nos concieran á los demonios y no faltará quien sospeche que esto sea una invención de los Religiosos historiadores; pero debo asegurar que hay vocablo ilocano *sairo*, que significa *demonio;* y Colín y Aduarte, confirman que los filipinos conocieron ciertos espíritus malos, á quienes temían mucho.

¿Y quién iría á esa especie de infierno? ¿el cuerpo ó el alma? ¿los ilocanos conocian la existencia de este espíritu?

Morga dice: «Creian que habia otra vida como premio para los que habian sido valientes, y hecho hazañas, y con penas, para los que habían hecho mal; pero no sabían como ni dónde esto fuese.»

Según se desprende de las palabras del P. San Agustin, los *visayas* creían que los hombres se trasformaban en espíritus y esta afirmación la generaliza Moya entre los filipinos todos. Yo creo que los ilocanos conocieron una especie de alma, porque hasta ahora dicen que hay una cosa incorporal, llamada *karkarmá* innata al hombre; pero que se la puede perder en los bosques y jardines; y el hombre que la pierde se queda *sin razon* (ya sabemos que hombre sin alma carece de razón) y como loco

ó maniático, callado, como si estuviera pensando en una cosa muy profunda, no habiendo nada que le distraiga: abstraido. Y el que haya perdido su alma ó *karkarmá* no tiene sombra, de modo que el *karkarmá* parece ser la misma sombra del hombre.

Los ilocanos cuando se retiran de un bosque ó campo exclaman *intayón, intayón* (vámonos, vámonos), llamando á su *karkarmá,* para evitar que éste se distraiga y se quede en aquel sitio, y se pierda. Cuando uno se queda loco, meditabundo ó maniático, creen los ilocanos que ha perdido su *karkarmá* y sus parientes acuden á los curanderos, para que estos lleven al loco á los lugares por donde haya andado y allí gritan *intayón, intayón!,* con objeto de que el *karkarmá* extraviado, vuelva al cuerpo del que lo ha perdido.

Hay otra razón para creer que los antiguos ilocanos conocieron una especie de alma. Es indudable que las supersticiosas creencias de los ilocanos de hoy, que no fueron introducidas por los españoles y asiáticos, fueron heredadas de los antiguos ilocanos, sus ascendientes. Pues bien, hay en el día una preocupación ilocana de que

los *espectros* (no quiero decir *almas* segùn las ideas cristianas; el alma del Catolicismo tiene nombre en el idioma ilocano, que es *kararuá)* de los difuntos al tercero y noveno día de su muerte, visitan su casa y todos los lugares por donde hayan estado en vida. Los ahullidos de los perros anuncian la presencia de un *invisible* espectro y para verlo, debemos poner legañas de perro en nuestros ojos. Este espectro se llama *al-alid, ararid* y *anioaás*, en ilocano.

Además, los ilocanos dicen que las almas de los difuntos suelen entrar en el cuerpo de algun vivo y que allì se las oye hablar con su propia voz. Me han dicho algunos campesinos, que una mujer sin causa alguna cayó desvanecida, tiritando como si sintiera frio. Los presentes comprendieron que era un alma que se introdujo en el cuerpo y que deseaba hacer algun encargo; por eso, se apresuraron á cubrir con un *lambong* (velo de negro brillante) á la atacada, y empezaron á hacer preguntas al alma ó almas (porque eran muchas las que entraron) y estas contestaron con voces iguales á las que tenían en vida. Dejo á los lectores el adivinar si aquella pícara atacada merecia palos ó era ventrilocua, ó

si la credulidad de los campesinos les engañó.

De estas supersticiosas preocupaciones muy comunes en Ilocos, se deduce que los ilocanos conocieron una especie de alma, pero grosera ó absurda, esto es, que además de ser espiritual, era susceptible de caractéres materiales como la voz, su visibilidad en algunas ocasiones etc.

Según la historia, los filipinos colocaban los ataudes en *lo alto* de la casa entre las alhajas que solían guardar, quizás para que el difunto las custodiase; junto á los ataudes acostumbraban á colocar una caja, que contenía los mejores vestidos del finado y al lado de los hombres ponían sus armas, como los *tagbanuas* de la Paragua, y al de las mujeres, sus telares y otros instrumentos de labor; y en ciertas épocas del año ponían también manjares en los sepulcros para alimento de los difuntos.

Si los difuntos eran muy queridos, sus parientes hacian comer mucho á un esclavo ó esclava y luego le mataban para acompañar al finado y colocaban atalayas, para que el muerto no volviese á llevar consigo á los sobrevivientes; pero el finado solía burlarse, según creían, de los guardias

y visitaba á eso de las 12 de la noche á su familia para despedirse, por lo cual ponían en la escalera una gran artesa llena de agua, para que el finado se lavara los piés y cubrían el suelo de fina arena ó ceniza, (como aun ahora lo hacen los *tinitianos* de la Paragua), á fin de conocer después por las huellas si el difunto estuvo ó nó.

Todas estas noticias, unidas á la circunstancia de que se hallaron algunos cadáveres incorruptos, (efecto de estar cerrados herméticamente los ataudes), harán opinar seguramente que los ilocanos ó los malayos filipinos en general no conocían el alma, sino que creian ellos que el cadáver no se destruía, y pasaba simplemente á otra clase de vida. Los que esto opinen, si los hay, estan equivocados, porque los filipinos usaban preservativos contra la corrupción de los cadáveres (laminillas de oro puestas en la boca del cadáver), los cuales no serían necesarios, si creyeran que no *había corrupción*. De modo que sabían que el cadáver se destruia y el que pasaba á otra vida era el *karkarmí* ó sea una especie de alma, *espiritual y material al mismo tiempo*.

Esto de *espiritual y material* es absurdo,

pero lo creían; por eso escribe el antiquísimo historiador de Filipinas Morga, que «en las cosas de su religion procedían más bárbaramente y con mayor ceguedad, que en todo lo demás.» Y en cuanto á comidas, creían, como hoy creen aún las tribus monteses sus vecinas, que las almas y los dioses también comen; pero solamente la sustancia ó parte invisible de los alimentos.

XV

En Flipinas había sacerdotes y sacerdotisas (siendo mayor el número de las mugeres) para los sacrificios que cada uno ofrecía por su intención ó necesidad, llamados *Katalonan* (1) por los tagalogs y *Babailan* por los visayas. Lo eran unos por herencia y parentesco, otros por maña; «otros—dicen los historiadores religiosos—engañaba el demonio, que hacía pacto con ellos de asistirles y hablarles en sus ídolos y se les aparecía en varias figuras.

El franciscano P. Fr. Francisco de San Antonio, que tomó sus datos de

(1) Las sacerdotisas filipinas se llamaban según el Padre González de Mendoza *Holgoy*. El mismo autor llama *Mazuitos* á los idolos.

la obra famosa del P. Plasencia en lo relativo á la época de la conquista, escribe que había un llamado *Sonat* que «era lo mismo que Obispo entre ellos á quien reverenciaban todos, como á quien perdonada pecados, y ordenaba en sacerdotes y sacerdotisas á otros y esperaban salvarse por su medio y podía condenarlos á todos. Este oficio era general en estas Islas; pero no andaba sino entre los mas principales y honrados, por ser de grande estima entre ellos.»

Otro autor añade: «En las ciencias ocultas conocian el *Mangagabay* y *Mangasalát*: el primero era una especie de curandero que podía dar ó quitar la vida con sus medicamentos ó ensalmos, y el segundo poseía la virtud de adivinar lo futuro y componer filtros amatorios para conquistar las voluntades.

Los nombre de *Sonat, Mangagabay* y *Mangasalat* no son conocidos actualmente en Ilocos, como tampoco los de *Katalónan* y *Babailan* (1) á no ser el vocablo ilocano *Katalonan* que solo significa *aparcero*. En cambio, los ilocanos tienen

(1) El «Baglan» de los tinguianes.

á los curanderos supersticiosos, denominadas *Maibangbañgon*, y *amigos de los sangkabagí*; á los llamados *mannuma* (*tauak* en tagalo) que dicen haber nacido en un mismo día que una culebra y por esta sola circunstancia son respetados y temidos por los reptiles y tienen poder para curar por medio de piedras milagrosas las mordeduras de las culebras, y son obedecidos cuando llaman con un silvido á todos los reptiles del lugar donde ocurriera la desgracia; y además nosotros los ilocanos tenemos á los adivinos llamados *mammadlés* ó *mannilao*.

Parece probable que no hubo en Ilocos *Mangasalat*, pues allí se dice que las yerbas, piedras ú otros objetos amatorios no se confeccionan ó se hacen, sino que por su naturaleza misma son maravillosos, á diferencia de lo que se dice del *Mangasalat*. (1)

Las sacerdotisas (llamadas *babailan* ó *katalonan* también, porque no hay femenino ni masculino en los dialectos filipinos) eran

(1) Los que quieren más noticias acerca de los objetos amatorios de los ilocanos pueden ver la pág. 47 del «Folk-Lore Filipino, tom. I.

viejas mentirosas que decían estar iluminadas por los *Anitos* é intervenían en la celebración de los casamientos, y en los sacrificios, sirviendo de adivinas en las enfermedades y en una palabra en todo lo concerniente al culto de los *anitos*. Cuando uno de la ranchería caía gravemente enfermo y se quería averiguar el desenlace de la enfermedad, la sacerdotisa mandaba levantar una casa, en cuyo suelo se dejaba tendido al doliente sobre un petate (esterilla). que servía de sobrecama. Delante del enfermo colocaban un cerdo, tortuga marina ó un esclavo y en varias mesitas viandas oportunamente consagradas por la sacerdotisa. En esto salía ella y bailando al son de sus ensordecedores instrumentos, hería á la víctima, con cuya sangre untaba la frente y el pecho del doliente y rociaba á los concurrentes. Acto seguido, la sacerdotisa daba de comer al enfermo las viandas benditas, mientras los espectadores retiraban á la víctima para pelarla y limpiarla y luego volvían á colocarla en donde estaba. Entonces la sacerdotisa hablando entre dientes, extraía la asadura de la víctima, para examinarla á la ma-

nera de los arúspices romanos. Luego fingía desmayarse, hacía contorsiones y arrojaba espumajos por la boca, fingiendo con esto que el *anito* se internaba en su cuerpo. Vuelta de su éxtasis, pronosticaba el fin del paciente. Si la profecía era de salud, la recibían y celebraban con bailes, comilonas y libaciones, entonando las hazañas y apología del *anito* casero ó familiar, á quien se dedicara el sacrificio. Y si la noticia era funesta, se hacía lo que hemos dicho al hablar de los anitos, familiares ó *al-alía*. La sacerdotisa filipina también intervenía en los sacrificios que se hacían á los anitos, cuando una enfermedad epidémica se cebaba en la *rancheria*, y hacía análogas ceremonias, y si el augurio era bueno, se celebraba con comilonas, y algazara; si malo, "todo el pueblo—dice un autor moderno—desfilaba callado y durante unos dias se hacía penitencia creyendo calmar así la ira de los dioses." La *katalonan* en las bodas, mandaba á una jóven clavase un cuchilo en el cerdo, que se sacrificaba y después lo comían con veneración (1). Las saserdotisas filipinas

(1) Omito las demás prácticas relativas al matrimonio que no son pertinentes al culto de los anitos.

eran ricas, como ya se supone; pero no eran muy queridas y solo se acordaban de ellas, cuando ocurría alguna desgracia.

En los sacrificios, las sacerdotisas se vestían con unos trajes estrambóticos, con una postiza cabellera amarilla, sobre la cual ostentaban una especie de diadema, llevando en la mano un abanico de paja y servía de sacristana una aprendiz y aspirante al oficio que llevaba una caña delgada.

Es lo que dice.. las historias filipinas de las sacerdotisas de Luzon *en general*. Creo que análogos sacrificios y ceremonias se hacían en Ilocos, pues hasta ahora se conservan en las *rancherías tinguianas* (1) vecinas de los ilocanos. El agustino P. Gaspar de San Agustin opina qae "estos sacrificios se introdujeron pocos años antes de la llegada de Magallanes á Filipinas y que se originaron del Oriente ó de la China, donde son muy frecuentes, dice, y se llaman *Tiao-Kei*." Ahora no se conocen ya en Ilocos *katalonan* (sacerdotisas); pero es probable que en la época de la conquista, si bien con nombres distintos,

(1) Léase la página 17 de mi libro «Artículos varios sobre etnografía historia y costumbres de Filipinas.»

quizá con el de *Baglán*; es probable, repito, que las hubiera en Ilocos, porque hasta aohora las viejas intervienen en las ceremonias del *panañgikamen*, descritas en el *Folk-Lore ilocano*, en las supersticiones mortuorias etc. etc.

XVI

Morga dice que «en todas estas Islas «no hubo templos ni casas comunes de «adoración de ídolos sino que cada uno te»nía y hacía en su casa sus *anitos*, sin cere»monia ni solemnidad cierta.» Pero antes dice que «tenían ídolos en *cuevas* y casas particulares, donde les ofrecían perfumes y olores y comidas y frutas». Por el contrario Antonio Lombardo (Pigafetta) (1) asegura haber visto *muchos templos* en las playas de Cebù, cuando fué á Filipìnas en compañia del descubridor de ellas Magallanes. Supongo que los dos autores antiquísimos no hayan acertado con la verdad.

Morga probablemente quizo decir que no habia templos como los cristianos

(1) «Viagio atorno il mondo»=Ramusio.

los entendemos, es decir permanentes y comunes. Del mismo modo dice que no habia sacerdotes, pero admite que habia ministros de los *anitos* llamados *katalonan*. Pero aunque no eran permanentes y comunes la mayor parte, no dejaban de ser templos.

Y Pigafetta, segun mi opinión, tomó por templos á simples oratorios de casas particulares. No creo que haya visto *muchos* templos, que no fuesen simples oratorios, pues es general la noticia de que no los habia, lo cual indica que si los habia, serían tan escasos, que no llegasen á saber su existencia casi todos nuestros historiadores (1). Que hubo templos el mismo Morga dice que algunas cuevas servían de tales (2) y el P. San Agustin dice: «Es tradición que en los tiempos pasados fué el cerro de Panĝibalon (Visayas) el mas célebre *adoratorio* de los indios.»

Al decir del P. Concepción, los filipinos hacían para sus banquetes enra-

(1) Los tinguianes tienen pocos templos y muchos oratorios. Los antiguos cagayanes tenian por oratorios casitas.

(2) Las cuevas serían permanentes y comunes.

madas adornadas con ramos y flores y lamparillas encendidas, y siempre había una enramada mayor y mejor adornada. En dichas enramadas (*abong-abong* se llaman en Ilocos) sus instrumentos de música dejaban oir sus ensordecedores sones. Los concurrentes hacían postraciones, comían y se embriagaban. Acabada la fiesta, se deshacían las enramadas. Ya hemos dicho que los sacrificios en caso de enfermedad se celebraban en casas nuevas construídas *ad-hoc*. Pateroo (1) dice: «Para las *adoraciones* (*sambá*) y *sacrificios* (*simbá*) tenían los *simbahan* (lugar de sacrificio). «En efecto, templo se dice en ilocano *simbaan*. Luego hubo templos.

Los ilocanos probablemente hacían á veces los sacrificios en los bosques, pues hasta ahora los mediquillos amigos de los *sangkabagí* ofrecen allí comidas á los *anitos*. Esta opinión está confirmada por Morga al decir qne en efecto los filipinos hacían á veces sus sacrificios en los bosques.

(1) *Ninay*, Madrid 1886.

XVII

Sobre la idea de la creación, se encuentra en un libro recien publicado en Madrid la siguiente tradición sobre el *Baliti* (*Ficus indica*, L.) que ignoro porqué el autor se ha atrevido á inventar y publicar en un libro con pretensiones de sério.

«Dos jóvenes—escribe el ilustrado autor—se amaron apasionadamente, y guiados por el amor, se refugiaron en el tronco de un corpulento y elevadísimo *Baliti*, huyendo de la maledicencia de los hombres. Allí esparcieron la tierra, único recuerdo que llevaron del hogar paterno: *ella* sembraba toda clase de plantas; y *él* cuidaba todo género de animales; allí vivieron largos años, hasta que las nubes, cargadas de agua, se rompieron, anegando toda la redondez de la tierra. Perecieron todos los hombres, menos ellos, y bajando las aguas, poblaron otra vez el mundo con sus descendientes.»

Parece mentira que ese mismo ilustrado autor escriba en el prólogo:

"Hemos leido tantos errores y tan repetidamente copiados como inconcusas

verdades, que nos mueven á coger la pluma para ayudar á los trabajadores de buena fé á esclarecer los hechos."

Es cierto que hay varias consejas sobre el árbol *Baliti*, pero la citada por este autor es inexacta. Entre los ilocanos se cree que dentro del tronco mora el ser fabuloso *Mangmangkik*.

El P. Villaverde, en su *Informe* publicado en el *Correo Sino-Annamita* en 1879, escribe que, según cuentan los igorrotes, algunos de los que habian pasado ya á otra vida «volvieron á visitar los lugares y rancherías de los igorrotes vivos: uno de aquellos cuenta que se vino con su mujer á visitar á los suyos, quienes los mantenían con la flor de harina de arroz. Cansados ya los parientes de tanto gasto, los embarcaron, no sé en donde, yendo á parar á uno de los montes de los Mayoyaos al Oeste de Kauayan en la Isabela. Sentado el varon sobre un peñasco y á la sombra de un árbol, cayó sobre su cabeza el escremento de un ave (¿el *adarna* de los ilocanos á cuyo escremento la conseja atribuye virtudes maravillosas?) que allí posaba. De cuyas resultas, y continuando allí sentado, nació en

su misma cabeza un árbol que llaman *Baliti.*» Y nada más.

Los Visayas conservaban la siguiente consejа sobre la creación del Universo.

En un principio no habìa más que cielo y agua, y entre ellos volaba sin cesar un milano, buscando donde pudiera posarse, y no habiéndolo hallado, revolvió el agua, la cual en encrespadas olas se levantó hácia el cielo. (1)

Este, temiendo que el elemento lìquido lo sumergiese, lo cargó de islas, para que su peso le obligase á estar tranquilo y para que el mismo tuviese donde anidarse. (2)

Y estando el milano en la playa, las olas arrojaron á sus piés un trozo de

(1) Los canadienses, segun Cantú, tomo VIII, cuentan que descendió del cielo una mujer y revoloteó por algun tiempo por el aire, buscando sitio por donde posar: ofrecióle su espalda una tortuga y después las excrescencias del mar formaron gran extensión de tierra alrededor de la tortuga.

(2) Otro autor, no menos inventor que el citado, dice que el milano era, segun los visayas, el rey del cielo. Esto es inexacto.

caña compuesto de dos cañutos (3). De furor, lo abrió á picotadas y de un cañuto salió un varon y del otro una mujer.

Estos, pues, eran el Adan y Eva de los visayas primitivos.

Y después de varias dificultades, que surgieron por el impedimento de consaguinidad. en primer grado, por consejo de los peces y aves, lo dispensó *Linog*, uno de los *diuatas* (dioses antiguos de los visayas) ó sea el temblor de tierra y se casaron, habiendo tenido después muchos hijos.

Y cansado el padre de alimentar tantos hijos sin provecho, sacó un palo y fingió castigarlos por sus travesuras, para que fuesen á ganar la vida por sí mismos.

Los hijos huyeron y se escondieron unos en los gabinetes de la casa, y estos fueron más tarde los principales; otros

(3) La caña se parece algo al huevo resplandeciente que Brama arrojó à las aguas y después de un año se dividió en dos trozos: el cielo y la tierra. Los adoradores de Odin cuentan que paseando un dia los hijos de Bore en la playa, vieron dos pedazos de madera (tal vez caña, pero el autor del *Edda*, de quien tomo esta noticia, no conoceria la caña y tradújola por madera, sobrenadar y los trasformaron en un hombre (Aske) y una mujer (Emla).

fuera de ella, y resultaron los libres, los de aquí, en la cocina, y son los esclavos; y los de allí, en partes lejanas y son los extrangeros.

El ilustrado autor de *Las Islas Filipinas en* 1882 asegura por su cuenta y *riesgo* que los negritos ó *aetas* fueron los que habían penetrado en el seno de la tierra hasta las regiones del fuego perpétuo; pero he notado en él algunas inexactitudes en este punto.

Se pueden comprobar estas noticias en las antiguas obras de los PP. Colin, San Agustin y la Memoria enviada al Rey de España por el fundador de Manila, antes de su arribo á este puerto, advirtiendo que Colin generaliza entre los malayos filipinos dicha conseja.

Los PP. Ferrando y Fonseca nos cuentan en la Historia de los Padres Dominicos, que los montesés de Nueva Vizcaya conservan una conceja de una gran inundación en que todos los hombres se ahogaron, excepto una mujer y un hombre, que se habían acogido al monte Polak, de quienes, dicen, descienden todos los que componen su *nación*.

Los PP. Buzeta y Bravo nos dan otra

tradición filipina y según ellos, los filipinos contaban que "sostenida la tierra por un gigante, hizo este un movimiento obligado por la fatiga, y la tierra se sumergió en los mares, dejando solo islas diseminadas á los hombres. Este, comentan los citados Agustinos, es el Atlas, que, en la mitología, sostenía el mundo sobre sus aguas, y cuya hinchazon cambió la primitiva forma de la tierra."

Aquí tenemos cuatro tradiciones, distintas entre sí, sobre la cosmogonía filipina. ¿Cuál de ellas será la verdadera con respecto á los ilocanos? Ninguna de ellas está conforme con sus tradiciones actuales.

Tenemos los ilocanos una tradición, que en ninguna crónica hallé escrita y que ningun ilocano ignora; segun ésta, en un principio, ó sea antes de la creación *del cielo, de la tierra* y del mar (no digo del hombre, pues segun dicha tradición el hombre existió antes que el cielo etc.), había un gigante llamado Angngãaló—¿sería el citado por los PP. Buzeta y Bravo?—de formidables proporciones. Cuenta el vulgo que de pié tocaba su cabeza en el cielo y con un paso ve-

nía de Vigan á Manila, es decir, salvando cosa de cetenta y una leguas.

Angñgaló cavó el cuelo que antes era plano, y las tierras que extrajo con hoy los montes, siendo las colinas las tierras que caían de los agujeros que formaban sus dedos mal unidos.

Hecho un abismo, alivió su vejiga y formó los océanos y los mares; pero no por eso sus aguas fueron saladas como la orina; *Angñgaló* tenia una mujer nombrada *Aran*, de la cual tuvo tres hijas. Estas trataban de venir á Manila, para traer sal y rogaron á su padre las trasportase. *Angñgaló* accedió á ello; pero estando en medio del mar cayeron con sus cargas al agua y desde entonces el mar se quedó salado.

Angñgaló fué también el que colocó la bóveda del cielo, (1) el sol y las estrellas.

Los ilocanos del campo todo lo materializan, efecto quizás de su escasa penetración, por manera que para ello,

(1) En algo se parece Angñgaló al gigante Bore de los adoradores de Odin. Los hijos de Bore arrastraron el cadáver de éste, cuando murió, al abismo, y de él hicieron la tierra, de su sangre el agua y el mar, las montañas sus huesos, las piedras sus dientes, su cráneo la bóveda celeste, sostenido por cuatro enanos.

el cielo no es más que esa bóveda azul y cóncava que nos cubre. Se figuran que la tierra no es esférica, al igual de los antiguos geógrafos; es una circunferencia plana, sobre cuyos límites se levanta el cielo. Para ellos es de una extensión muchísimo mayor que la real, de modo que para que uno pueda llegar á sus límites ó á los piés del cielo, necesita, desde que nace hasta su vejez, correr sin cesar en dirección al horizonte.

Según esta tradición, pues, *Angñgaló* y *Aran* fueron los primeros hombres, y quizás los padres de los demás, como Adan y Eva; pero debemos advertir que en esta tradición no se menciona la creación del hombre y que los ilocanos cuando quieren decir que aún no había nacido Fulano en tal tiempo, expresan con esta frase metafórica: *estaba aun en el otro lado del mar*, que viene á ser el Asia, lo cual parece indicar que según creencia antigua, los hombres vienen del extranjero como el trozo de caña arrojada por las olas á los piés del milano. En Ilocos, cuando uno dice en broma no haber nacido de mujer, le contestan: —Entonces has salido de un trozo de bambú.

En el monte de piedra, Bangbang, que hay en la bocana del Abra, hay una huella muy grande al parecer de hombre, y otra, según dicen, en la cumbre del Bul-lagao (Ilocos) ó en Cagayan, que se atribuyen á *Angñgaló* (1). Dejó estas huellas al subir al cielo.

En Abra hay un gran subterráneo que dicen ser de Aran, y el cual agujero llega á Kagayan, según la conseja, como un tonel.

Angñgaló fué el Criador, según la tradición ilocana; pero de orden de un dios cuyo nombre se ignora; no hay noticia de que fuera objeto del culto de los ilocanos, lo cual es incomprensible, puesto que según todas las demás religiones de que tengo conocimiento, todo Criador del Universo es Dios, y es acorde la creencia de que solo la omnipotencia de un Dios es capaz de obrar tantas maravillas como las que encierra la creación.

¿O es que la actual conseja ilocana es aborto de un contubernio de ideas reli-

(1) Los tagalogs dicen que tambien hay huellas semejantes en los montes de Mariveles y S. Mateo. Las cuales recuerdan la tradicional y fabulosa "Bota del Mandarin," que hay cerca de Fochow más arriba de los puertos de Mingan.

giosas, de las puramente ilocanas y de las extrañas, quizás las chinas, introducidas después de la conquista?

Hemos visto que *Angñgaló*, por ser gigante (los mandayas de Mindanao hablan también de un gigante llamado *Tagamaling)* se asemeja al *Atlas* ú *Océano* filipino de los PP. Buzeta y Bravo. Hemos visto que, como en la conseja ilocana citada no se menciona la filiación de Aran y Angñgaló, estos pudieron haber sido los mismos hombres, que salieron de los dos cañutos mencionados por el P. Colin. (2)

Planteado el problema, dejo á los doctos su solución, contentándonos con haber dejado sentado que los ilocanos tienen otras consejas referentes á la creación, que las citadas por los cronistas.

Cuando este capítulo publiqué en *El Comercio*, en forma de artículo en 1888, me escribió el sábio Blumentritt lo siguiente.

«Mi muy querido amigo: acabo de recibir su muy interesante artículo so-

(2) Moya pretende que los primeros hombres se llamaron *Silalake* y *Sibabae*; pero nos parece que esto es invención suya ó de quien le ha proporcionado tal especie; dichos nombres son voces tagalas, que significan *el hombre* y *la mujer* que expresan los sexos, pero no son nombres propios.

bre la cosmogonìa ilocana. No solo los Visayas sino también otros pueblos de la raza malaya, dicen que los primeros hombres salieron de un trozo de caña ó bambù. Así los indígenas de las Islas de Mentawei (O. de Sumatra), los naturales de la parte SE. de Borneo (Pasir), los de Holontalo y los alfuros de la Minahasa (Célebes septentrional), los indígenas de la isla Kabroeang ó Abotean (grupo Talaur entre Célebes y Filipinas), cuentan que el primer hombre fué Hoera Boelauro (Hura Bulao). Este cortó en el monte un bejuco ó rotang, y en este bejuco halló á un hombre y una mujer, de quienes proceden dichos insulares. Segun la conseja, los reyes de los alfuros de la isla de Ceram traen su orígen de árboles «Waringi» (especie de balete) y otros de un cocotero. Algunas tribus de los indìgenas de Amboyna ó Ambueno descienden de trozos de bambú, otras de caimanes ó anguilas. Hay tribus de alfuros de Ceram que cuentan: los primeros hombres deben su existencia á la cópula del cielo y de la tierra y los temblores son las tentativas de la tierra

para restablecer dicho *statu quo* anterior. La misma leyenda (muchas veces solo en rudimentos) se encuentra en otros paises malayos. Los javaneses piden ó pidieron al *Bopo-Koso* (Padre Cielo) y á la *Ibu Pratiwi* (madre tierra).

«Huellas de dioses, demonios y gigantes, como las de Angngãló, se encuentran en todo el mundo y buscamos los etnólogos las leyendas que se refieren á ellas, así es que mucho agradecemos á V. su articulo que traduciré al alemán y se publicará en una Revista científica de Austria ó de Alemania, probablemente el mes de Junio próximo. En las cercanías de Leitmeritz hay también en una piedra huellas (pero de manos) del diablo, llamadas *Teufelsptatze* (*Teufel*—diablo; y *Ptatze*—mano grande de un gigante ó pata de león ó tigre).»

CAPITULO SETIMO

Costumbres antiguas

I

Indumentaria. Los ilocanos tenian en la época de la conquista cabellos largos como los igorrotes; pero no tanto como los cagayanes que los dejaban tendido sobre la espalda.

Las mujeres traían en la coronilla el moño graciosamente enlazado. Hombres y mujeres cuidaban que el cabello tuviese un negro brillante, usando para ello de labatorios de cáscaras de ciertos árboles, aceite de coco confeccionado con almizcle y otros perfumes, el *gogo*, y la legía del palay, que aún en el dia se usan en Ilocos.

Bruñían y afilaban desde la infancia sus dientes, con la cáscara de la bonga

y piedras, igualándolos, y á veces en forma de sierra y para su conservación los barnizaban de rojo ó negro como los igorrotes. Los ricos, singularmente sus mujeres, los guarnecían con oro, ó incrustraban este metal, ya para evitar su caida, ya para mayor vistosidad.

Los hombres se entrenían arrancándose los pelos de su barba con unas almejuelas en forma de pinzas, de modo que no tenían barbas y bigotes como ahora.

Las mujeres, y en algunas partes los hombres, adornaban sus orejas con gruesas sortijas de oro, para las cuales agujereaban los lóbulos desde niños y tanto más rasgados y abiertos los agujeros eran para ellos más vistosos; los agujeros, eran dos: para una orejera pequeña y otra grande. Un cronista escribe esto de los filipinos en general. Me parece que las viejas de Ilocos no usaban pendientes, como las actuales, para quienes es una coquetería. Aunque los viejos ilocanos no conserven recuerdo de que los varones primitivos usaron pendientes, es probable que fuera así, imitando á sus vecinos los igorrotes.

Los hombres engalanaban su cabeza con un paño largo y angosto, llamado *potong* entre los tagalogs (1), con el cual la ceñían ora remedando á los tinguianes, ora imitando el turbante de los moros, Los que se preciaban de valientes, dejaban caer sobre las espaldas los bordados cabos del *potong* hasta las corvas. En los colores del *potong* se leían las hazañas y categoría del que lo llevaba; el encarnado indicaba que el que lo llevaba, había matado alguno, y solo el que había asesinado á siete ó más podía traer *potong* listado. Pero ya en tiempo de Morga, unos treinta años después de la conquista, ya habían adoptado el sombrero.

Los varones usaban una chamarreta de lienzo ó cangan bien ajustada, que llegaba poco más de la cintura, sin cuello y cosida por delante; como el *koton* de los tinguianes, con mangas cortas y anchas de color azul ó negro. La de los principales era encarnada de fina gasa

(1) Supongo que lo llamarían «bangal» los ilocanos.

de la India, (1) llamadas *chininas*, ó de seda.

«Por calzones llevaban una rica manta de color y muy de ordinario listada de oro, revuelta á la cintura, y entre las piernas, de suerte que les cubría decentemente hasta el medio muslo y de allí abajo todo desnudo pié y pierna» que llamaban *bahaques*. Esto lo escribe el autor de la *Lavor Evangélica* y lo confirma Morga: De modo, añadimos, que los varones filipinos hacian el *baag* que hoy suelen las mujeres ilocanas, que recogiendo la saya por delante, la pasan entre las piernas para colgarla de la cintura del trasero, «cubriéndose hasta el medio muslo y de allí abajo todo desnudo pié y pierna.» Con decir que lo practican en el dia las ilocanas, escusado es suponer que en efecto los ilocanos lo hacian (2).

---

(1) La camisa, que hoy usan los filipinos, fué introducida por los españoles. Los ilocanos de siglos últimos usaban camisa larga como los españoles: yo poseo algunos de estos pantalones muy curiosos.

(2) Poseo pantalones de los viejos de á principios del siglo: estos son cortos como los de los chinos, cuyas puntas estan bordadas: son de seda negra. Pronto dejaron los «bahaques» y usaron al principio de la transición calzones balones de seda y diversos colores.

Sus principales adornos eran piedras preciosas, alhajas de oro y preseas. Como las tinguianas sus vecinas, los ilocanos (varones) rodeaban sus cuellos de muchas cadenas de oro «labradas como cera hilada y de eslavones á nuestra usanza,» según Morga; brazaletes de oro y marfil llamados *kalombigas* aprisionaban sus manos hasta el codo y algunas llevaban sartas de piedras cornerinas, agatas, otras azules y blancas de su estima.

En las gargantas de los piés llevaban ajorcas ó sartas de estas mismas piedras y muchas cuerdas teñidas de negro, que las rodeaban. Iban descalzos, pero no tardaron después de la llegada de los españoles en calzar zapatos, como dice Morga, y muchas mugeres llevaban zapatillas de terciopelo bordadas de oro.

En los dedos de las manos tenían muchas cortijas de oro y piedras.

Usaban una especie de banda: una rica mantellina colocada sobre el hombro se unía debajo del brazo.

Las mugeres llevaban una especie de sayuelo de diversos colores con saya blanca, por lo regular igualmente ancha de arriba abajo, que llegaba hasta los piés,

con pliegues que recogían en la cintura, echándolos á un lado. Es el *salupingping* que llamamos en Ilocos, y que hasta ahora suelen hacerlo

Y cuando salían de casa llevaban mantellinas de varios colores y las de las mugeres de los principales eran de seda carmesí ú otras telas tejidas con oro y guarnecidas con ricos franjones. Esto dicen Morga y el P. Colin de las filipinas en general. Los principales y otros en las solemnidades se ponían encima de dichos vestidos un negro sayo talar hasta los piés con mangas ajustadas hasta las muñecas; y lo usaban también las ancianas. Este traje sería el que vino á sustituir el manto de las ilocanas, de negro brillante.

Llevaban las mujeres alhajas de oro y piedras en las orejas, muñecas, dedos y cuello.

Los ilocanos se pintarrajeaban con punzas y frotaban luego con un polvo ó humo de brea de color negro indeleble; más no tanto como los visayas, pintados por antonomasia.

Con el tiempo se dió más impulso al tráfico; la división de clases trajo algunas exigencias, y los indios principa-

les ostentaban pintarrajeados vestidos mientras el del pueblo andaba desnudo.» Escribe Moya y Jimenez.

En efecto, en un principio los ilocanos debían de andar desnudos con un pequeño taparrabo de balete suavizado, como los igorrotes de Abra, y solo se habrán vestido cuando los asiáticos les trajeron telas de su país, con lo que explotaban desde entonces las riquezas de este país.

Pero ya cuando llegaron los españoles, tenían una indumentaria que, segun todos los cronistas, era lujosa entre los ricos, y no exenta de buen gusto.

II

Culinaria.—Los ilocanos comían sentados en cuclillas, puestos los platos por lo regular en el suelo, y algunas veces en mesas bajas llamadas *dulang*, sin manteles. Sus platos y vasos eran cortezas de coco, y algunos platos de madera: se llamaban *duyug*, *latok* y *buyubuy* ó *uñgot*. «Al indio, escribe un autor, le ha bastado siempre para satisfacer su apetito un trozo de caña verde para cocer el arroz, confeccionando por tan sencillo procedimiento la *morisqueta*, que extendida en una hoja de plátano se comían.»

Aún ahora los ilocanos usan este procedimiento en los parajes retirados, cuando carecen de ellas.

Pero cuando llegaron los españoles los ricos ya poseían *platos*, *tinajuelas* y otros objetos de porcelana, distinguiéndose los tibores qne se encontraron en Ilocos y que se hicieron famosos por el alto precio en que después se cotizaron. (1)

El *inapuy* ó *kanin*, como lo llaman los tagalogs (2), era la base de su alimentación, y por vianda comían legumbres cocidas con agua y *bagon* ó sal, cuyo potaje llaman *dinengdeng*. También comían carne, especialmente en las fiestas.

Parto.—Los ilocanos, al igual de los tinguianes, bañaban con agua fria á sus criaturas recien nacidas y á las paridas.

El P. San Agustin escribe: «Tenían los ilocanos varias supersticiones, y una era matar luego las criaturas que nacían con la tripa del ombligo sobre el cuello ó cabeza, porque decian que había de ser muy desgraciada ó había de morir muy presto.»

Bautizo. La madre era la llamada á

(1) Vease los «Sucesos de Filipinas,» de Morga.

dar nombre al recien dado á luz. Muchas veces lo tomaba de las circunstancias del parto como *despejado*, *nublado*, *lluvioso*, *fuerte*, *estrella de la mañana*, ú otros calificativos por este estilo. No usaban apellido (1) ni sobrenombres hasta que tuviesen hijos; en tal caso el padre se llamaría *padre del Fuerte*. es decir, del nombre del hijo. Si algún principal no tenía hijos, se reunían sus deudos y amigos en un convite, para mudarle de nombre.

Un cronista asegura que á las mujeres se añadía la sílaba *in*, como, por ejemplo: *Malakasin*, del nombre de varon *Malakás* (fuerte). Esto sería entre los tagalogs: pero entre los ilocanos lo dudo, en razon á que añadiendo la expresada sílaba *in* á cualquier nombre ilocano, resulta uno sin significación y por consiguiente contra los propósitos de los que quisieran dar un nombre que conservara alguna de las circunstancias del parto ú otra cosa. Me parece que tanto á los

(1) Tampoco los árabes usan apellidos: pero á su nombre añaden el de su padre ó el de su hijo, con las palabras "Ben, Even hijo" ó "Abu padre, poseedor."

varones como á las mujeres, solían otras veces dar un nombre tomado de las cualidades de la criatura, como *llorona*, (1) procurando no dar un nombre impropio del sexo, como p. ej., llamando *sol*, *luna*, *estrella de la mañana*, *hermosura*, á un varon.

Ahora bien: ¿Cómo se daban esos nombres? Sobre esto nada he leido; pero llama la atención una práctica supersticiosa, que hasta en el dia se hace muchas veces en Ilocos.

A los niños enfermos se les varía el nombre de pila, dándole otro nombre.

Es muy probable que en Ilocos se practicara esta especie de bautizo que hoy se llama *buniag ti sirok ti latok* Y tanto que este nombre *buniag*, según he oido á una persona fidedigna y autorizada, fué prohibido aplicar al verdadero bautismo en un concilio provincial celebrado en Kalasiao (Pangasinan), y así es que aunque en Ilocos se llama también *buniag* al verdadero bautismo, no

(1) Como los árabes, que toman su nombre de las cualidades de la misma persona como «Als-far» (el rojo), «Zahara» flor, y «Nocima», graciosa.

se dobe decir en los socorros de agua *buniagan ka* (te bautizo), que sería por cierto mas castizo, sino *baptizaren ka*.

«En lugar de nuestro *Don*, escribe el autor de *La Lavor Evangélica*, usaban en algunas partes anteponer á su nombre *Lakan* ó *Gat;* y doña *Dayan*.» Porque estos términos no se hallan en Ilocos, indudablemente por la diferencia de dialectos, supongo que el tratamiento de los principales era, como ahora, el de *Apo* ó *Among* á los varones y *Ulang* á las mujeres.

III

Casamientos. Los habitantes de Luzón eran monógamos, aunque á los principales y ricos era permitido tener esclavas, que al mismo tiempo eran concubinas. Se procuraba que los novios fuesen de igual condición y parientes, excepto en el primer grado.

El novio tenía que pagar las donaciones *dropter nuptias* (*Sab-ong*). Estas son actualmente en Ilocos de una sola clase siendo su objeto sostener las cargas del matrimonio.

El P. Fr. Francisco de San Antonio escribe lo siguiente;

«La dote (que se llama *Bigaycaya*) siem-

pre la daba el varon (y la dá en este tiempo) concertandose antes los padres de ella el quanto, al tiempo que se trataba del casamiento. Esta dote la reciben los padres de la novia; y esta, ni ellos no ponían caudal alguna. Se tasaba la dote según la Gerarchia de los sugetos; y si acaso los padres de la novia pedian mas precio de lo ordinario, estaban obligados á dar á los casados alguna dávida de prompto, como un par de Esclavos, alguna alhaxilla, de oro, ó algún pedazo de tierra de sementera, para cultivo como aún he visto yo practicado y esto llamaban *Pasonor*. En este *Bigay-caya* se incluía lo que llamaban *Pangimuyat*, que es lo que debia pagar á la madre de la novia, por la crianza y educación de la hija con desvelos y trabajos. Aquí se incluia tambien el *Paso-so*, que es, lo que debian pagar á la *Chichira*, (*Sisiua*) ó ama de pecho, que la había criado... esta dote ó *Bigay-caya* se daba (y se dá) antes del casamiento, con toda la solemnidad, que cabe entre ellos, con asistencia de gran concurso de *maguinoes*, parientes y amigos de uno y otro novio... Se daban mutuamente alguna

alhaja los novios (como arras) y esto han llamado *Talingbohol;* y á esto seguia el *Habilin*, que es la señal que daban de la dote, que habian prometido.. Algunos padres han mantenido al penacho de señalar á la hija por precio la misma cantidad que ellos dieron á la madre cuando se casaron»...

Indudablemente el P. San Antonio se refiere á los tagalogs, pues son exclusivos de estos los vocablos filipinos que cita. Ignoro si los ilocanos habian usado el *Pasoso*, *Talimbuhol*. etc..., pero en el dia todo se conservan el *sab-ong*, *palalian* (1) y el *paminting* que es el mismo *Habilin* citado por el P. San Antonio.

Cuando el pretendiente no tenía que dar para donaciones *propter nuptias* y arras entraba en clase de criado en la casa de la novia, trabajando rudamente durante tres ó cuatro años en las faenas agrícolas y domésticas en beneficio de la familia de su pretendida (2), y regalando con frecuencia los parientes del novio. Du-

(1) Véase el «Folk-Lore ilocano.»

(2) Véase lo que he dicho en el «Folk-Lore de Zambales:» en esta provincia aun se conserva esta costumbre.

rante la larga servidumbre el aspirante era sujetado á duras pruebas para cerciorarse de su laboriosidad y dulzura de carácter. Estos pretendientes se llamaban *katipados*, segun un autor; pero en Ilocos esta palabra es desconocida.

Como las pruebas eran brutales, escusado es decir que los casamientos solo eran frecuentes entre la gente rica.

«Este uso—dice Mas en su *Informe*—que encontramos desde las primeras páginas del antiguo Testamento tampoco pudieron adquirirlo de los musulmanes, que tienen por su Koran leyes sobre el matrimonio diametralmente opuestas.»

Tres dias antes de la boda los parientes y amigos de los novios se reunian en la casa donde se habia de celebrar el casamiento, (siendo por lo regular la del novio,) para hacer el *palapala*, que es una especie de enramada ó toldado, para que pudieran caber los concurrentes, preparando al propio tiempo los comistrajos para la fiesta.

Las ceremonias de la boda comenzaban con músicas, bailes y libaciones durante el dia; luego al anochecer una *Baglan* ó sacerdotisa bailaba al son de

la música una especie de danza poco pú lica; despues se hacía la arrobada, como acostumbraba. y vuelta en sí, gritaba á voz en cuello y con una lanza atravesaba la víctima del sacrificio, que era un cerdo. Y con esto el matrimonio sé efectuaba. Asado ya el cerdo preparaban la mesa. Como sus *dulang* (mesas) eran bajas, los comensales se sentaban en el suelo y los novios sobre las sayas de las que servian de madrinas ó mejor dicho maestras, que eran viejas. Los novios manifestaban su mútua querencia, comían en un mismo plato y bebían en un solo vaso, en señal de futura armonía y de que formarían un solo cuerpo desde entonces. Las maestras les debían de dar de comer y durante la cena enseñaban á sus ahijados sus deberes como casados, con una franqueza, rayana en sordidez. Los concurrentes aplaudían con salvaje algazara las frases significativas de las maestras.

Despues la sacerdotisa que presidía el acto, ensalzaba el matrimonio con dichos impropios de su sexo, pidiendo á los concurrentes su escote, que reunía en un plato.

Un cronista escribe:.. «acostumbraban en los casamientos llevar los todos los parientes y amigos que concurren á ellos (los regocijos de la boda) alguna limosnilla de cada uno. Y estas se escriben en una lista allí mismo con gran cuenta, razon y cuidado, de lo que dió cada uno, porque si Pedro, v. g., dió dos reales en este casamiento; otros dos reales le dan á él, si tiene en su casa otro, todo este dinero se consume, ó en pagar, si del casamiento se debe algo ó para ayuda de los gastos, ó si los padres de ambos novios son avarientos lo reparten, y se quedan con ello» y si son piadosos, lo emplean en el *Pamamahay* (que es el ajuar de la casa) de los novios; de modo que no hay punto fijo sobre esto. Los parientes mas cercanos dan á la novia una alhaxita en muestra de cariño, y no dan dinero; y estas alhaxillas son de la novia, y no de otro.»

Es el *palalian* que se conserva hasta el dia en Ilocos.

Se hacían contratos de matrimonio aún entre los fetos. los que solemnizaban con un convite en que no co-

mían, y si se emborrachaban, y el que después no cumplía su promesa, pagaba una multa, lo que hasta ahora se practica aún. si bien raras veces, en Ilocos Norte, pero no ya con tanto rigor, y por lo regular el pacto se hace cuando son niños aun los desposados.

IV.

Defunciones. Apenas espiraba uno, lavaban bien el cadaver, lo perfumaban con estoráque y binjui, lo amortajaban con mantas y sus mejores vestidos adorrándolo con anillos y demas alhajas, y para evitar la rapidez de la putrefaccion colocaban unas laminillas de oro en la boca y en los ojos, lo que hasta ahora se practica en Ilocos; ó ungian el cadáver con zumo de las hojas de betel, echándole además por la boca.

En tres dias ó mas el cadáver no se enterraba y durante este tiempo se agasajaba á los que acudían con comidas y vinos además de una serie de ceremonias supersticiosas que practicaban; los parientes del difunto lloraban desde un principio entonando á grandes voces en

tono lastimero la historia de su amor, sus últimos encargos, la apología del difunto. Y había plañideras de oficio.

Colocaban el cadáver en ataud de una sola pieza, es decir, un trozo de madera, y cerrada herméticamente (1) la enterraban, con bastimentos puestos en platos, esclavos, sus mejores vestidos y todo lo que consideraban que había de necesitar en el otro mundo, como las armas de su uso. si era varon, y si mujer, su telar ú otro instrumento de sus labores, los cuales, excepto los platos, se encerraban en otra caja que se colocaba al lado del sepulcro. Si el difunto fué pirata en vida, daban al ataud la forma de *barangay* (embarcación) y ponian por remeros dos cabras, dos venados, dos cerdos ó mas según los casos, (macho y hembra) y un esclavo por piloto que cuidaba de ellos, (2) y estos comían los bastimentes que llevaban hasta que consumidos, perecían lastimosamente de ham-

(1) Por esto se encontraron cadáveres incorruptos.

(2) Un principal de Bojol se llevò por remeros 70 esclavos vivos. Véase mi libro «Las Islas Visayas en la época de la conquista»

bre y sed, según el P. San Antonio: pero segun el P. Chirino, autor mas respetable por su antigüedad, les hacian comer muy bien y luego les mataban.

Si ha sido guerrero, ponian debajo un esclavo vivo atado y allí perecia.

Claro está que todo esto se hacía segun los recursos del difunto, porque ¿cómo se podria hacerlo, por ejemplo, con un esclavo difunto? Y así es que mientras los pobres pronto se enterraban de cualquier manera en un hoyo abierto debajo de su casa, si tenía, ó en el campo, el ataud de los ricos se colocaba en lo mas alto de la casa ó en un gabinete como «sobradillo» donde guardaban sus alhajas y otros muebles ó debajo de la casa pero levantado de suelo; y si es en este mismo, lo cercaban de varandillas, depositando el ataud en el hoyo sin cubrirlo.

Otras veces enterraban en los campos y encendían fuego debajo de la casa mortuoria poniendo vigilantes para que el difunto no volviese á llevarse á los vivos, lo que, segun se dice ahora en Ilocos, suele hacer principalmente el ter-

cero y noveno dia (1). Es, dicen los ilocanos, como una sombra, ó toma la figura del finado y no puede caminar en medio de la casa sino apegada á las paredes. Muchas veces abraza á los vivos por la espalda y se agarra á aquella parte, entonces, para que se largue, debe uno coger un ramo espinoso y azotarse la propia espalda. Lastima, mata, apaga las luces y frecuenta los lugares donde el difunto solía estar en vida.

A veces se enterraban en las riberas del mar, en un lugar alto, (2) y se ponían centinelas ó señales para que no pasase por aquel sitio embarcación alguna bajo pena de vída durante algun tiempo.

Al tercer dia, el señalado para volver

(1) El sepulcro del anito de los igorrotes «Kabunian,» se halla en la cumbre del monte de este nombre, en las cercanias del rio «Bakun.» que se une al «Amburayan,» de Ilocos.

(2) Vease el primer tomo del «Folk-Lore Filipino» desde la página 131 hasta la 141. Es indispensable esto á los que quieran enterarse de como hacian los ilocanos sus duelos y creo que en dichas páginas se hallan mas datos para esto, que en las crónicas filipinas, las cuales solo hablan de los duelos filipinos en general.

el difunto á visitar á sus parientes, estos se reunian en la casa mortuoria: colocaban en el extremo de la escalera una batea (artesa) de agua, para que se limpiase los pies el *alalia*; tenian encendida una vela todo el dia, tendian en el suelo una estera y la polvoreaban de ceniza, para que se conociesen sus huellas, y el asiento de preferencia en la mesa, se dejaba vacio para el difunto, al sentarse los concurrentes á ella.

La viuda ó viudo, los huérfanos y otros parientes muy cercanos, ayunaban en señal de luto, no comiendo en aquellos dias mas que un poco de legumbres.

Es unanime la afirmación de que el luto de Luzon era negro, y en Bisayas blanco, excepto el P. San Antonio que dá á entender que habia en Luzon pueblos que usaban vestidos blancos en señal de luto; y como el de los tinguianes vecinos de los ilocanos es blanco, dudo por esto si el de los últimos sería blanco ó negro. ¿Es que los filipinos han imitado de los españoles el luto negro ó era el primitivo de ellos, habiendo los bisayas y otros pueblos podido imitar después el luto blanco de los chinos antes de la llegada de los españoles?

Se cubrían todo el cuerpo y ni el rostro se veía. si era luto rigoroso, lo que todavía se hace en Ilocos ó sea el *Karupit* que llaman. Los hombres no llevaban entonces salokot ó sombrero, y solo con un paño negro cubrían su cabeza. Segun el mayor ó menor proximidad de parentesco, así eran el rigor y la duración del luto.

Los ilocanos hacían también sacrificios humanos con motivo de sus duelos: aún ahora se citan en Ilocos Norte casos del *panagtutuyó* ó *sibrong*. Los parientes próximos del difunto averiguan cuantos dedos extendió el agonizante en su última convulsión, y su número es el de las personas á quienes deben cortar un dedo meñique, creyendo que si no cumplen con este deber, morirán dentro de pocos dias. Y para que no denuncien las víctimas á las autoridades ó puedan vengarse, las matan.

Cuando moría un principal, se guardaba profundo silencio durante unos dias según su categoría, sin que se oyese ruido alguno en las casas bajo severos castigos. Y para esto los pueblos playeros colocaban señales para que nadie

pasase por sus aguas, saliese ó entrase bajo pena de muerte.

Los que morian en guerra eran muy celebrados en sus plañidos, sacrificios y convites y aun cuando uno moria violentamente, no se alzaba el duelo hasta que sus parientes próximos hayan saciado su venganza no solo con asesinatos cometidos á sus enemigos sino á todos los que no eran amigos de la rancheria, y con esto se enterrumpia el duelo y el silencio.

V.

Casas. Se llamaban *balây*, eran de materiales lijeros, cañas, tabla, nipa y cogon; descansaban sobre pilares de madera *cadigui*; eran de varias piezas estrechas y en muchas formaban de las bodegas un establo ó gallinero. Ni mas y menos que las actuales.

Las de los principales se distinguian por lo grandes y eran de tabla y nipa con buen menaje.

Habia también muchas casitas colocadas en el ramaje de los árboles, pero es estas eran pequeñas y por lo regular servian de vijias ó atalayas para no ser sorprendidos por los enemigos.

Embarcaciones. Las tenían de diferentes clases, llamadas barangay, biray, siendo de mayor porte las *kara oas*. Las formas de sus antiguas embarcaciones tenian casi las mismas de hoy. Solo se diferenciaban las antiguas en que encima de los remeros había una especie de crujía ó puente donde se situaba la gente de combate.

Y para cruzar los ríos tenían los *rakit* ó sean las balsas ó cañas unidas.

Sabían de naútica lo que la práctica y su sentido común les enseñaran y no se alejaban mucho de las costas que les vieron nacer.

Música. En sus fiestas tocaban ensordecedoras campanas ó sea la gansa, que todavia usan los monteses de Abra. Los varones tocaban un instrumento parecido al violin con cuerdas metálicas, y el kotibeng de cuatro cuerdas.

Y las mugeres tenían panderos de metal, y uno como caramillo que llamaban en estas Islas *subin*.

Por lo regular uno ó dos comenzaban á cantar y otros les contestaban. Los bailes se ejecutaban al son de la *gansa* ó vasija de cobre. El autor de la *Labor*

Evangélica escribe: «El baile es belicoso y apitonado pero con pasos y mudanzas mesuradas y entrepuestas unas elevaciones, que verdaderamente elevan y suspenden. En las manos suelen tomar ó tohallas; (¿como los tinguianes?) ó lanza y panés y con lo uno y lo otro hacen sus ademanes á compas, grandemente significativos; y otras veces con las manos vacías hacen meneos en correspondencia de los pies, ya despacio, ya apriesa, ya acometen, ya se retiran, ya se encienden, ya se aplacan; ya se llegan, ya se apartan todo con gran donaire.»

Esta descripción del baile de los antiguos filipinos de la costa, entre los cuales estan los ilocos, se puede aplicar casi literalmente á las guerras de las comedias ilocanas, que son especiales y curiosísimas. Lo cual confirma nuestras sospechas de que las comedias ilocanas digan algo de su pasado. Están unánimes los historiadores, en que con solo tocar sus instrumentos se entendían y se hacían el amor.

Armas. En cuanto á las armas y mueblaje, tenían semejantes á los actuales excepto lo que han introducido los espa-

ñoles Lanzas, arcos y flechas, bolos y grandes rodelas, que les cubrían de piés á cabeza, cerbatanas con que disparaban flechas envenenadas. Sus cajas eran bordadas; llevaban cajuelas curiosamente hechas, para el buyo, y los instrumentos para prepararlo.

En una palabra: los pueblos de las costas estaban ya casi como están ahora y se equivoca grandemente el que cree que los españoles los encontraron como los igorrotes.

No sé si los ilocanos tenían ya cañones; pero sí los indígenas de Manila.

FIN DE LA PARTE PREHISTÓRICA